

S. AURELII AUGUSTINI HIPPONENSIS EPISCOPI DE DIVERSIS QUAESTIONIBUS  
LXXXIII Libro único.

CUESTIÓN PRIMERA. Si el alma es por sí misma.

Toda verdad es verdad por la verdad; y toda alma es alma por lo que es verdadera alma. Por tanto, toda alma tiene de la verdad el ser completamente alma. Sin embargo, el alma es una cosa y la verdad es otra. Pues la verdad nunca sufre falsedad, mientras que el alma a menudo se equivoca. Por lo tanto, dado que el alma es de la verdad, no es de sí misma. Ahora bien, la verdad es Dios: por lo tanto, tiene a Dios como autor para ser alma.

II. Sobre el libre albedrío.

Todo lo que se hace no puede ser igual a quien lo hace. De lo contrario, la justicia, que debe dar a cada uno lo suyo, necesariamente se eliminaría de las cosas. Por lo tanto, cuando Dios hizo al hombre, aunque lo hizo óptimo, no lo hizo igual a Él mismo. Sin embargo, el hombre es mejor cuando es bueno por voluntad que por necesidad. Por tanto, el libre albedrío debía ser dado al hombre.

III. Si el hombre es peor por autoría de Dios.

Ningún hombre sabio es autor de que el hombre sea peor. Pues no es una culpa pequeña, sino tan grande, que no puede caer en ningún hombre sabio. Ahora bien, Dios es más excelente que cualquier hombre sabio. Mucho menos, por tanto, el hombre se hace peor por autoría de Dios. Pues la voluntad de Dios es mucho más excelente que la del hombre sabio. Sin embargo, cuando se dice que es por autoría de Él, se dice que es por su voluntad. Por tanto, es un vicio de la voluntad por el cual el hombre es peor: y si este vicio está lejos de la voluntad de Dios, como la razón enseña, se debe buscar en qué reside.

IV. Cuál es la causa de que el hombre sea peor.

Para que el hombre sea peor, la causa está en él mismo, en otro, o en la nada. Si en la nada, no hay causa. O si se entiende por la nada que el hombre fue hecho de la nada, o de lo que fue hecho de la nada; nuevamente la causa estará en él mismo, ya que su materia es la nada. Si en otro, ya sea en Dios, en cualquier otro hombre, o en algo que no sea ni Dios ni hombre. Pero no en Dios; pues Dios es causa de los bienes. Si, por tanto, en el hombre, ya sea por fuerza o por persuasión. Pero de ninguna manera por fuerza, para que no sea más poderoso que Dios. Pues Dios hizo al hombre tan óptimo, que si quisiera permanecer óptimo, no sería impedido por nadie. Si concedemos que el hombre es corrompido por la persuasión de otro hombre, nuevamente se debe preguntar de quién fue corrompido el persuasor mismo. Pues un persuasor de tales cosas no puede no ser corrupto. Queda algo que no es ni Dios ni hombre: pero sea lo que sea, o forzó o persuadió. Sobre la fuerza se responde lo mismo que antes: sobre la persuasión, sea lo que sea, ya que la persuasión no obliga al que no quiere, la causa de su corrupción recae en la voluntad del mismo hombre, ya sea que haya sido corrompido por alguien o por nadie.

V. Si un animal irracional puede ser feliz.

Un animal que carece de razón carece de conocimiento. Pero ningún animal que carece de conocimiento puede ser feliz. Por tanto, no se puede aplicar a los animales sin razón que sean felices.

## VI. Sobre el mal.

Todo lo que es, es o corpóreo o incorpóreo. Lo corpóreo se contiene en una forma sensible, lo incorpóreo en una forma inteligible. Por tanto, todo lo que es, no es sin alguna forma. Donde hay alguna forma, necesariamente hay algún modo, y el modo es algo bueno. Por tanto, el mal supremo no tiene ningún modo; pues carece de todo bien. Por tanto, no es; porque no se contiene en ninguna forma, y todo este nombre de mal se ha encontrado por la privación de forma.

## VII. Qué se llama propiamente alma en un ser animado.

El alma a veces se dice de tal manera que se entiende con la mente; como cuando decimos que el hombre consta de alma y cuerpo: a veces se dice exceptuando la mente. Pero cuando se dice exceptuando la mente, se entiende por aquellas obras que tenemos en común con las bestias. Pues las bestias carecen de razón, que siempre es propia de la mente.

## VIII. Si el alma se mueve por sí misma.

Siente que el alma se mueve por sí misma quien siente que en él está la voluntad. Pues si queremos, no es otro quien quiere por nosotros. Y este movimiento del alma es espontáneo; pues le ha sido dado por Dios: sin embargo, este movimiento no es de lugar a lugar, como el del cuerpo. Moverse localmente es propio del cuerpo. Y aunque el alma mueve su cuerpo localmente por voluntad, es decir, por ese movimiento que no es local, no se demuestra por lo mismo que ella misma se mueva localmente. Así como vemos que algo se mueve desde un eje a través de un gran espacio de lugar, y sin embargo el mismo eje no se mueve de lugar.

## IX. Si la verdad puede ser percibida por los sentidos corporales.

Todo lo que el sentido corporal alcanza, lo que también se llama sensible, se cambia sin ninguna interrupción de tiempo: como cuando crecen los cabellos de nuestra cabeza, o el cuerpo se inclina hacia la vejez, o florece en la juventud, esto sucede continuamente, y no deja de suceder en absoluto. Pero lo que no permanece, no puede ser percibido: pues se percibe aquello que se comprende con conocimiento. Pero no puede ser comprendido lo que se cambia sin interrupción. Por tanto, no se debe esperar la pureza de la verdad de los sentidos del cuerpo. Pero para que nadie diga que hay algunos sensibles que permanecen siempre de la misma manera, y nos plantee la cuestión del sol y las estrellas, en las que no puede ser fácilmente convencido; ciertamente nadie puede negar que no hay nada sensible que no tenga algo similar a lo falso, de modo que no pueda distinguirse. Pues para no mencionar otras cosas, todo lo que sentimos a través del cuerpo, incluso cuando no está presente a los sentidos, sufrimos imágenes de ellas como si estuvieran completamente presentes, ya sea en sueños o en delirio. Cuando sufrimos esto, no podemos discernir en absoluto si las sentimos con los mismos sentidos, o si son imágenes de lo sensible. Si, por tanto, hay imágenes falsas de lo sensible, que no pueden ser discernidas por los mismos sentidos, y no se puede percibir nada a menos que se distinga de lo falso, no se establece el juicio de la verdad en los sentidos. Por lo tanto, se nos advierte muy saludablemente que nos apartemos de este mundo, que ciertamente es corpóreo y sensible; y que nos volvamos con toda diligencia a Dios, es decir, a la verdad, que se capta con el intelecto y la mente interior, que siempre permanece y es de la misma manera, que no tiene imagen de lo falso, de la cual no puede ser distinguida.

## X. Si el cuerpo es de Dios.

Todo bien es de Dios: todo lo hermoso es bueno, en cuanto es hermoso; y todo lo que contiene forma es hermoso. Pero todo cuerpo, para ser cuerpo, se contiene en alguna forma. Por tanto, todo cuerpo es de Dios.

XI. Por qué Cristo nació de una mujer.

Dios, cuando libera, no libera una parte, sino que libera todo lo que está en peligro. Por tanto, la Sabiduría y el Poder de Dios, que se llama el Hijo unigénito, al asumir al hombre, mostró la liberación del hombre. Pero la liberación del hombre debía aparecer en ambos sexos. Por tanto, porque convenía asumir al varón, que es el sexo más honorable, era consecuente que la liberación del sexo femenino apareciera en que ese varón nació de una mujer.

XII. Sentencia de un sabio.

Actuad, oh, dice, mortales miserables, actuad para que nunca contamine este hogar un espíritu maligno; para que, mezclado con los sentidos, no manche la santidad del alma, ni oscurezca la luz de la mente. Este mal se desliza por todos los accesos sensoriales; se da a las figuras, se acomoda a los colores, se adhiere a los sonidos, se oculta en la ira, en la falacia del discurso, se somete a los olores, se infunde en los sabores, y con el lodo de movimientos turbios oscurece los sentidos con afectos tenebrosos, llena de ciertas nubes todos los canales de la inteligencia, por los cuales el rayo de la mente suele expandir la luz de la razón. Y porque el rayo es de luz etérea, y en él está el espejo de la presencia divina: en esto, en efecto, Dios, en esto la voluntad inocente, en esto el mérito de la acción recta resplandece: Dios está presente en todas partes; pero está con cada uno de nosotros cuando la pureza intacta de nuestra mente se considera en su presencia. Pues así como la vista de los ojos, si está dañada, no cree que lo que no puede ver esté presente; en vano, en efecto, la imagen presente de las cosas rodea los ojos, si falta la integridad a los ojos: así también Dios, que no falta en ningún lugar, está presente en vano a las almas contaminadas, a las que la ceguera de la mente no puede ver.

XIII. Por qué los hombres superan a las bestias.

Entre muchas cosas por las cuales se puede mostrar que el hombre supera a las bestias por la razón, esto es manifiesto para todos, que las bestias pueden ser domadas y domesticadas por los hombres, pero los hombres de ninguna manera por las bestias.

XIV. Que el cuerpo de Cristo no fue un fantasma.

Si el cuerpo de Cristo fue un fantasma, Cristo engañó: y si engañó, no es la verdad. Pero Cristo es la verdad. Por tanto, su cuerpo no fue un fantasma.

XV. Sobre el intelecto.

Todo lo que se entiende a sí mismo, se comprende a sí mismo. Pero lo que se comprende a sí mismo, es finito para sí mismo. Y el intelecto se entiende a sí mismo. Por tanto, es finito para sí mismo. No quiere ser infinito, aunque pueda; porque quiere ser conocido por sí mismo, pues se ama a sí mismo.

XVI. Sobre el Hijo de Dios.

Dios es la causa de todo lo que es. Pero lo que es causa de todas las cosas, también es causa de su sabiduría: y Dios nunca está sin su sabiduría. Por tanto, la causa de su sabiduría eterna

es eterna: y no es anterior en el tiempo a su sabiduría. Además, si ser Padre eterno es inherente a Dios, y nunca fue no Padre, nunca estuvo sin el Hijo.

#### XVII. Sobre la ciencia de Dios.

Todo lo pasado ya no es; todo lo futuro aún no es: por tanto, todo lo pasado y lo futuro falta. Pero en Dios nada falta: por tanto, ni lo pasado ni lo futuro, sino todo es presente en Dios.

#### XVIII. Sobre la Trinidad.

Todo lo que es, es una cosa por la que consta, otra por la que se distingue, otra por la que es congruente. Por tanto, si toda criatura es de alguna manera, y se distingue mucho de lo que no es en absoluto, y es congruente consigo misma en sus partes, también debe tener una causa triple; por la que es, por la que es esto, por la que es amiga de sí misma. Pero decimos que la causa de la criatura, es decir, su autor, es Dios. Por tanto, debe haber una Trinidad, que nada más excelente, más inteligible y más bienaventurado puede encontrar la razón perfecta. Y por eso, también cuando se busca la verdad, no puede haber más de tres tipos de preguntas; si es en absoluto, si es esto o aquello, si debe ser aprobado o desaprobado.

#### XIX. Sobre Dios y la criatura.

Lo inmutable es eterno: pues siempre es de la misma manera. Pero lo mutable está sujeto al tiempo: pues no siempre es de la misma manera, y por eso no se dice correctamente eterno. Pues lo que se cambia, no permanece: lo que no permanece, no es eterno. Y la diferencia entre inmortal y eterno es que todo lo eterno es inmortal, pero no todo lo inmortal se dice suficientemente eterno: porque aunque algo viva siempre, sin embargo, si sufre mutabilidad, no se llama propiamente eterno, porque no siempre es de la misma manera; aunque inmortal, porque vive siempre, se puede decir correctamente. A veces también se llama eterno lo que es inmortal. Pero aquello que sufre mutación, y se dice que vive por la presencia del alma, aunque no sea alma, no puede entenderse de ninguna manera como inmortal, y mucho menos como eterno. Pues en lo eterno, cuando se dice propiamente, no hay nada pasado como si hubiera pasado, ni nada futuro como si aún no fuera, sino que todo lo que es, simplemente es.

#### XX. Sobre el lugar de Dios.

Dios no está en algún lugar. Pues lo que está en algún lugar, está contenido en un lugar: lo que está contenido en un lugar, es cuerpo. Pero Dios no es cuerpo: por tanto, no está en algún lugar. Y sin embargo, porque es, y no está en un lugar, en Él están más bien todas las cosas, que Él en algún lugar. Y sin embargo, no están en Él de tal manera que Él sea lugar: pues el lugar está en un espacio que se ocupa con la longitud, latitud y altura del cuerpo; ni Dios es tal cosa. Y por tanto, todas las cosas están en Él, y no es lugar. Sin embargo, el lugar de Dios se dice abusivamente templo de Dios, no porque esté contenido en él, sino porque está presente en él. Y nada mejor que el alma pura se entiende por esto.

#### XXI. Si Dios no es autor del mal.

Quienquiera que sea autor de todo lo que es, y a cuya bondad solo le corresponde que sea todo lo que es, no puede de ninguna manera corresponderle el no ser. Pero todo lo que falla, falla de lo que es ser, y tiende a no ser. Ser y no fallar en nada es bueno, y fallar es malo. Pero a aquel a quien no ser no le corresponde, no es causa de fallar, es decir, de tender a no ser; porque, por así decirlo, es causa de ser. Por tanto, es solo causa de bien: y por eso mismo es

el sumo bien. Por lo tanto, no es autor del mal, quien es autor de todo lo que es: porque en cuanto son, en tanto son buenos.

XXII. Que Dios no sufre necesidad.

Donde no hay indigencia, no hay necesidad: donde no hay defecto, no hay indigencia. Pero no hay defecto en Dios: por tanto, no hay necesidad.

XXIII. Sobre el Padre y el Hijo.

Todo lo casto es casto por la castidad, y todo lo eterno es eterno por la eternidad, y todo lo hermoso por la hermosura, y todo lo bueno por la bondad. Por tanto, también todo lo sabio es sabio por la sabiduría, y todo lo semejante por la semejanza. Pero de dos maneras se dice que algo es casto por la castidad: o porque la engendra, de modo que es casto por la castidad que engendra, y de la cual es principio y causa para que sea; o de otra manera, cuando algo es casto por participación de la castidad, lo cual puede en algún momento no ser casto; y así debe entenderse de las demás cosas. Pues también se entiende o se cree que el alma alcanza la eternidad, pero se hace eterna por participación de la eternidad. Pero Dios no es eterno de esta manera, sino que es autor de la misma eternidad. Esto también se puede entender de la hermosura y de la bondad. Por tanto, cuando se dice que Dios es sabio, y se dice sabio por esa sabiduría sin la cual es impío creer que alguna vez haya sido o pueda ser, no se dice sabio por participación de la sabiduría, como el alma, que puede ser sabia o no sabia: sino porque Él mismo la ha engendrado, por la cual se dice sabio, la sabiduría. Asimismo, aquellas cosas que son castas, eternas, hermosas, buenas o sabias por participación, reciben, como se ha dicho, que pueden no ser castas, ni eternas, ni hermosas, ni buenas, ni sabias: pero la misma castidad, eternidad, hermosura, bondad, sabiduría, de ninguna manera reciben corrupción, ni, por así decirlo, temporalidad, ni fealdad, ni malicia. Por tanto, también aquellas cosas que son semejantes por participación, reciben disimilitud: pero la misma semejanza de ninguna manera puede ser disímil en alguna parte. De donde se sigue que cuando el Hijo se dice semejanza del Padre, porque por su participación son semejantes todas las cosas que son semejantes entre sí o a Dios (pues es la primera especie, por la cual son, por así decirlo, especiadas, y la forma por la cual todas las cosas están formadas); de ninguna parte puede ser disímil al Padre. Por tanto, es lo mismo que el Padre, de modo que este es el Hijo, aquel el Padre, es decir, este la semejanza, aquel de quien es la semejanza; este la sustancia, aquel la sustancia, de la cual una sustancia. Pues si no es una, la semejanza recibe semejanza; lo cual toda razón verdaderísima niega que pueda ser.

XXIV. Si el pecado y la acción recta están en el libre albedrío de la voluntad.

Todo lo que se hace por casualidad, se hace al azar: todo lo que se hace al azar, no se hace por providencia. Si, por tanto, algunas cosas se hacen por casualidad en el mundo, no se administra el mundo entero por providencia. Si no se administra el mundo entero por providencia, entonces hay alguna naturaleza y sustancia que no pertenece a la obra de la providencia. Pero todo lo que es, en cuanto es, es bueno. Pues sumamente es aquel bien, por cuya participación son buenos los demás. Y todo lo que es mutable, no es bueno por sí mismo, sino por participación del bien inmutable, en cuanto es, es bueno. Pero aquel bien, por cuya participación son buenos los demás, no es bueno por otro, sino por sí mismo, al cual también llamamos divina providencia. Por tanto, nada se hace por casualidad en el mundo. Establecido esto, parece consecuente que todo lo que se hace en el mundo, se hace en parte por Dios, en parte por nuestra voluntad. Pues Dios es mucho más bueno y justo que cualquier hombre óptimo y justísimo. Pero un justo que gobierna y administra todas las cosas, no

permite que se inflija ninguna pena a nadie sin mérito, ni que se dé ningún premio sin mérito. Pero el mérito de la pena es el pecado; y el mérito del premio es la acción recta. Pero ni el pecado ni la acción recta pueden imputarse justamente a nadie que no haya hecho nada por su propia voluntad. Por tanto, el pecado y la acción recta están en el libre albedrío de la voluntad.

#### XXV. Sobre la cruz de Cristo.

La Sabiduría de Dios asumió al hombre como ejemplo, para que viviéramos rectamente. Pero pertenece a la vida recta no temer lo que no debe ser temido. Pero la muerte no debe ser temida. Por tanto, era necesario que esto mismo se mostrara en la muerte de aquel hombre que la Sabiduría de Dios asumió. Pero hay hombres que, aunque no temen la muerte misma, sin embargo, temen algún tipo de muerte. Sin embargo, así como la muerte misma no debe ser temida, así ningún tipo de muerte debe ser temido por el hombre que vive bien y rectamente. Por tanto, también esto debía ser mostrado por la cruz de aquel hombre. Pues no había entre todos los tipos de muerte uno más execrable y temible que ese.

#### XXVI. Sobre la diferencia de los pecados.

Algunos pecados son de debilidad, otros de ignorancia, y otros de malicia. La debilidad es contraria a la virtud, la ignorancia es contraria a la sabiduría, y la malicia es contraria a la bondad. Por lo tanto, quien conoce qué es la virtud y la sabiduría de Dios, puede estimar cuáles son los pecados veniales. Y quien conoce qué es la bondad de Dios, puede estimar a qué pecados se debe una pena cierta tanto aquí como en el futuro. Tratando bien estos temas, se puede juzgar razonablemente quiénes no deben ser forzados a una penitencia dolorosa y lamentable, aunque confiesen sus pecados; y a quiénes no se les debe esperar salvación alguna, a menos que ofrezcan a Dios el sacrificio de un espíritu contrito mediante la penitencia.

#### XXVII. Sobre la providencia.

Puede suceder que a través de un hombre malvado, la divina providencia tanto castigue como ayude. Pues la impiedad de los judíos tanto suplantó a los judíos como fue para salvación de los gentiles. Asimismo, puede suceder que la divina providencia, a través de un hombre bueno, tanto condene como ayude, como dice el Apóstol: "Para unos somos olor de vida para vida, para otros olor de muerte para muerte" (II Cor. II, 16). Pero como toda tribulación es o castigo de los impíos, o ejercicio de los justos; porque la misma tribulación corta la paja y separa el grano de la paja, de donde la tribulación toma su nombre; de nuevo, como la paz y el descanso de las molestias temporales tanto beneficia a los buenos como corrompe a los malos: todas estas cosas la divina providencia las modera según los méritos de las almas. Sin embargo, los buenos no eligen el ministerio de la tribulación, ni los malos aman la paz. Por lo tanto, también ellos, por quienes se lleva a cabo lo que ignoran, reciben la recompensa no de la justicia que se refiere a Dios, sino de su propia malevolencia. Así como tampoco se imputa a los buenos que, queriendo beneficiar, se cause daño a alguien, sino que se les otorga la recompensa de la benevolencia por su buen ánimo: así también el resto de la creación, según los méritos de las almas racionales, se siente o se oculta, es molesta o cómoda. Pues con el sumo Dios administrando bien todo lo que ha hecho, nada está desordenado en el universo, ni nada es injusto, ya sea que lo sepamos o no. Pero en parte se ofende el alma pecadora: sin embargo, porque está allí por sus méritos, donde conviene que esté tal, y sufre lo que es justo que tal sufra, el reino universal de Dios no se deforma por su fealdad. Por lo tanto, puesto que

no conocemos todo lo que el orden divino hace bien por nosotros, actuamos solo con buena voluntad según la ley; en lo demás, somos guiados según la ley, mientras la misma ley permanece inmutable, y todo lo mutable es moderado por un gobierno bellissimo. Gloria, pues, en las alturas a Dios, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14).

XXVIII. Por qué Dios quiso crear el mundo.

Quien pregunta por qué Dios quiso crear el mundo, busca la causa de la voluntad de Dios. Pero toda causa es eficiente. Y todo lo eficiente es mayor que lo que se produce. Nada, sin embargo, es mayor que la voluntad de Dios. Por lo tanto, no se debe buscar su causa.

XXIX. Si hay algo arriba o abajo en el universo.

"Pensad en las cosas de arriba" (Col. III, 2). Se nos ordena pensar en las cosas de arriba, es decir, las espirituales, que no deben entenderse como estando arriba en los lugares y partes de este mundo, sino por el mérito de su excelencia; para que no fijemos nuestra mente en la parte de este mundo, del cual debemos despojarnos por completo. Pero arriba y abajo están en las partes de este mundo. Pues el universo mismo no tiene arriba ni abajo. Es corpóreo; porque todo lo visible es corpóreo. Nada, sin embargo, en el universo corpóreo está arriba o abajo. Pues cuando parece que el movimiento se realiza en seis direcciones, que se dice recto, es decir, que no es circular, hacia adelante y hacia atrás, hacia la derecha y la izquierda, hacia arriba y hacia abajo; no hay razón alguna para que al cuerpo universal no le sea nada anterior y posterior, ni derecha e izquierda, pero sí arriba y abajo. Pero se engañan al considerar esto, porque es difícil resistir a los sentidos y a la costumbre. No es tan fácil para nosotros la conversión del cuerpo, que se realiza si alguien quiere moverse con la cabeza hacia abajo, como es fácil de derecha a izquierda, o de la parte anterior a la posterior. Por lo tanto, eliminando las palabras, uno mismo debe esforzarse con el alma para poder discernir esto.

XXX. Si todo fue creado para la utilidad del hombre.

Así como hay diferencia entre lo honesto y lo útil, también la hay entre disfrutar y usar. Aunque se pueda defender sutilmente que todo lo honesto es útil, y todo lo útil es honesto: sin embargo, porque más propiamente y más comúnmente se llama honesto a lo que se busca por sí mismo, y útil a lo que se refiere a otra cosa: según esta diferencia hablamos ahora, cuidando ciertamente que lo honesto y lo útil de ningún modo se opongan entre sí. Pues a veces se cree de manera ignorante y vulgar que se oponen. Por lo tanto, se dice que disfrutamos de aquello de lo que obtenemos placer. Usamos aquello que referimos a aquello de lo que se debe obtener placer. Así, toda perversión humana, que también se llama vicio, es querer usar lo que debe disfrutarse, y disfrutar de lo que debe usarse. Y de nuevo, toda ordenación, que también se llama virtud, es disfrutar de lo que debe disfrutarse, y usar lo que debe usarse. Se debe disfrutar de lo honesto, y usar lo útil. Llamo honestidad a la belleza inteligible, que propiamente llamamos espiritual; y utilidad, a la providencia divina. Por lo tanto, aunque hay muchas cosas visibles bellas, que menos propiamente se llaman honestas; sin embargo, esa belleza misma, de la cual son bellas todas las cosas bellas, de ningún modo es visible. Asimismo, hay muchas cosas útiles visibles; pero esa utilidad misma, de la cual nos benefician todas las cosas que nos benefician, que llamamos providencia divina, no es visible. Es bien sabido que bajo el nombre de visibles se incluyen todas las cosas corporales. Por lo tanto, se debe disfrutar de las cosas invisibles bellas, es decir, honestas: si de todas, es otra cuestión; aunque tal vez solo se deba llamar honestas a aquellas de las que se debe disfrutar. Pero se debe usar de todas las cosas útiles, según sea necesario. Y disfrutar de la comida y de cualquier placer corporal no se considera tan absurdamente como propio de las

bestias: pero usar algo no puede hacerlo sino un animal que participa de la razón. Pues saber a qué debe referirse cada cosa no se ha dado a los que carecen de razón; pero tampoco a los necios racionales. Ni puede usar algo quien no sabe a qué debe referirse; ni puede saberlo nadie sino el sabio. Por lo tanto, se suele decir más correctamente que abusan quienes no usan bien. Pues no beneficia a nadie aquello que usa mal; y lo que no beneficia, no es útil. Pero lo que es útil, es útil usándolo: así que nadie usa sino lo útil. Por lo tanto, no usa, quien usa mal. Así, la razón perfecta del hombre, que se llama virtud, se usa primero a sí misma para entender a Dios, para disfrutar de Él, de quien también fue hecha. Usa, además, de los demás seres racionales para la sociedad, de los irracionales para la eminencia. También refiere su vida a disfrutar de Dios: así es feliz. Por lo tanto, también se usa a sí misma; que ciertamente comienza la miseria por la soberbia, si se refiere a sí misma, no a Dios. También usa de ciertos cuerpos para vivificarlos con benevolencia; así usa de su propio cuerpo: de otros para asumirlos o rechazarlos para la salud, de otros para soportarlos con paciencia, de otros para ordenarlos con justicia, de otros para considerarlos como un documento de verdad: también usa de aquellos de los que se abstiene, para la templanza. Así usa de todos, tanto de los que tienen sentido como de los que no lo tienen; y no hay nada tercero. Juzga, sin embargo, sobre todo lo que usa: sobre solo Dios no juzga, porque según Dios juzga sobre las demás cosas; ni usa de Él, sino que disfruta de Él. Pues Dios no debe referirse a otra cosa. Porque todo lo que debe referirse a otra cosa, es inferior a aquello a lo que se refiere. Y no hay nada superior a Dios, no en lugar, sino en la excelencia de su naturaleza. Por lo tanto, todas las cosas que fueron hechas, fueron hechas para el uso del hombre, porque de todas usa juzgando la razón, que le fue dada al hombre. Y antes de la caída, ciertamente no usaba de las cosas para soportarlas, ni después de la caída usa de ellas sino convertido, y aunque antes de la muerte del cuerpo, ya sin embargo cuanto puede el amigo de Dios, porque es un siervo voluntario.

XXXI. Sentencia de Cicerón, cómo las virtudes del alma fueron divididas y definidas por él (Cic. lib. 2 de Invent.).

1. La virtud es un hábito del alma conforme al modo y a la razón de la naturaleza. Por lo tanto, conocidas todas sus partes, se habrá considerado toda la fuerza de la simple honestidad. Tiene, pues, cuatro partes: prudencia, justicia, fortaleza, templanza. La prudencia es el conocimiento de las cosas buenas, malas y neutras. Sus partes son la memoria, la inteligencia, la providencia. La memoria es por la cual el alma repite lo que ha sido. La inteligencia, por la cual percibe lo que es. La providencia, por la cual se ve algo futuro antes de que suceda. La justicia es un hábito del alma, conservando la utilidad común, dando a cada uno su dignidad. Su inicio proviene de la naturaleza: luego algunas cosas llegaron a ser costumbre por razón de utilidad: después, las cosas tanto provenientes de la naturaleza como aprobadas por la costumbre, el miedo a las leyes y la religión las sancionó. El derecho natural es lo que no ha sido engendrado por la opinión, sino que una cierta fuerza innata ha insertado, como la religión, la piedad, la gratitud, la vindicación, la observancia, la verdad. La religión es la que aporta cuidado y ceremonia a una naturaleza superior, que llaman divina. La piedad, por la cual se tributa un oficio benevolente y un culto diligente a los parientes de sangre y a la patria. La gratitud, en la cual se contiene la memoria de las amistades y oficios, y la voluntad de recompensar. La vindicación, por la cual se defiende o se vengá la violencia o la injuria, y en general todo lo que será perjudicial. La observancia, por la cual honramos con culto y honor a los hombres que sobresalen en alguna dignidad. La verdad, por la cual se dicen inmutables las cosas que son, han sido o serán. Por costumbre, el derecho es lo que, tomado ligeramente de la naturaleza, el uso ha alimentado y hecho mayor, como la religión; y si vemos que algo de lo que dijimos antes, proveniente de la naturaleza, se ha hecho mayor por la costumbre: o lo que la antigüedad ha llevado a la aprobación del vulgo. De este tipo es el

pacto, la paridad, la ley, el juicio. El pacto es lo que se acuerda entre algunos. La paridad, lo que es igual para todos. El juicio, sobre lo que ya se ha constituido por la sentencia de alguien o de algunos. La ley es el derecho que se contiene en ese escrito, que se expone al pueblo para que lo observe. La fortaleza es la asunción considerada de los peligros y la resistencia a los trabajos. Sus partes son la magnificencia, la confianza, la paciencia, la perseverancia. La magnificencia es la agitación y administración de cosas grandes y excelsas con una cierta amplia y espléndida proposición del ánimo. La confianza es por la cual el ánimo mismo ha colocado mucha confianza en sí mismo en cosas grandes y honestas con una esperanza cierta. La paciencia es la resistencia voluntaria y prolongada de cosas arduas y difíciles por causa de la honestidad o la utilidad. La perseverancia es la permanencia estable y perpetua en una razón bien considerada. La templanza es la firme y moderada dominación de la razón sobre la lujuria y otros impulsos no rectos del ánimo. Sus partes son la continencia, la clemencia, la modestia. La continencia es por la cual el deseo se gobierna por el consejo. La clemencia, por la cual los ánimos llevados y excitados temerariamente al odio de alguien se retienen con amabilidad. La modestia, por la cual el pudor honesto adquiere una autoridad clara y estable.

2. Y todas estas cosas deben buscarse solo por sí mismas, para que no se añada nada de provecho. Lo cual, para mostrarlo, ni pertenece a nuestro propósito, ni está alejado de la brevedad de la enseñanza. Pero deben evitarse por sí mismas, no solo aquellas que son contrarias a ellas, como la cobardía a la fortaleza, y la injusticia a la justicia; sino también aquellas que parecen cercanas y vecinas, pero están muy lejos. De este tipo, lo contrario de la confianza es la desconfianza, y por eso es un vicio: la audacia, no contraria, sino adyacente y cercana, y sin embargo es un vicio. Así se encontrará un vicio vecino a cada virtud, ya con un nombre cierto, como la audacia que es vecina de la confianza, la obstinación que es vecina de la perseverancia, la superstición que es vecina de la religión; o sin ningún nombre cierto: todas estas cosas, al igual que las contrarias a las cosas buenas, las colocaremos entre las cosas que deben evitarse. Y sobre ese tipo de honestidad, que en todos sus aspectos se busca por sí misma, se ha dicho lo suficiente. Ahora parece que se debe hablar de aquello en lo que también se une la utilidad, que sin embargo llamamos honesto.

3. Hay, pues, muchas cosas que nos conducen, tanto con dignidad como con su fruto. En este género está la gloria, la dignidad, la amplitud, la amistad. La gloria es la fama frecuente de alguien con alabanza. La dignidad, la autoridad de alguien digna de honor y culto y respeto. La amplitud es el poder, o la majestad, o la gran abundancia de algunas riquezas. La amistad, la voluntad hacia alguien de cosas buenas, por causa de aquel mismo a quien se ama, con su igual voluntad. Aquí, porque hablamos de causas civiles, añadimos el fruto a la amistad, para que también parezca que debe buscarse por su causa, no sea que quienes piensen que hablamos de toda amistad nos reprendan. Aunque hay quienes piensan que la amistad debe buscarse solo por utilidad, hay quienes piensan que solo por sí misma, hay quienes piensan que tanto por sí misma como por utilidad. Cuál de estas opiniones es la más verdadera, será otro lugar para considerar.

XXXII. Si alguien entiende algo más que otro, y así la inteligencia de la misma cosa se extiende infinitamente.

Quienquiera que entienda algo de manera diferente a como es esa cosa, se equivoca: y todo el que se equivoca, no entiende aquello en lo que se equivoca. Por lo tanto, quienquiera que entienda algo de manera diferente a como es, no lo entiende. No se puede, por lo tanto, entender nada, sino como es. Pero nosotros entendemos algo no como es, como este mismo no entender nada que no se entiende como es. Por lo tanto, no se debe dudar de que haya una

inteligencia perfecta, que no pueda ser superada; y por eso no se extiende infinitamente lo que se entiende de cada cosa, ni puede alguien entender más que otro.

#### XXXIII. Sobre el miedo.

No hay duda de que no hay otra causa de temer, sino que lo que amamos, o lo perdamos una vez obtenido, o no lo alcancemos como esperado. Por lo tanto, quien ama y tiene esto mismo de no temer, ¿qué miedo hay de que pueda perderlo? Pues muchas cosas que amamos y tenemos, tememos perderlas; así las custodiamos con miedo: pero nadie puede custodiar sin miedo lo que teme. Asimismo, quien ama no temer, y aún no lo tiene, y espera tenerlo, no debe temer no alcanzarlo. Pues este miedo no teme nada más que el mismo miedo. Además, todo miedo huye de algo, y ninguna cosa huye de sí misma. Por lo tanto, no se teme el miedo. Pero si alguien piensa que no se dice correctamente que el miedo teme algo, cuando más bien el alma teme con el mismo miedo; que atienda a lo que es fácil de conocer, que no hay miedo sino del mal futuro e inminente. Sin embargo, es necesario que quien teme, huya de algo. Por lo tanto, quien teme temer, es ciertamente el más absurdo, porque al huir tiene eso mismo que huye. Pues ya que no se teme sino que algo malo suceda, temer que suceda el miedo, no es otra cosa que abrazar lo que rechazas. Y si esto es contradictorio, como lo es, de ningún modo teme, quien no ama nada más que no temer. Y por eso nadie puede amar solo esto, y no tenerlo. Si, sin embargo, solo esto debe amarse, es otra cuestión. Ya quien no es exánime por el miedo, ni la codicia lo devasta, ni la tristeza lo consume, ni lo agita la vana y vacía alegría. Pues si desea, porque nada más es la codicia que el amor de las cosas pasajeras, debe temer, necesariamente, perderlas una vez obtenidas, o no alcanzarlas. Pero no teme: por lo tanto, no desea. Asimismo, si se angustia con dolor del alma, necesariamente debe ser agitado por el miedo: pues de los males presentes es la angustia, de los inminentes el miedo. Pero carece de miedo: por lo tanto, también de angustia. Asimismo, si se alegra vanamente, se alegra de cosas que puede perder: por lo tanto, debe temer perderlas. Pero de ningún modo teme: de ningún modo, por lo tanto, se alegra vanamente.

#### XXXIV. Si no debe amarse nada más que carecer de miedo.

Si es un vicio no temer, no debe amarse. Pero nadie beatísimo teme, y nadie beatísimo está en vicio. No es, por lo tanto, un vicio no temer. Pero la audacia es un vicio. No, por lo tanto, quien no teme, es audaz; aunque todo el que se atreve, no teme. Asimismo, todo cadáver no teme. Por lo tanto, siendo común no temer al beatísimo, al audaz y al cadáver, pero el beatísimo lo tiene por la tranquilidad del alma, el audaz por la temeridad, el cadáver porque carece de todo sentido; ni debe amarse solo no temer, porque queremos ser bienaventurados; ni debe amarse solo, porque no queremos ser audaces e inánimes.

#### XXXV. Qué debe amarse.

1. Porque lo que no vive no teme, y nadie persuadirá a alguien de que debe carecer de vida para que también podamos carecer de miedo; es necesario amar vivir sin miedo. Pero nuevamente, porque una vida sin miedo, incluso si carece de inteligencia, no es deseable; es necesario amar vivir sin miedo con entendimiento. ¿Es eso lo único que se debe amar? ¿O también se debe amar el amor mismo? Así es, ya que sin él no se aman aquellas cosas. Pero si el amor se ama por otras cosas que deben ser amadas, no se dice que se ama correctamente. Porque amar no es otra cosa que desear algo por sí mismo. ¿Acaso, entonces, el amor debe ser deseado por sí mismo, cuando, si falta lo que se ama, es una miseria indudable? Además, dado que el amor es un cierto movimiento, y no hay movimiento sin un objetivo; cuando

preguntamos qué debe ser amado, preguntamos qué es aquello hacia lo que debemos movernos. Por lo tanto, si el amor debe ser amado, no todo amor debe ser amado. Hay también un amor vil, por el cual el alma busca cosas inferiores a sí misma, lo que propiamente se llama codicia, raíz de todos los males. Y por eso no debe amarse aquello que puede ser quitado al amor que permanece y disfruta. ¿Entonces, de qué cosa debe amarse el amor, sino de aquello que no puede faltar mientras se ama? Eso es, lo que no es otra cosa que tenerlo que conocerlo. Ahora bien, el oro y todo cuerpo no es tenerlo lo mismo que conocerlo: por lo tanto, no debe ser amado. Y dado que algo puede ser amado sin ser poseído, no solo de aquellas cosas que no deben ser amadas, como un cuerpo hermoso, sino también de aquellas que deben ser amadas, como la vida bienaventurada; y nuevamente, algo puede ser poseído sin ser amado, como las cadenas: se pregunta con razón si alguien puede no amar lo que tenerlo no es otra cosa que conocerlo, es decir, saberlo. Pero cuando vemos que algunos no aprenden números por otra razón, por ejemplo, sino para hacerse ricos con esa disciplina o para agradar a los hombres; y cuando lo han aprendido, lo refieren al mismo fin que se propusieron al aprender; y ninguna disciplina es otra cosa que tenerla que conocerla: puede suceder que alguien tenga algo, que tenerlo sea conocerlo, y sin embargo no lo ame. Aunque nadie puede poseer o conocer perfectamente un bien que no ama. ¿Quién puede conocer cuánto bien hay en lo que no disfruta? Pero no disfruta si no ama: por lo tanto, no tiene lo que debe ser amado, quien no ama, incluso si puede amar, quien no tiene. Nadie, por lo tanto, conoce la vida bienaventurada y es miserable: porque si debe ser amada, como lo es, conocerla es tenerla.

2. Siendo así, ¿qué es vivir bienaventuradamente, sino tener algo eterno conociéndolo? Porque es eterno aquello de lo que solo se puede confiar correctamente que no puede ser quitado al amante: y eso mismo es lo que no es otra cosa tenerlo que conocerlo. Porque de todas las cosas, lo más excelente es lo que es eterno: y por eso no podemos tenerlo sino por aquello en lo que somos superiores, es decir, la mente. Pero todo lo que se tiene con la mente, se tiene conociéndolo; y ningún bien se conoce perfectamente que no se ama perfectamente. Y así como solo la mente puede conocer, tampoco puede amar sola. Porque el amor es un cierto apetito: y vemos que también las otras partes del alma tienen apetito, que si consiente con la mente y la razón, en tal paz y tranquilidad la mente podrá contemplar lo que es eterno. Por lo tanto, el alma debe amar con todas sus partes este gran bien que debe ser conocido con la mente. Y dado que lo que se ama necesariamente afecta al amante por sí mismo; sucede que lo amado que es eterno, afecta al alma con eternidad. Por lo tanto, esa vida bienaventurada es la que es eterna. ¿Y qué es eterno que afecte al alma con eternidad, sino Dios? El amor de las cosas que deben ser amadas se llama mejor caridad o dilección. Por lo tanto, con todas las fuerzas del pensamiento debe considerarse ese saludable precepto, Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente (Mat. XXII, 37); y lo que dice el Señor Jesús, Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII, 3).

XXXVI. Sobre el cultivo de la caridad.

1. Llamo caridad al amor por aquellas cosas que no deben ser despreciadas por el amante mismo: es decir, lo que es eterno, y lo que puede amar lo eterno. Por lo tanto, Dios y el alma que lo ama, se dice propiamente que es caridad purísima y consumada, si no se ama nada más: y me agrada que se llame también dilección. Pero cuando Dios es amado más que el alma, de modo que el hombre prefiere ser de Él que suyo, entonces verdaderamente se cuida del alma y consecuentemente del cuerpo, no preocupándonos por ello con algún apetito ansioso, sino tomando solo lo que se ofrece y está disponible. El veneno de la caridad es la esperanza de obtener o retener cosas temporales. Su alimento es la disminución de la codicia;

su perfección, ninguna codicia. La señal de su progreso es la disminución del miedo; la señal de su perfección, ningún miedo: porque la raíz de todos los males es la codicia (I Tim. VI, 10); y la caridad consumada expulsa el miedo (I Juan IV, 18). Por lo tanto, quien quiera nutrir la, debe dedicarse a disminuir las codicias. La codicia es el amor de obtener o retener cosas temporales. El comienzo de su disminución es temer a Dios, quien solo puede ser temido sin amor. Porque se tiende hacia la sabiduría, y nada es más verdadero que lo que se ha dicho, El temor del Señor es el principio de la sabiduría (Ecli. I, 16). No hay nadie que no evite más el dolor que busque el placer: ya que vemos incluso a las bestias más feroces ser disuadidas de los mayores placeres por el miedo al dolor; lo cual, cuando se convierte en su costumbre, se les llama domadas y mansas. Por lo tanto, dado que el hombre tiene razón, que cuando sirve a la codicia por una miserable perversión, sugiere que los hombres no deben ser temidos, que los delitos pueden ocultarse, y prepara las más astutas artimañas para ocultar los pecados; sucede que los hombres, a quienes aún no deleita la belleza de la virtud, a menos que sean disuadidos de pecar por los castigos que son predicados muy verdaderamente por hombres santos y divinos, y que lo que ocultan a los hombres no puede ocultarse a Dios, son más difíciles de domar que las fieras. Pero para que Dios sea temido, debe persuadirse de que todo está gobernado por la divina providencia; no tanto por razones, que quien puede entenderlas, ya puede sentir la belleza de la virtud, como por ejemplos recientes, si los hay, o de la historia, y especialmente aquellos que, bajo la dirección de la divina providencia, han recibido la autoridad más excelente de la religión, ya sea en el Antiguo o en el Nuevo Testamento. Al mismo tiempo, se debe tratar tanto de los castigos de los pecados como de las recompensas de las buenas acciones.

2. Ahora bien, cuando alguna costumbre de no pecar, que se consideraba onerosa, ha demostrado ser fácil; comienza a saborearse la dulzura de la piedad, y a encomiarse la belleza de la virtud, para que la libertad de la caridad sobresalga sobre la servidumbre del miedo. Entonces ya debe persuadirse a los fieles, precedidos por los sacramentos de la regeneración, que necesariamente deben mover mucho, cuál es la diferencia entre dos hombres, el viejo y el nuevo, el exterior y el interior, el terrenal y el celestial; es decir, entre aquel que busca los bienes carnales y temporales, y aquel que busca los espirituales y eternos: y advertirles que no esperen de Dios beneficios precederos y transitorios, de los cuales también los hombres impíos pueden abundar; sino los firmes y eternos, por los cuales deben despreciarse por completo todas las cosas que en este mundo se consideran buenas o malas. Aquí debe proponerse ese ejemplo tan excelente y único del Hombre del Señor, quien, aunque mostró tener tanto poder sobre las cosas con tantos milagros, despreciaba lo que los ignorantes consideran grandes bienes, y soportaba lo que consideran grandes males: y para que nadie se atreva a emprender menos esa disciplina cuanto más la honra, debe mostrarse, tanto por sus promesas y exhortaciones, como por la multitud de apóstoles, mártires y santos innumerables que lo imitan, que no debe desesperarse de ello.

3. Pero cuando se han superado las seducciones de los placeres carnales, debe cuidarse que no se infiltre y suceda la codicia de agradar a los hombres, ya sea por algunos hechos maravillosos, o por difícil continencia o paciencia, o por alguna generosidad, o en nombre de la ciencia o la elocuencia: en ese género está también la codicia del honor. Contra todas estas cosas deben presentarse lo que está escrito sobre la alabanza de la caridad, y sobre la vanidad de la jactancia; y debe enseñarse cuán vergonzoso es querer agradar a aquellos a quienes no deseas imitar. O bien son buenos, y no es gran cosa ser alabado por los malos; o bien son buenos, y deben ser imitados. Pero los que son buenos, lo son por virtud: y la virtud no busca lo que está en el poder de otros hombres. Por lo tanto, quien imita a los buenos, no busca la alabanza de ningún hombre; quien imita a los malos, no es digno de alabanza. Pero si deseas

agradar a los hombres para beneficiarlos en el amor a Dios; ya no deseas esto, sino otra cosa. Pero quien desea agradar, aún necesita el temor: primero, para que no sea contado entre los hipócritas por el Señor al pecar en secreto; luego, si desea agradar con buenas acciones, para que al buscar esta recompensa no pierda lo que Dios dará.

4. Pero una vez vencida esta codicia, debe cuidarse la soberbia. Porque es difícil que se digne asociarse con los hombres, quien ya no desea agradecerles, y se cree lleno de virtudes. Por lo tanto, aún es necesario el temor, para que incluso lo que parece tener, no le sea quitado (Mat. XXV, 29); y atado de pies y manos, sea arrojado a las tinieblas exteriores (Id. XXII, 13). Por lo tanto, el temor de Dios no solo inicia, sino que también perfecciona al sabio. Y es aquel que ama sumamente a Dios, y al prójimo como a sí mismo. Pero cuáles son los peligros y dificultades que deben temerse en este camino, y qué remedios deben usarse, es otra cuestión.

XXXVII. Sobre el siempre nacido.

Es mejor el siempre nacido, que el que siempre está naciendo. Porque quien siempre está naciendo, aún no ha nacido; y nunca ha nacido ni nacerá, si siempre está naciendo. Porque una cosa es nacer, otra cosa es haber nacido. Por lo tanto, nunca hijo, si nunca ha nacido: pero hijo porque ha nacido, es siempre hijo: siempre, por lo tanto, nacido.

XXXVIII. Sobre la conformación del alma.

Cuando una cosa es la naturaleza, otra la disciplina, otra el uso, y estas se entienden en un alma sin ninguna diversidad de sustancia: de igual manera, cuando una cosa es el ingenio, otra la virtud, otra la tranquilidad, de manera similar en una misma sustancia: y cuando el alma es de una sustancia diferente a Dios, aunque hecha por Él; y Él mismo es esa santísima y conocida por muchos en palabra, pero por pocos en realidad, Trinidad: debe investigarse diligentemente lo que dijo el Señor Jesús, Nadie viene a mí, si el Padre no lo atrae (Juan VI, 44); y, Nadie viene al Padre, sino por mí (Id. XIV, 6); y, Él os guiará a toda la verdad (Id. XVI, 13),

XXXIX. Sobre los alimentos.

¿Qué es lo que toma aquello que transforma? como el animal el alimento. ¿Qué es lo que se toma y se transforma? como el mismo alimento. ¿Qué es lo que se toma y no se transforma? como la luz a los ojos, y el sonido a los oídos. Pero estas cosas las toma el alma a través del cuerpo: ¿qué es lo que toma por sí misma y transforma en sí? como otra alma, que al recibirla en amistad la hace semejante a sí misma. ¿Y qué es lo que toma por sí misma y no transforma? como la verdad. Por lo tanto, debe conocerse también lo que se dijo a Pedro, Mata y come (Hechos X, 13); y lo que en el Evangelio, Y la vida era la luz de los hombres (Juan I, 4).

XL. Si la naturaleza de las almas es una, ¿de dónde las diversas voluntades de los hombres?

De diferentes visiones surge el diverso apetito de las almas, del diverso apetito el diverso éxito en obtener, del diverso éxito la diversa costumbre, de la diversa costumbre la diversa voluntad. Pero las diversas visiones las hace el orden de las cosas: oculto, sí, pero bajo la divina providencia, sin embargo, cierto. Por lo tanto, no debe pensarse que las naturalezas de las almas son diferentes porque las voluntades son diferentes; ya que incluso la voluntad de un solo alma varía según la diversidad de los tiempos. Pues en un momento desea ser rico, en otro momento, despreciando las riquezas, desea ser sabio: y en el mismo apetito de las cosas temporales, en un momento a un hombre le agrada el comercio, y en otro momento la milicia.

XXI. Si Dios hizo todas las cosas, ¿por qué no las hizo iguales?

Porque no serían todas las cosas, si fueran iguales: no habría muchos géneros de cosas, con los cuales se compone el universo, teniendo criaturas ordenadas en primeras y segundas, y así sucesivamente hasta las últimas: y eso es lo que se dice, todas las cosas.

XXII. Cómo Cristo estuvo tanto en el vientre de su madre como en los cielos.

Como la palabra del hombre, que aunque muchos la oyen, todos la oyen por completo individualmente.

XXIII. Por qué el Hijo de Dios apareció en un hombre, y el Espíritu Santo en una paloma.

Porque Él vino para mostrar a los hombres un ejemplo de vida; este, para significar el mismo don por el cual se llega a vivir bien, apareció. Ambas cosas se hicieron visiblemente para los carnales, para ser trasladados de lo que se ve con los ojos corporales a lo que se entiende con la mente, por los grados de los sacramentos. Porque las palabras suenan y pasan; sin embargo, lo que se significa con las palabras, cuando se expone algo divino y eterno hablando, no pasa de la misma manera.

XXIV. Por qué el Señor Jesucristo vino tanto tiempo después, y no al principio del pecado del hombre.

Porque toda belleza proviene de la suma belleza, que es Dios: pero la belleza temporal se lleva a cabo por cosas que pasan y suceden. Tiene su propio decoro en cada una de las edades de cada hombre, desde la infancia hasta la vejez. Así como es absurdo quien solo quisiera que existiera la juventud en un hombre sujeto a los tiempos; pues envidiaría las demás bellezas, que tienen sus turnos y orden en las demás edades: así es absurdo quien desea una sola edad en el mismo género humano; pues también él mismo, como un solo hombre, pasa por sus edades. Y no debía venir divinamente un maestro, cuya imitación formara a los hombres en las mejores costumbres, sino en el tiempo de la juventud. Esto es lo que vale lo que dice el Apóstol, que los niños estaban custodiados bajo la ley como bajo un pedagogo (Gál. III, 23, 24), hasta que viniera aquel a quien se guardaba, quien había sido prometido por los Profetas. Porque una cosa es lo que la divina providencia trata como privadamente con cada uno, otra cosa es lo que consulta públicamente al género humano entero. Pues también cualquiera que haya llegado individualmente a cierta sabiduría, no ha sido ilustrado sino por la misma verdad en la oportunidad de sus edades individuales: de la cual verdad, para que el pueblo se hiciera sabio, en la edad oportuna del mismo género humano, fue asumido un hombre.

XXV. Contra los matemáticos.

1. Los antiguos no llamaron matemáticos a los que ahora se llaman así; sino a aquellos que investigaron los números de los tiempos por el movimiento del cielo y de los astros, de los cuales se dice con toda razón en las Sagradas Escrituras: Nuevamente, no deben ser perdonados. Si pudieron saber tanto, que pudieron estimar el siglo; ¿cómo no encontraron más fácilmente al Señor de este? Porque la mente humana, juzgando sobre las cosas visibles, puede reconocer que es mejor que todas las cosas visibles. Sin embargo, cuando también confiesa que es mutable por su defecto y progreso en la sabiduría, encuentra que hay una verdad inmutable por encima de sí misma: y así, adhiriéndose tras ella, como se ha dicho, Mi alma se adhirió tras de ti (Sal. LXII, 9); se hace bienaventurada, encontrando dentro de sí misma también al Creador y Señor de todas las cosas visibles; no buscando fuera las cosas

visibles, aunque sean celestiales: que o no se encuentran, o cuando se encuentran con gran esfuerzo, es en vano, a menos que por la belleza de las cosas externas, se encuentre al artífice que está dentro, y primero opere en el alma las bellezas superiores, luego en el cuerpo las inferiores.

2. Pero contra aquellos que ahora se llaman matemáticos, que quieren someter nuestros actos a los cuerpos celestiales, y vendernos a las estrellas, y tomar de nosotros el mismo precio por el que nos venden, nada más verdadero y breve se puede decir que no responden sino después de recibir las constelaciones. Pero en las constelaciones se notan las partes, que dicen tener trescientas sesenta el círculo zodiacal: y el movimiento del cielo se realiza en una hora en quince partes, de modo que en tanto tiempo se levantan quince partes, como lo que ocupa una hora. Y dicen que cada una de estas partes tiene sesenta minutos. Pero los minutos de los minutos ya no se encuentran en las constelaciones, sobre las cuales dicen predecir el futuro; pero la concepción de los gemelos, ya que se efectúa en un solo coito, según atestiguan los médicos, cuya disciplina es mucho más cierta y manifiesta, ocurre en un punto de tiempo tan pequeño que no se extiende a dos minutos de los minutos. ¿De dónde, entonces, en los gemelos tanta diversidad de acciones, y eventos, y voluntades, que necesariamente deben tener la misma constelación de concepción, y se da una constelación de ambos al matemático, como de un solo hombre? Pero si quieren atenerse a las constelaciones natales, son excluidos por los mismos gemelos, que a menudo nacen uno tras otro del útero, de modo que este intervalo de tiempo vuelve a los minutos de los minutos, que nunca toman ni pueden tratar en las constelaciones. Pero cuando se dice que han predicho muchas cosas verdaderas, sucede porque los hombres no recuerdan sus falsedades y errores: sino que no prestan atención sino a lo que ha sucedido según sus respuestas, olvidan lo que no ha sucedido: y recuerdan lo que no sucede por ese arte, que no existe, sino por una cierta suerte oscura de las cosas. Pero si quieren atribuirlo a su habilidad, digan que también adivinan artísticamente incluso las membranas muertas escritas cualquiera, de las cuales a menudo sale la suerte según la voluntad. Pero si no sale por arte de los códigos a menudo un verso que predice el futuro, ¿qué maravilla si también de la mente del que habla, no por arte, sino por suerte, sale alguna predicción de los futuros?

XLVI. Sobre las ideas. 1. Se dice que Platón fue el primero en llamar ideas a ciertas entidades: sin embargo, no porque este nombre no existiera antes de que él lo estableciera, significa que las cosas mismas a las que llamó ideas no existieran o que nadie las comprendiera; sino que tal vez fueron nombradas de otra manera por diferentes personas. Pues a cualquiera le es lícito asignar un nombre a una cosa desconocida que no tiene un nombre común. No es verosímil que no hubiera sabios antes de Platón, o que no comprendieran esas cosas que Platón llamó ideas, cualesquiera que sean, ya que se les atribuye tal importancia que nadie puede ser sabio sin entenderlas. Es creíble que también fuera de Grecia hubiera sabios en otras naciones: lo cual Platón mismo no solo atestiguó suficientemente viajando para perfeccionar su sabiduría, sino que también lo menciona en sus libros. Por lo tanto, no se debe pensar que estos sabios, si existieron, ignoraran las ideas, aunque tal vez las llamaran de otro modo. Pero basta de hablar del nombre: veamos la cosa misma, que es lo que más debe ser considerado y conocido, estando en el poder de los vocablos que cada uno llame como quiera a la cosa que ha comprendido.

2. Las ideas, por tanto, podemos llamarlas en latín formas o especies, para que parezca que traducimos palabra por palabra. Si las llamamos razones, nos alejamos de la propiedad de la traducción; pues razones en griego se llaman λόγοι, no ideas: pero quien quiera usar este término no se apartará de la cosa misma. Las ideas son ciertas formas principales, o razones

de las cosas, estables e inmutables, que no están formadas y, por tanto, son eternas y siempre se mantienen de la misma manera, contenidas en la inteligencia divina. Y aunque ellas mismas ni nacen ni perecen, se dice que todo lo que puede nacer y perecer se forma según ellas, y todo lo que nace y perece. Se niega que el alma pueda contemplarlas, a menos que sea racional, en esa parte de sí misma en la que sobresale, es decir, en la mente y la razón misma, como con una especie de rostro u ojo interior e inteligible. Y se afirma que solo el alma racional que es santa y pura es apta para esa visión: es decir, aquella que tiene sano, sincero, sereno y semejante a las cosas que intenta ver, ese ojo con el que se ven estas cosas. ¿Quién, siendo religioso e imbuido de verdadera religión, aunque aún no pueda contemplar estas cosas, se atrevería a negarlo, o más bien no profesaría que todo lo que existe, es decir, todo lo que se contiene en su género con una naturaleza propia, ha sido creado por Dios como autor, y que por ese autor todo lo que vive, vive, y que la universal integridad de las cosas, y el mismo orden por el cual las cosas que cambian celebran sus cursos temporales con cierta moderación, están contenidas y gobernadas por las leyes del Dios supremo? Una vez establecido y concedido esto, ¿quién se atrevería a decir que Dios creó todo irracionalmente? Si no se puede decir ni creer esto correctamente, queda que todo ha sido creado con razón. Y no con la misma razón el hombre que el caballo: pues es absurdo pensar esto. Por lo tanto, cada cosa ha sido creada con sus propias razones. ¿Dónde se debe pensar que están estas razones, sino en la misma mente del Creador? Pues no contemplaba nada puesto fuera de sí mismo para constituir según eso lo que constituía: pues es sacrílego pensar esto. Si estas razones de todas las cosas que han de ser creadas o ya creadas están contenidas en la mente divina, y en la mente divina no puede haber nada que no sea eterno e inmutable; y Platón llama a estas razones principales de las cosas ideas: no solo son ideas, sino que son verdaderas, porque son eternas, y permanecen de tal modo inmutables; por cuya participación existe todo lo que es, de cualquier manera que sea. Pero el alma racional supera a todas las cosas creadas por Dios; y está próxima a Dios cuando es pura; y en la medida en que se adhiere a Él con amor, en esa medida, iluminada y de algún modo iluminada por aquella luz inteligible, contempla, no con ojos corporales, sino con su principal, en lo que sobresale, es decir, con su inteligencia, esas razones, cuya visión la hace bienaventurada. A estas razones, como se ha dicho, se les puede llamar ideas, formas, especies o razones, y a muchos se les concede llamarlas como quieran, pero a muy pocos ver lo que es verdadero.

XLVII. Si alguna vez podemos ver nuestros pensamientos.

Se suele preguntar cómo, después de la resurrección y la transformación del cuerpo, que se promete a los santos, podremos ver nuestros pensamientos. Por lo tanto, se debe tomar conjetura de esa parte de nuestro cuerpo que tiene más luz; ya que se debe creer que los cuerpos angélicos, como esperamos tener, son muy luminosos y etéreos: si ahora muchos movimientos de nuestro ánimo se reconocen en los ojos, es probable que ningún movimiento del ánimo pase desapercibido, cuando todo el cuerpo sea etéreo, en comparación con el cual estos ojos son carne.

XLVIII. Sobre lo creíble.

Hay tres tipos de cosas creíbles. Unas son las que siempre se creen y nunca se entienden: como toda historia, que recorre hechos temporales y humanos. Otras que, tan pronto como se creen, se entienden: como todas las razones humanas, ya sea sobre números o sobre cualquier disciplina. Un tercer tipo, que primero se cree y luego se entiende: como aquellas cosas sobre asuntos divinos que no pueden ser entendidas, excepto por aquellos que son puros de corazón; lo cual se logra al guardar los preceptos que se reciben sobre vivir bien.

XLIX. Por qué los hijos de Israel sacrificaban visiblemente víctimas de ganado.

Porque también hay sagrados espirituales, cuyas imágenes debía celebrar el pueblo carnal, para que la prefiguración del nuevo pueblo se hiciera con la servidumbre del antiguo. La diferencia entre estos dos pueblos también se puede advertir en cada uno de nosotros, cuando cada uno desde el vientre materno debe actuar como el hombre viejo, hasta que llega a la edad juvenil; donde ya no es necesario pensar carnalmente, sino que puede convertirse voluntariamente a lo espiritual y regenerarse interiormente. Lo que, por tanto, en un hombre bien educado, ocurre por orden de la naturaleza y la disciplina, es hermoso que se haga en todo el género humano por la providencia divina.

L. Sobre la igualdad del Hijo.

Dios, al engendrar, no pudo engendrar algo mejor que Él mismo (pues nada es mejor que Dios), debió engendrar algo igual. Si quiso y no pudo, es débil: si pudo y no quiso, es envidioso. De lo cual se concluye que engendró al Hijo igual.

LI. Sobre el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios.

1. Como la Escritura divina menciona al hombre exterior e interior, y los distingue tanto que el Apóstol dijo: "Y aunque nuestro hombre exterior se corrompe, el interior se renueva de día en día" (II Cor. IV, 16); se puede preguntar si uno de ellos fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Pues es absurdo preguntar si uno, ¿cuál de ellos? ¿Quién duda que se refiera más bien al que se renueva, que al que se corrompe? Sin embargo, si ambos, es una gran cuestión. Pues si el hombre exterior es Adán, y el interior es Cristo, ambos se entienden bien. Pero como Adán, tal como fue hecho por Dios, no permaneció bueno, y al amar lo carnal se hizo carnal, no parece absurdo que caer significara para él perder la imagen y semejanza de Dios. Y por tanto, él mismo se renueva, y él mismo es el interior: ¿cómo es entonces él mismo también el exterior? ¿O es según el cuerpo; para que sea interior según el alma, y la resurrección y renovación del interior sea lo que ahora ocurre según la muerte de la vida anterior, es decir, del pecado, y según la regeneración de la nueva vida, es decir, de la justicia? A estos dos hombres los llama de tal manera, que uno es el viejo, que debemos despojar, y el otro el nuevo, que debemos revestir (Col. III, 9, 10): de los cuales nuevamente llama a uno imagen del hombre terrenal, porque se lleva según el pecado del primer hombre, que es Adán; y al otro imagen del hombre celestial (I Cor. XV, 49), porque se lleva según la justicia del segundo hombre, que es Jesucristo. Pero el hombre exterior, que ahora se corrompe, será renovado en la futura resurrección, cuando pague esta muerte que debe a la naturaleza, según la ley que fue dada en el paraíso.

2. Sin embargo, no es incongruente lo que se dice de que también el cuerpo fue hecho a semejanza de Dios, lo entiende fácilmente quien atiende diligentemente a lo que se dijo: "Y Dios hizo todo muy bueno" (Gen. I, 31). Nadie duda que Él mismo es primeramente bueno. Pues las cosas pueden decirse semejantes a Dios de muchas maneras: unas hechas según la virtud y la sabiduría, porque en Él está la virtud y la sabiduría no hechas; otras en cuanto solo viven, porque Él vive sumamente y primeramente; otras en cuanto son, porque Él es sumamente y primeramente. Y por eso las que solo son, pero no viven ni saben, no son perfectamente, sino escasamente semejantes a Él; porque también ellas son buenas en su orden, siendo Él sobre todo bueno, de quien proceden todas las cosas buenas. Todas las que viven y no saben, participan un poco más de la semejanza. Pues lo que vive, también es: pero no todo lo que es, también vive. Ahora bien, las que saben, son tan próximas a Él en semejanza, que en las criaturas no hay nada más cercano. Pues lo que participa de la

sabiduría, vive y es: pero lo que vive, necesariamente es, no necesariamente sabe. Por lo tanto, como el hombre puede ser partícipe de la sabiduría según el hombre interior, según él es a imagen, de modo que ninguna naturaleza interpuesta se forma; y por eso nada está más unido a Dios. Pues sabe, vive y es: que criatura no hay mejor.

3. Pero si el hombre exterior se toma por aquella vida en la que sentimos a través del cuerpo con los cinco sentidos más conocidos, que tenemos en común con los animales: pues también puede corromperse con molestias sensibles, que se infligen con persecuciones: no sin razón también este hombre se dice partícipe de la semejanza de Dios; no solo porque vive, lo cual también aparece en las bestias; sino más porque se convierte a la mente que lo gobierna, la cual es iluminada por la sabiduría, lo que no puede ocurrir en las bestias que carecen de razón. También el cuerpo del hombre, porque es el único entre los cuerpos de los animales terrenales que no está inclinado hacia el suelo, sino que está erguido para contemplar el cielo, que es el principio de las cosas visibles; aunque se reconoce que no vive por sí mismo, sino por la presencia del alma: sin embargo, no solo porque es, y en cuanto es, es bueno: sino también porque es tal que está más apto para contemplar el cielo, se puede considerar con justicia hecho más a imagen y semejanza de Dios que los demás cuerpos de los animales. Sin embargo, porque el hombre sin vida no se llama correctamente hombre; no solo el cuerpo es el hombre exterior, ni solo la vida que está en el sentido del cuerpo, sino que ambos juntos se entienden más correctamente.

4. Tampoco se distingue sin inteligencia que una cosa sea la imagen y semejanza de Dios, que también se llama Hijo; y otra cosa a imagen y semejanza de Dios, como entendemos que fue hecho el hombre. También hay quienes no sin razón entienden que se dijo dos veces, a imagen y semejanza: pues si fuera una sola cosa, un solo nombre podría haber sido suficiente. Pero quieren que la mente haya sido hecha a imagen, que se forma sin ninguna sustancia interpuesta por la misma verdad, que también se llama espíritu: no aquel Espíritu Santo, que es de la misma sustancia que el Padre y el Hijo, sino el espíritu del hombre. Pues así los distingue el Apóstol: "Nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre; y nadie sabe lo que hay en Dios, sino el Espíritu de Dios" (I Cor. II, 11). También dice del espíritu del hombre: "Que salve vuestro espíritu, y alma y cuerpo" (I Tes. V, 23). Y este también fue hecho por Dios, como las demás criaturas. Pues está escrito en los Proverbios de esta manera: "Sabe que el Señor conoce los corazones de los hombres; y el que formó el espíritu de todos, Él lo sabe todo" (Prov. XVI, 2). Por lo tanto, este espíritu se entiende sin duda hecho a imagen de Dios, en el cual está la inteligencia de la verdad: pues se adhiere a la verdad sin ninguna criatura interpuesta. Las demás cosas del hombre se consideran hechas a semejanza; porque toda imagen es semejante, pero no todo lo que es semejante es también imagen propiamente, sino que tal vez se puede decir abusivamente. Pero se debe tener cuidado en tales cosas de no pensar que algo debe ser afirmado demasiado, guardando prudentemente aquella cosa, para que no se crea que cualquier cuerpo extendido por espacios locales es la sustancia de Dios. Pues una cosa que es menor en parte que en el todo, no conviene a la dignidad del alma; cuánto menos a la majestad de Dios.

LII. Sobre lo que se dijo: "Me arrepiento de haber hecho al hombre" (Gen. VI, 6, 7).

Las Escrituras divinas, elevándonos del sentido terrenal y humano al divino y celestial, han descendido hasta aquellas palabras que incluso la costumbre de los más necios utiliza entre sí. Por lo tanto, no dudaron aquellos hombres por quienes habló el Espíritu Santo, en poner en los libros, de manera muy oportuna, los nombres de aquellas afecciones que padece nuestra mente, las cuales quien mejor entiende ya sabe que están muy lejos de Dios. Así, por ejemplo, como es muy difícil que el hombre castigue algo sin ira, la venganza de Dios, que se

realiza sin esta perturbación, juzgaron que debía llamarse ira. Asimismo, porque los hombres suelen custodiar la castidad de su esposa con celo, aquella providencia de Dios por la cual se ordena y se actúa para que el alma no se corrompa, y siguiendo a otros dioses de algún modo se prostituya, la llamaron celo de Dios. Así también la mano de Dios, la fuerza con la que obra; y los pies de Dios, la fuerza con la que se extiende para custodiar y gobernar todo; y los oídos de Dios o los ojos de Dios, la fuerza con la que percibe e inteligentemente comprende todo; y el rostro de Dios, la fuerza con la que se manifiesta y se da a conocer; y otras cosas de este modo, precisamente porque nosotros, a quienes se dirige el discurso, solemos obrar con las manos, y caminar con los pies, y llegar a donde nos lleva el ánimo, y percibir las cosas corporales con los oídos y los ojos y los demás sentidos del cuerpo, y darnos a conocer con el rostro: y si hay algo más que pertenezca a esta especie de regla. De este modo, por lo tanto, como no solemos cambiar algo comenzado y transferirlo a otra cosa sin arrepentirnos, aunque la providencia divina aparezca a los que la contemplan con mente serena administrando todo con el orden más seguro, sin embargo, de manera muy adecuada para la humilde inteligencia humana, las cosas que comienzan a ser, y no perseveran tanto como se esperaba que perseveraran, se dicen quitadas como por arrepentimiento de Dios.

LIII. Sobre el oro y la plata que los israelitas tomaron de los egipcios.

1. Cualquiera que contemple las dispensaciones de los dos Testamentos, distribuidas diligentemente según la congruencia de los tiempos, en las edades del género humano, entiende suficientemente, según creo, qué conviene propiamente a la primera edad del género humano, y qué a la posterior. Pues la divina providencia, moderando todo hermosamente, administra toda la serie de generaciones desde Adán hasta el fin del mundo, como si fuera la vida de un solo hombre, desde la infancia hasta la vejez, terminando su curso de edad en el tiempo. Y por eso, los grados de las virtudes en las costumbres, hasta que se llegue a la suma y perfecta virtud del hombre, debe distinguirlos aquel que dirige su piadoso ánimo a las lecturas divinas: no sea que, al encontrar que a veces se ordenan cosas pequeñas a los pequeños, y a veces cosas mayores a los mayores, considerando en comparación con las mayores que los pecados son aquellas cosas que son menores, no piense que era apropiado que Dios ordenara tales cosas a los hombres. Pero ahora es demasiado largo discutir sobre los grados de las virtudes. Sin embargo, lo que es suficiente para discutir la cuestión presente, en cuanto a engañar se refiere, la suma y perfecta virtud es no engañar a nadie, y cumplir lo que se dijo: "Sea vuestro hablar, Sí, sí; No, no" (Mat. V, 37). Pero como esto se ordenó a aquellos a quienes ya se les prometió el reino de los cielos; y es una gran virtud cumplir estas cosas mayores, a las que se debe esta recompensa; "El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan" (Id. XI, 12): se debe buscar por qué grados se llega a esta suma y perfección: en los cuales grados se encuentran aquellos a quienes aún se les prometía un reino terrenal, con cuya promesa como niños jugaban, y habiendo obtenido de un solo Dios, que es el Señor de todos, por el momento los gozos terrenales a los que aún aspiraban, de allí progresando y creciendo en espíritu, se atrevían también a esperar las cosas celestiales. Así como, por tanto, la suma y casi divina virtud es no engañar a nadie; así el último vicio es engañar a cualquiera. Para aquellos que tienden desde este último vicio a aquella suma virtud, el grado es no engañar a nadie, ni amigo ni desconocido, pero sí a veces al enemigo. De donde también aquella frase del poeta ha alcanzado casi la costumbre de un proverbio: "¿Engaño o virtud, quién lo pregunta en el enemigo?" (Eneida, libro 2, v. 390). Pero como también el enemigo puede a menudo ser engañado injustamente, como cuando se hace un pacto sobre una paz temporal, que llaman treguas, y no se guarda la fe, y otras cosas semejantes; es mucho más puro y más cercano a aquella suma virtud quien, aunque quiera engañar al enemigo, no lo engaña sino por autoridad divina. Pues Dios sabe, o solo Él, o

ciertamente mucho más excelentemente que los hombres y más sinceramente, qué castigo o recompensa merece cada uno.

2. Por lo tanto, Dios en sí mismo no engaña a nadie; pues es el Padre de la Verdad: y la Verdad, y el Espíritu de Verdad: distribuyendo lo digno a los dignos (ya que esto también pertenece a la justicia y la verdad), utiliza las almas según sus méritos y dignidades, que están en sus grados, de modo que si alguien es digno de ser engañado, no solo no lo engaña por sí mismo, sino tampoco a través de un hombre que ya ama congruentemente y persiste en guardar, "Sea en vuestra boca, Sí, sí; No, no"; ni a través de un ángel, a quien no le conviene la persona de engaño: sino a través de un hombre que aún no se ha despojado de tales deseos; o a través de un ángel que, por la perversidad de su voluntad, ya sea para la venganza de los pecados, o para la ejercitación y purificación de aquellos que renacen según Dios, está ordenado en los grados más bajos de la naturaleza. Leemos que un rey fue engañado por la falsa profecía de los falsos profetas: y leemos de tal manera que no encontramos que haya sucedido sin el juicio divino, ya que era digno de ser engañado así; ni por aquel ángel, a quien no le correspondería asumir el oficio de engaño; sino por un ángel del error, que voluntariamente pidió con alegría que se le impusieran tales partes (III Reg. XXII, 6-36). En algunos lugares de las Escrituras se expone algo más claramente, para que el lector diligente y piadoso también entienda en otros lugares donde se revela menos. Pues nuestro Dios ha moderado los libros divinos por el Espíritu Santo para la salvación de las almas, de modo que no solo nos alimenta con lo manifiesto, sino que también nos ejercita con lo oscuro. De esta administración inefable y sublime de las cosas, que se realiza por la divina providencia, se ha transcrito como una ley natural en el alma racional, para que en la conversación de esta vida y en las costumbres terrenales, los hombres guarden las imágenes de tales distribuciones. De aquí que el juez considere indigno y nefasto que su persona golpee al condenado: sin embargo, por su mandato lo hace el verdugo, quien por su deseo está ordenado en el oficio de golpear al condenado por la moderación de las leyes, quien también podría golpear a un inocente por su crueldad. Pues ni el juez lo hace por sí mismo, ni por un príncipe o abogado, ni por alguien en su oficio a quien no se le impone convenientemente tal ministerio. De aquí también que utilicemos a los animales irracionales para aquellas cosas que es nefasto hacer a través de los hombres. Pues ciertamente el ladrón es digno de ser desgarrado por una mordedura: sin embargo, el hombre no lo hace por sí mismo, ni por su hijo, ni por su doméstico, ni siquiera por su siervo; sino por un perro, que es una bestia adecuada para hacer tales cosas según los grados de su naturaleza. Por lo tanto, cuando a algunos les conviene sufrir algo que a otros no les conviene hacer; hay ciertos ministerios intermedios a los que se les imponen oficios dignos; de modo que, usando la justicia misma, no solo ordena que cada uno sufra lo que le conviene sufrir, sino también que lo hagan aquellos a quienes les conviene hacer tales cosas. Por lo tanto, como los egipcios eran dignos de ser engañados, y el pueblo de Israel, para aquella época de la humanidad, estaba aún en un grado de costumbres tal que no era indigno que engañara al enemigo; sucedió que Dios ordenó, o más bien permitió por su deseo, que pidieran a los egipcios los vasos de oro y plata, que aún codiciaban como apetitosos de un reino terrenal, y los tomaran como si fueran a devolverlos, pero sin intención de hacerlo (Éxodo III, 22). Y Dios quiso que esta fuera la recompensa no injusta por el largo trabajo y esfuerzo de tales almas, y el castigo de aquellos a quienes hizo perder dignamente lo que debían devolver. Por lo tanto, ¿quién no entiende que es impío y nefasto creer que Dios es un engañador? sino el distribuidor justísimo de méritos y personas, haciendo algunas cosas por sí mismo, que solo son dignas de Él y le convienen solo a Él; como iluminar las almas, y ofreciéndose a ellas para su disfrute, haciéndolas sabias y bienaventuradas: otras cosas las ordena a través de la criatura que le sirve, ordenada por leyes integrísimas según los méritos,

ordenando algunas de ellas, permitiendo otras, hasta la administración de los gorriones, como dice el Señor en el Evangelio, y hasta la belleza del heno, hasta el número incluso de nuestros cabellos, extendiéndose y llegando la divina providencia (Mateo X, 29, 30, y Lucas XII, 27, 28). De la cual también se ha dicho: "Se extiende de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas suavemente" (Sabiduría VIII, 1).

3. Que Dios castiga a través de los ministerios de las almas que sirven a sus leyes, y retribuye dignamente los castigos dignos, mientras Él mismo permanece tranquilísimo, está escrito de manera clarísima: "Tú también, que no debes ser castigado, condenas, consideras extraño a tu virtud. Pues tu virtud es el principio de la justicia; y por esto, porque eres el Señor de todos, a todos perdonas. Pues muestras tu poder, que no se cree que esté consumado en el poder, sino que en aquellos que saben, traduces la audacia. Pero tú, Señor de las virtudes, juzgas con tranquilidad, y con gran reverencia nos dispones" (Sabiduría XII, 15-18).

4. Asimismo, que primero en las cosas terrenales se hace un grado hacia la justicia celestial, que ya se impone a los más firmes, el Señor lo muestra cuando dice: "Si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo vuestro?" (Lucas XVI, 12). Y que las almas son enseñadas según sus grados, el mismo Señor lo demuestra diciendo: "Muchas cosas tengo que deciros; pero ahora no podéis llevarlas" (Juan XVI, 12). Y el Apóstol, cuando dice: "Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. Os di a beber leche, no alimento sólido; porque aún no podíais, ni aún podéis; pues todavía sois carnales" (I Corintios III, 1, 2). Lo que se hizo en estos según sus grados, lo reconocemos que se hace en todo el género humano, para que se ordenen unas cosas al pueblo carnal, otras al espiritual, según la congruencia de los tiempos. No es de extrañar, por tanto, si fueron ordenados a engañar a un enemigo digno de ser engañado, quienes aún eran dignos de engañar al enemigo. Pues no eran ya idóneos para quienes se dijera: "Amad a vuestros enemigos"; sino que eran tales a quienes solo se debía decir: "Amarás a tu prójimo, y odiarás a tu enemigo" (Mateo V, 44, 43). Pues aún no era el tiempo de enseñar cuán ampliamente debía entenderse el prójimo. Por lo tanto, se hizo una iniciación bajo el pedagogo, para que la perfección se guardara para el maestro: siendo el mismo Dios quien dio al pedagogo a los pequeños, es decir, aquella ley a través de su siervo; y al maestro a los mayores, es decir, el Evangelio a través de su Único.

LIV. Sobre lo que está escrito: "Pero para mí, estar cerca de Dios es bueno" (Salmo LXXII, 28).

Todo lo que es, o es siempre del mismo modo, o no. Y toda alma es mejor que cualquier cuerpo. Pues todo lo que da vida es mejor que lo que es vivificado: y nadie duda que el cuerpo es vivificado por el alma, no el alma por el cuerpo. Pero lo que no es cuerpo, y sin embargo es algo, o es alma, o algo mejor que ella. Pues nada es peor que cualquier cuerpo: porque incluso si alguien dijera que es materia, de la cual se hace el mismo cuerpo; correctamente, ya que carece de toda forma, se dice que es nada. Nuevamente, entre el cuerpo y el alma, no se encuentra algo que sea mejor que el cuerpo y peor que el alma. Pues si hubiera algo intermedio, o sería vivificado por el alma, o vivificaría al alma, o ninguno de los dos: o vivificaría al cuerpo, o sería vivificado por el cuerpo, o ninguno de los dos. Pero todo lo que es vivificado por el alma es cuerpo: si algo vivifica al alma, es mejor que el alma. Nuevamente, lo que vivifica al cuerpo es el alma: lo que es vivificado por el cuerpo, es nada. Pero lo que no es ninguno de los dos, es decir, que no necesita vida ni da vida, o es absolutamente nada, o es algo mejor que el cuerpo y el alma. Pero si algo así existe en la naturaleza de las cosas, es otra cuestión. Por ahora, la razón ha descubierto que no hay nada entre el cuerpo y el alma que sea mejor que el cuerpo y peor que el alma. Pero lo que es mejor que toda alma, eso llamamos Dios; a quien, quienquiera que lo entienda, está unido.

Pues lo que se entiende es verdadero, y no todo lo que se cree es verdadero. Pero todo lo que es verdadero, y está separado de los sentidos y de la mente, solo puede ser creído, no sentido o entendido. Por lo tanto, lo que entiende a Dios está unido a Dios. Y el alma racional entiende a Dios. Pues entiende lo que siempre es de la misma manera, y no sufre ninguna mutación. Pero tanto el cuerpo a través del tiempo y los lugares, como el mismo alma racional, que a veces es sabia, a veces necia, sufre mutación. Pero lo que siempre es de la misma manera, es ciertamente mejor que lo que no es así. Y nada es mejor que el alma racional, excepto Dios. Por lo tanto, cuando entiende algo que siempre se mantiene de la misma manera, sin duda entiende a Él. Esta es la misma verdad; a la cual, porque el alma racional se une entendiendo, y esto es bueno para el alma, se entiende correctamente que es lo que se ha dicho: "Pero para mí, estar cerca de Dios es bueno".

LV. Sobre lo que está escrito: "Sesenta son las reinas, ochenta las concubinas, y las doncellas sin número" (Cantar de los Cantares VI, 7).

El número diez puede significar el conocimiento del universo. Que si se refiere a las cosas interiores e inteligibles, que se significan por el número seis, se hace como diez veces seis, que es sesenta: si se refiere a las cosas terrenales y corruptibles, que pueden ser significadas por el número ocho, se hacen diez veces ocho, que es ochenta. Por lo tanto, las reinas son las almas que reinan en las cosas inteligibles y espirituales. Las concubinas, que reciben la recompensa de las cosas terrenales, de las cuales se ha dicho: "Han recibido su recompensa" (Mateo VI, 2). Las doncellas sin número, cuya ciencia no está determinada, y pueden estar en peligro por diversas doctrinas: para que el número, lo que se ha dicho, signifique una confirmación cierta e indudable de la ciencia.

LVI. Sobre los cuarenta y seis años de construcción del templo.

Seis, nueve, doce, dieciocho, estos en conjunto hacen cuarenta y cinco. Añade entonces el mismo uno, hacen cuarenta y seis: esto seis veces, hacen doscientos setenta y seis. Se dice que la concepción humana procede y se perfecciona de tal manera que en los primeros seis días tiene una similitud con la leche, en los siguientes nueve días se convierte en sangre, luego en doce días se solidifica, en los restantes dieciocho días se forma hasta los lineamientos perfectos de todos los miembros, y desde aquí ya en el tiempo restante hasta el momento del parto aumenta en tamaño. Por lo tanto, en cuarenta y cinco días añadiendo uno, que significa la suma: porque seis y nueve y doce y dieciocho reunidos en uno, hacen cuarenta y cinco: añadiendo entonces, como se ha dicho, uno, hacen cuarenta y seis. Que cuando se multiplican por el mismo número seis, que tiene la cabeza de esta ordenación, hacen doscientos setenta y seis: es decir, nueve meses y seis días, que se cuentan desde el octavo día antes de las calendas de abril, día en que se cree que el Señor fue concebido, porque en el mismo día también sufrió, hasta el octavo día antes de las calendas de enero, día en que nació. No es absurdo, por lo tanto, que se diga que el templo fue construido en cuarenta y seis años, lo que significaba su cuerpo (Juan II, 20, 21): para que los años que fueron en la construcción del templo, fueran los mismos días en la perfección del cuerpo del Señor.

LVII. Sobre los ciento cincuenta y tres peces.

1. "Todo es vuestro, pero vosotros de Cristo, y Cristo de Dios" (I Corintios III, 22, 23). Si se cuentan desde la cabeza, se encuentran uno, dos, tres, cuatro. Asimismo: "La cabeza de la mujer es el hombre, la cabeza del hombre es Cristo, y la cabeza de Cristo es Dios" (I Corintios XI, 3). Si se cuentan de la misma manera, se encuentran igualmente uno, dos, tres y

cuatro. Por lo tanto, uno y dos y tres y cuatro juntos hacen diez. Por lo tanto, la disciplina que insinúa al creador Dios y a la criatura creada, correctamente significa el número diez. Y cuando el cuerpo perfecto e incorruptible se somete al alma perfecta e incorruptible, y nuevamente ella se somete a Cristo, y él a Dios, no como diferente o de otra naturaleza, sino como Hijo al Padre, todo esto se significa correctamente con el mismo número diez, que después de la resurrección del cuerpo se espera que sea en la eternidad. Y tal vez por eso los que son contratados para la viña reciben un denario como recompensa (Mateo XX, 2). Así como uno y dos y tres y cuatro juntos hacen diez, así uno y dos y tres y cuatro multiplicados por cuatro hacen cuarenta.

2. Pero si el número cuatro correctamente significa el cuerpo, debido a las cuatro naturalezas más conocidas de las que consta, seca y húmeda, fría y caliente; y porque el progreso de un punto a la longitud, de la longitud a la latitud, de la latitud a la altura, hace la solidez del cuerpo, que nuevamente se contiene en el número cuatro: no es absurdo entender que el número cuarenta significa la dispensación temporal, que se llevó a cabo para nuestra salvación, cuando el Señor asumió un cuerpo, y se dignó aparecer visiblemente a los hombres. Pues uno y dos y tres y cuatro, que significan al Creador y a la criatura, multiplicados por cuatro, es decir, mostrados temporalmente a través del cuerpo, hacen cuarenta. Pues entre cuatro y cuatro veces hay esta diferencia, que cuatro están en estado, cuatro veces en movimiento. Por lo tanto, así como cuatro se refiere al cuerpo, así cuatro veces al tiempo: insinuándose el sacramento realizado corporal y temporalmente, para aquellos que estaban implicados en el amor de los cuerpos, y sujetos a los tiempos. Por lo tanto, el número cuarenta, como se ha dicho, se cree que significa no incongruentemente la misma dispensación temporal. Y tal vez esto es lo que el Señor ayunó cuarenta días (Mateo IV, 2), mostrando la escasez de este siglo, que se lleva a cabo con el movimiento de los cuerpos y los tiempos: y estuvo cuarenta días después de la resurrección con los discípulos, insinuándoles, creo, esta misma dispensación temporal que se llevó a cabo para nuestra salvación. Pero el número cuarenta, con sus partes que lo miden, computadas, llega hasta el número cincuenta, recomendando lo mismo; ya que esas mismas partes, que lo miden, son iguales entre sí: porque la acción corporal y visible administrada con equidad temporalmente, proporciona perfección al hombre. Esta perfección, como se ha dicho, se significa con el número diez: así como el número cuarenta, computadas sus partes iguales, produce el número diez, ya que llega al número cincuenta, como se ha dicho antes. Pues uno que tienen cuarenta cuarenta veces, y dos que tienen veinte veces, y cuatro que tienen diez veces, y cinco que tienen ocho veces, y ocho que tienen cinco veces, y diez que tienen cuatro veces, y veinte que tienen dos veces, juntos hacen cincuenta. Pues ningún otro número puede medir el número cuarenta por partes iguales, excepto estos que hemos enumerado, y computados los hemos llevado al número cincuenta. Por lo tanto, después de que el Señor pasó cuarenta días con sus discípulos después de la resurrección, es decir, recomendándoles lo que se hizo temporalmente por nosotros, ascendió al cielo: y después de otros diez días envió al Espíritu Santo (Hechos I, 3, 9, y II, 1-4), para que fueran perfeccionados espiritualmente para captar las cosas invisibles, quienes habían creído en las visibles y temporales. A esos mismos diez días después de los cuales envió al Espíritu Santo, indicando esa misma perfección que se confiere por el Espíritu Santo con el número diez, que el número cuarenta produce computadas sus partes iguales, y se hace cincuenta: así como se llega a la perfección, que el número diez significa, a través de la dispensación temporal administrada con equidad, que el número cuarenta significa, que junto con el número diez hace cincuenta. Por lo tanto, ya que la perfección que se hace por el Espíritu Santo, mientras aún caminamos en la carne, aunque no vivamos carnalmente, se une con la misma dispensación temporal, correctamente parece que el número cincuenta pertenece a la Iglesia, pero ya purgada y perfecta, que abraza con

amor la fe de la dispensación temporal y la esperanza de la eternidad futura, es decir, como uniendo el número cuarenta con el número diez. Esta Iglesia, a la que pertenece el número cincuenta, ya sea porque se elige de tres géneros de hombres, judíos, gentiles y cristianos carnales, o porque se imbuje del sacramento de la Trinidad, multiplicado por el número que significa, llega al ciento cincuenta. Pues cincuenta multiplicado por tres hace ciento cincuenta. Cuando añades esos mismos tres, porque debe ser insigne y eminente lo que en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo se lava en el lavacro de la regeneración (Mateo XXVIII, 19), hacen ciento cincuenta y tres. Este número de peces se encuentra, porque las redes fueron echadas a la derecha; y por eso tiene grandes (Juan XXI, 6, 11), es decir, perfectos y aptos para el reino de los cielos. Pues aquella similitud de la red no echada a la derecha, capturó juntos buenos y malos, que se separan en la orilla (Mateo XIII, 48). Ahora, dentro de las redes de los preceptos y sacramentos de Dios, en la Iglesia que ahora es, buenos y malos se mezclan juntos. Pero se hace la separación al final del siglo, como al final del mar, es decir, en la orilla; cuando los justos reinan primero temporalmente, como está escrito en el Apocalipsis, luego eternamente en aquella ciudad que allí se describe (Apocalipsis XXI), donde ya, con la dispensación temporal descansando, que el número cuarenta significa, permanece el número diez, que es la recompensa que los santos que trabajan en la viña recibirán.

3. También puede, si se considera este número, referirse a la santidad de la Iglesia, que fue hecha por nuestro Señor Jesucristo: ya que la creación consta del número siete, con el tres atribuido al alma y el cuatro al cuerpo, la ascensión misma del hombre se lleva a tres veces siete. Porque el Padre envió al Hijo, y el Padre está en el Hijo, y por el don del Espíritu Santo nació de la virgen. Y estos son tres, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Siete veces, sin embargo, el mismo hombre asumido en la dispensación temporal, para hacerse eterno. Así, la suma del número es veintiuno, es decir, tres veces siete. Esta ascensión del hombre valió para la liberación de la Iglesia, de la cual es cabeza (Efesios V, 23); para que la misma Iglesia, por el alma y el cuerpo, sea restaurada en el mismo número siete. Por lo tanto, se llevan veintiuno siete veces, por aquellos que son liberados por el hombre del Señor, y se hacen en total ciento cuarenta y siete. A esto se añade el número seis, signo de perfección, porque consta de sus partes que lo miden, de modo que no se encuentra nada menos ni más. Pues lo mide el uno, que tiene seis veces; y el dos, que tiene tres veces; y el tres, que tiene dos veces: que juntos, uno, dos y tres, hacen seis. Esto tal vez también se refiere al sacramento de que Dios completó todas sus obras en el sexto día (Génesis II, 2). Por lo tanto, si añades seis a ciento cuarenta y siete, que es el signo de la perfección, se hacen ciento cincuenta y tres: número de peces encontrado después de que, por orden del Señor, las redes fueron echadas a la derecha, donde no se encuentran los pecadores que pertenecen a la izquierda.

#### LVIII. De Juan Bautista.

1. Juan Bautista, considerando la escritura que de él se lee en el Evangelio, se cree razonablemente que lleva la persona de la profecía, especialmente porque el Señor dice de él, Más que profeta (Mateo XI, 9). Este, de hecho, lleva la imagen de toda la profecía que desde el principio del género humano hasta la venida del Señor se hizo sobre el Señor. Sin embargo, la persona del Evangelio está en el mismo Señor, que fue anunciado por la profecía, cuya predicación se incrementa por todo el mundo desde la venida del Señor: pero la profecía disminuye después de que llega lo que anunciaba. Así que el Señor dice: La Ley y los Profetas hasta Juan Bautista; desde entonces se predica el reino de Dios (Lucas XVI, 16). Y el mismo Juan: Es necesario que él crezca, pero que yo disminuya (Juan III, 30). Esto también se figuró en los días en que nacieron y en las muertes que sufrieron. Juan nace

cuando los días comienzan a disminuir: el Señor nace cuando los días comienzan a crecer. Aquel es disminuido en la cabeza cuando es decapitado: este es elevado en la cruz. Por lo tanto, después de que la misma profecía constituida en Juan señala con el dedo al presente, a quien desde el principio del género humano había anunciado que vendría, comienza a disminuir, y desde entonces a crecer la predicación del reino de Dios. Y por eso Juan bautizó en penitencia (Mateo III, 11): pues la vida antigua termina hasta la penitencia, y desde entonces comienza la nueva.

2. Sin embargo, no solo en aquellos que propiamente fueron llamados Profetas, sino que en la misma historia del Antiguo Testamento se recoge que la profecía no calla por aquellos que buscan piadosamente y son divinamente ayudados para investigar estas cosas. Sin embargo, aparece más claramente en aquellas figuras evidentes de las cosas: que Abel el justo es asesinado por su hermano (Génesis IV, 8), y el Señor por los judíos: que el arca de Noé, como en el diluvio del mundo, es gobernada por la Iglesia (Génesis VII, 1): que Isaac es llevado a ser sacrificado a Dios, y un carnero es reconocido en su lugar en los matorrales como crucificado (Génesis XXII, 3-13): que en los dos hijos de Abraham, uno de la esclava, otro de la libre, se entienden los dos Testamentos (Gálatas IV, 22-24): que dos pueblos son prefigurados en los gemelos, Esaú y Jacob (Génesis XXV, 23): que José, perseguido por sus hermanos, es honrado por extraños (Génesis XXXVII, XLI); así como el Señor, perseguido por los judíos, fue glorificado entre los gentiles. Sería largo enumerar cada cosa, cuando el Apóstol concluye así y dice: Pero estas cosas les sucedieron en figura; y fueron escritas para nosotros, para quienes ha llegado el fin de los siglos (I Corintios X, 11). El fin de los siglos, como la vejez del hombre viejo, cuando se constituye a todo el género humano como un solo hombre, se señala en la sexta edad, en la que vino el Señor. Pues hay seis edades también en un solo hombre; infancia, niñez, adolescencia, juventud, madurez y vejez. Por lo tanto, la primera edad del género humano es desde Adán hasta Noé. La segunda, de Noé a Abraham: que son los hitos más evidentes y conocidos. La tercera, de Abraham hasta David: así lo divide el evangelista Mateo (Mateo I, 17). La cuarta, de David hasta la deportación a Babilonia. La quinta, de la deportación a Babilonia hasta la venida del Señor. La sexta, desde la venida del Señor hasta el fin del mundo es de esperarse: en la cual el hombre exterior se corrompe como por vejez, que también se llama viejo, y el interior se renueva de día en día (II Corintios IV, 16). Después de esto, hay un descanso eterno, que se significa con el sábado. A esta realidad se ajusta que el hombre fue hecho en el sexto día a imagen y semejanza de Dios (Génesis I, 27). Nadie ignora que la vida de los hombres, ya administrando algo, se sostiene por el conocimiento y la acción. Pues la acción es temeraria sin conocimiento, y el conocimiento sin acción es perezoso. Pero la primera vida del hombre, a la que no se le confía ninguna administración correctamente, está dedicada a los cinco sentidos del cuerpo; que son vista, oído, olfato, gusto, tacto. Y por eso las dos primeras edades del género humano se definen por diez generaciones, como infancia y niñez; con el cinco duplicado, ya que la generación se propaga por ambos sexos. Por lo tanto, hay diez generaciones desde Adán hasta Noé, y desde allí hasta Abraham otras diez; que son las dos edades que hemos dicho que son la infancia y la niñez del género humano. La adolescencia, juventud y madurez, es decir, desde Abraham hasta David, y desde allí hasta la deportación a Babilonia, y desde allí hasta la venida del Señor, se figuran en cuarenta generaciones; con el siete duplicado para la misma generación de ambos sexos, cuando al cinco que está en los sentidos del cuerpo se le añade la acción y el conocimiento. La vejez, sin embargo, suele durar tanto tiempo como todas las demás edades juntas. Pues cuando se dice que la vejez comienza a los sesenta años, y la vida humana puede llegar hasta los ciento veinte años, es evidente que solo la vejez puede ser tan larga como todas las edades anteriores juntas. Por lo tanto, la última edad del género humano, que comienza con la venida del Señor, hasta el fin del mundo, es incierto en qué generaciones

se cuenta: y esto Dios quiso que permaneciera oculto, como está escrito en el Evangelio (Mateo XXIV, 36), y el Apóstol atestigua, diciendo que el día del Señor vendrá como ladrón en la noche (I Tesalonicenses V, 2).

3. Sin embargo, que el género humano fue visitado en la sexta edad por la humilde venida del Señor, se enseña por las generaciones anteriormente distinguidas. Con esta visita comenzó a manifestarse la profecía, que en las cinco edades anteriores había estado oculta: y como Juan llevaba la persona de esta profecía, como se dijo antes, por eso nace de padres ancianos, como si la profecía comenzara a hacerse conocida en un mundo envejecido; y su madre se oculta durante cinco meses, como está escrito, Isabel se ocultaba durante cinco meses. Pero en el sexto mes es visitada por María, la madre del Señor; y el niño salta en el vientre, como si en la primera venida del Señor, en la que se dignó aparecer en humildad, la profecía comenzara a manifestarse: pero como en el vientre, es decir, no tan evidentemente, para que todos confiesen que es manifiesta como en la luz; lo que creemos que sucederá en la segunda venida del Señor, en la que vendrá en gloria; cuyo precursor se espera que sea Elías, como Juan lo fue de esta. Y por eso el Señor dice: Elías ya vino, y le hicieron muchas cosas; y si queréis saber, él es Juan Bautista, que ha de venir (Mateo XVII, 12, y XI, 14). Porque en el mismo espíritu y en la misma virtud, como el oficio del heraldo precedente, este ya vino, y aquel ha de venir. Por eso se dice por el espíritu con el que su padre, lleno de profecía, que Juan será el precursor del Señor en el espíritu y poder de Elías. Pero después de que María estuvo con Isabel tres meses, se va (Lucas I). En este número me parece que se significa la fe en la Trinidad, y el Bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, con el que el género humano es instruido por la humilde venida del Señor, y es exaltado por su futura venida en gloria.

#### LIX. De las diez vírgenes.

1. Entre las parábolas dichas por el Señor, suele ejercitar mucho a los que preguntan esta, que se refiere a las diez vírgenes. Y muchos, de hecho, han sentido muchas cosas sobre esto, que no están fuera de la fe: pero cómo la exposición se ajusta a todas sus partes, es lo que debe elaborarse. También leí en cierta escritura, del tipo de las que se llaman apócrifas, no que sea contra la fe católica; pero me pareció menos adecuada a este lugar, considerando todas las partes de esta similitud. Sin embargo, no me atrevo a juzgar temerariamente sobre esa exposición, no sea que tal vez no su inconveniencia me haya causado dificultades, sino mi lentitud en encontrar su conveniencia. Pero lo que me parece que no se debe aceptar absurdamente en este lugar, lo expondré brevemente y con diligencia en la medida de lo posible.

2. Preguntado, pues, nuestro Señor en secreto por los discípulos sobre la consumación del siglo, entre muchas otras cosas que dijo, también dijo esto: Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes, que tomaron sus lámparas y salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran insensatas, y cinco prudentes. Pero las cinco insensatas, al tomar sus lámparas, no llevaron consigo aceite: pero las prudentes tomaron aceite consigo en sus vasijas con las lámparas. Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. A medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo, salid a recibirlo! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Pero las prudentes respondieron, diciendo: No sea que no haya suficiente para nosotras y para vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras. Y mientras iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. Finalmente, vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Pero él, respondiendo, dijo: De

cierto os digo, no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora (Mateo XXV, 1-13). Sin duda, el hecho de que de las diez vírgenes cinco sean admitidas y cinco excluidas, significa la distinción entre buenos y malos. Por lo tanto, si el nombre de virginidad es honorable, ¿por qué es común a las admitidas y a las excluidas? Además, ¿qué significa el número cinco en cada parte? ¿Qué significa el aceite, parece extraño. También, que las prudentes no compartan con las que piden: cuando no es lícito envidiar a aquellas que son tan perfectas que son recibidas por el esposo, en cuyo nombre sin duda se significa nuestro Señor Jesucristo; y es necesario ser misericordioso para dar de lo que se tiene, según la sentencia del mismo Señor que dice, A todo el que te pida, da (Lucas VI, 30). ¿Qué es lo que puede no ser suficiente para ambas al dar? Estas cosas aumentan especialmente la dificultad de la cuestión: aunque también las demás, consideradas cuidadosamente, para que todo concorra en una sola razón, y nada se diga en una parte que impida a la otra, se debe aplicar gran cautela.

3. Me parece que las cinco vírgenes representan la continencia quintuple de las tentaciones de la carne. Es necesario contener el apetito del alma de la voluptuosidad de los ojos, de los oídos, del olfato, del gusto y del tacto. Pero como esta continencia se realiza en parte ante Dios, para agradarle en el gozo interior de la conciencia, y en parte solo ante los hombres, para obtener la gloria humana, se dice que cinco son sabias y cinco necias: ambas son vírgenes, porque ambas son continencias, aunque se alegren de diferente manera. Las lámparas son las obras que se llevan en las manos, que se hacen según esta continencia. Se ha dicho, "Luzcan vuestras obras ante los hombres" (Mat. V, 16). Todas tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo. Por lo tanto, se debe entender que se habla de aquellos que se consideran en el nombre de Cristo. Pues quienes no son cristianos no pueden salir al encuentro del esposo Cristo. Pero las cinco necias, al tomar sus lámparas, no llevaron consigo aceite. Muchos, aunque esperan mucho de la bondad de Cristo, no tienen gozo mientras viven continentes, sino en las alabanzas de los hombres. Por lo tanto, no tienen aceite consigo. Creo que el aceite significa la misma alegría. Por eso dice, "Te ungió Dios, tu Dios, con el óleo de la alegría" (Sal. XLIV, 8). Pero quien no se alegra porque agrada a Dios interiormente, no tiene aceite consigo. Las prudentes, en cambio, llevaron consigo aceite en sus vasijas junto con las lámparas, es decir, pusieron la alegría de las buenas obras en el corazón y la conciencia; como advierte el Apóstol: "Examine cada uno su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse solo en sí mismo, y no en otro" (Gál. VI, 4). Mientras el esposo tardaba, todas se adormecieron: porque de ambos tipos de continentes, ya sea de aquellos que se regocijan ante Dios, o de aquellos que se complacen en las alabanzas de los hombres, mueren en este intervalo de tiempo, hasta que en la venida del Señor se produzca la resurrección de los muertos. A medianoche, es decir, cuando nadie lo sabe ni lo espera; pues el mismo Señor dice, "Pero del día y la hora nadie sabe" (Mat. XXIV, 36); y el Apóstol, "El día del Señor vendrá como ladrón en la noche" (I Tes. V, 2): de lo cual se significa que estará completamente oculto cuando venga: se hizo un clamor, "¡Aquí viene el esposo, salid a su encuentro!" En un abrir y cerrar de ojos, y al sonido de la última trompeta, todos resucitaremos (I Cor. XV, 52). Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y prepararon sus lámparas, es decir, las razones que deben dar de sus obras. Porque es necesario que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo (II Cor. V, 10). Y las necias dijeron a las sabias: "Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan." Pues aquellos cuyas obras se sostienen con la alabanza ajena, cuando esta se retira, desfallecen; y siempre buscan de la costumbre aquello de lo que el alma suele alegrarse. Por lo tanto, quieren tener el testimonio de los hombres, que no ven los corazones, ante Dios, que es el inspector del corazón. Pero, ¿qué

respondieron las sabias? "No sea que no haya suficiente para nosotras y para vosotras." Porque cada uno dará cuenta por sí mismo, y nadie es ayudado por el testimonio ajeno ante Dios, a quien son evidentes los secretos del corazón; y apenas cada uno es suficiente para sí mismo, para que su conciencia le dé testimonio. ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro? (Prov. XX, 9). De ahí que el Apóstol diga: "Para mí es de poca importancia ser juzgado por vosotros o por un tribunal humano; ni siquiera yo me juzgo a mí mismo" (I Cor. IV, 3). Por lo tanto, cuando cada uno apenas puede dar un juicio verdadero sobre sí mismo, ¿cómo puede juzgar a otro, cuando nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre? (Id. II, 11). "Id más bien a los que venden y comprad para vosotras." No se debe pensar que dieron un consejo, sino que mencionaron indirectamente su culpa. Venden aceite los aduladores, que alabando lo falso o lo ignorado, llevan a las almas al error, y al conciliarles vanas alegrías como a necias, reciben de ellas alguna recompensa, ya sea de alimentos, dinero, honor o algún beneficio temporal, sin entender lo que se ha dicho, "Los que os dicen felices, os llevan al error" (Is. III, 12). Es mejor ser reprendido por un justo que ser alabado por un pecador. "Me corregirá el justo con misericordia y me reprenderá; pero el aceite del pecador no ungirá mi cabeza" (Sal. CXL, 5). "Id, pues, más bien a los que venden y comprad para vosotras"; es decir, veamos ahora cuánto os ayudan aquellos que solían venderos alabanzas y llevaros al error, para que no buscarais la gloria ante Dios, sino de los hombres. Mientras ellas iban a comprar, llegó el esposo; es decir, inclinándose hacia aquellas cosas externas y acostumbradas a buscar alegrías, porque no conocían las alegrías internas, vino aquel que juzga: y las que estaban preparadas; es decir, aquellas a quienes la conciencia daba buen testimonio ante Dios, entraron con él a las bodas; es decir, donde el alma pura y perfecta se une fecundada al Verbo eterno de Dios. Y se cerró la puerta, es decir, recibidos aquellos que han sido transformados en vida angélica. Porque todos, dice, resucitaremos, pero no todos seremos transformados (I Cor. XV, 51): se cerró el acceso al reino de los cielos. Pues después del juicio no hay lugar para súplicas o méritos. Finalmente, vinieron también las otras vírgenes, diciendo: "Señor, Señor, ábrenos." No se dijo que compraron aceite; y por eso se debe entender que, sin quedar ya alegría de alabanzas ajenas, regresan en angustias y grandes aflicciones a implorar a Dios. Pero grande es su severidad después del juicio, cuya misericordia inefable se otorgó antes del juicio. Así que respondiendo dijo, "En verdad os digo que no os conozco": según aquella regla, en la que el arte de Dios, es decir, la sabiduría de Dios, no tiene que entren en su gozo aquellos que no ante Dios, sino para agradar a los hombres, parecieron hacer algo según sus preceptos. Y así concluye: "Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora." No solo de aquel último tiempo, cuando vendrá el esposo, sino que cada uno no sabe el día ni la hora de su propio sueño. Y quien esté preparado hasta el sueño, es decir, hasta la muerte que a todos se debe, también será hallado preparado cuando suene aquella voz a medianoche, con la que todos despertarán.

4. En cuanto a que se dice que las vírgenes salen al encuentro del esposo, creo que debe entenderse que de esas mismas vírgenes se compone lo que se llama la esposa: como si al concurrir todos los cristianos a la Iglesia, se dijera que los hijos concurren a la madre, cuando de esos mismos hijos congregados se compone lo que se llama madre. Ahora la Iglesia está desposada, y es virgen que ha de ser llevada a las bodas, es decir, cuando se abstiene de la corrupción secular: pero en aquel tiempo se casará, cuando toda mortalidad en ella desaparezca, disfrutará de la unión inmortal, "Os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen pura a Cristo" (I Cor. XI, 2). "Os he desposado," dice, "virgen"; concluyendo de plural a singular. Por eso pueden llamarse vírgenes, y virgen. La razón por la que se dice que son cinco, creo que ha sido expuesta. Pero ahora vemos en enigma, entonces cara a cara; y ahora en parte, entonces en todo (I Cor. XIII, 12). Pero ver ahora algo en las Escrituras en enigma y en parte, que sin embargo sea según la fe católica, se debe a aquella

prenda que la virgen Iglesia recibió con la humilde venida de su esposo, que en aquella última venida, cuando venga en gloria, se casará, cuando ya lo contemple cara a cara. Pues nos dio la prenda del Espíritu Santo, como dice el Apóstol (II Cor. V, 5). Y por eso esta exposición no contempla nada cierto, sino que sea según la fe; ni prejuzga a otras que igualmente podrían ser según la fe.

LX. Pero del día y la hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo del hombre, sino solo el Padre (Mat. XXIV, 36).

Así como se dice que Dios sabe, incluso cuando hace que alguien sepa, como está escrito, "El Señor vuestro Dios os prueba, para saber si le amáis" (Deut. XIII, 3). No se dice esto como si Dios no supiera: sino para que ellos mismos sepan cuánto han progresado en el amor del Señor; lo cual, a menos que sea por las tentaciones que ocurren, no se reconoce plenamente por los hombres. Y el mismo "prueba" se ha puesto por "permite que sean probados". Así también cuando se dice que no sabe, se dice por lo que no aprueba; es decir, en su disciplina y doctrina no reconoce, como se ha dicho, "No os conozco" (Mat. XXV, 12): o por lo que hace que los hombres no sepan útilmente, lo que es inútil saber. Por eso se acepta bien lo que se ha dicho, que solo el Padre sabe, si se dice que hace que el Hijo sepa: y lo que se ha dicho, que el Hijo no sabe, se dice así porque hace que los hombres no sepan, es decir, no les revela lo que sería inútil saber.

LXI. Sobre lo que está escrito en el Evangelio, que el Señor alimentó a las multitudes en el monte con cinco panes.

1. Los cinco panes de cebada, con los que el Señor alimentó a las multitudes en el monte, significan la ley antigua: ya sea porque fue dada no a los espirituales, sino a los carnales, es decir, a los dados a los cinco sentidos del cuerpo; pues también las multitudes eran cinco mil hombres (Juan VI, 9-13): o porque la misma ley fue dada por Moisés; pues Moisés escribió cinco libros. Y el hecho de que los panes fueran de cebada, bien significan la misma ley, que fue dada de tal manera que el alimento vital del alma estaba cubierto por sacramentos corporales; pues la médula de la cebada está cubierta por una cáscara muy tenaz: o al mismo pueblo aún no despojado del deseo carnal, que como una cáscara adhería a su corazón; es decir, aún no circuncidado de corazón, de modo que ni siquiera por la trilla de las tribulaciones, cuando fueron conducidos por el desierto durante cuarenta años, dejaban caer los velos carnales con el entendimiento revelado, así como la cebada no se despoja de su cáscara en la trilla del campo. Por lo tanto, a ese pueblo se le dio una ley tal.

2. Los dos peces, que daban sabor agradable al pan, parecen significar a esas dos personas, por las cuales ese pueblo era gobernado, para que a través de ellas recibiera la moderación de los consejos; a saber, la real y la sacerdotal, a las que también pertenecía aquella santa unción: cuyo oficio era no ser nunca quebrantadas ni corrompidas por las tormentas y olas populares, y romper a menudo las violentas contradicciones de las multitudes como olas adversas, a veces cediendo a ellas con su integridad preservada; en verdad, como peces en un mar tormentoso, así en la administración turbulenta del pueblo. Sin embargo, estas dos personas prefiguraban a nuestro Señor. Pues solo él sostuvo ambas, y no figuradamente, sino propiamente las cumplió solo. Porque nuestro Señor Jesucristo es nuestro rey, quien nos mostró el ejemplo de luchar y vencer; tomando nuestros pecados en carne mortal, no cediendo a las tentaciones del enemigo ni seductoras ni terribles: finalmente despojándose de la carne, despojando principados y potestades, triunfando sobre ellas en sí mismo (Col. II, 15). Así que con él como guía, somos liberados de las cargas y trabajos de esta nuestra peregrinación, como de Egipto, y los pecados que nos persiguen son sepultados cuando

escapamos por el sacramento del Bautismo: y mientras estamos en la esperanza de su promesa, que aún no vemos, somos conducidos como por desiertos, consolados por la palabra de Dios en las santas Escrituras, como ellos por el maná del cielo; y con el mismo guía, presumimos que podemos ser introducidos en la Jerusalén celestial, como en la tierra de promisión, y ser guardados allí para siempre por él reinando y custodiando. Así se muestra que nuestro Señor Jesucristo es nuestro rey. Él es también nuestro sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 4), quien se ofreció a sí mismo como holocausto por nuestros pecados, y la semejanza de ese sacrificio la encomendó para ser celebrada en memoria de su pasión; para que lo que Melquisedec ofreció a Dios (Gen. XIV, 18), ya lo veamos ofrecido en toda la Iglesia de Cristo por todo el mundo. Por lo tanto, porque nuestro rey tomó nuestros pecados, para mostrarnos el ejemplo de luchar y vencer, Mateo el evangelista, significando su generación según la carne desde Abraham, quien es el padre del pueblo fiel, y enumerando la sucesión de la descendencia hacia abajo, llega a David, en quien el establecimiento del reino es más manifiesto; y desde allí, a través de Salomón, nacido de aquella en la que su padre había pecado, prosigue la estirpe real hasta la generación del Señor (Mat. I, 1-17). Pero Lucas, otro evangelista, porque también asumió explicar la generación del Señor, que es según la carne, pero en la persona sacerdotal, a la que pertenece la purificación y abolición de los pecados, no comienza desde el principio del libro, como Mateo, sino desde el lugar donde Jesús fue bautizado, donde prefiguró la purificación de nuestros pecados, comienza a seguir gradualmente el origen de sus padres; ni hacia abajo, como aquel que lo mostraba descendiendo para asumir nuestros pecados como rey, sino hacia arriba, como aquel que lo insinuaba ascendiendo después de la abolición de los pecados como sacerdote; ni nombra a los mismos padres que aquel (Luc. III, 23-38). Pues había otro origen sacerdotal, que por uno de los hijos de David, como suele ser, al casarse con una de la tribu sacerdotal, había hecho que María tuviera parentesco de ambas tribus, es decir, de la real y la sacerdotal. Pues cuando fueron censados José y María, se escribió que eran de la casa, es decir, del linaje de David (Id. II, 4). Y Elisabet, que también se escribe como pariente de María, era de la tribu sacerdotal (Id. I, 36, 5). Así como Mateo, que insinuaba a Cristo como rey descendiendo para asumir nuestros pecados, desciende a través de Salomón desde David; porque Salomón nació de aquella en la que David había pecado: así Lucas, que insinuaba a Cristo como sacerdote ascendiendo después de la abolición de los pecados, asciende a través de Natán a David; porque el profeta Natán fue enviado, cuya corrección hizo que David obtuviera la abolición de ese pecado al arrepentirse (II Reg. XII, 1, 13). Por lo tanto, después de que Lucas pasa la persona de David, no difiere de Mateo en los nombres de los generados. Pues nombra a los mismos ascendiendo desde David hasta Abraham, que aquel descendiendo desde Abraham hasta David. Porque desde David, esa origen se distribuyó en dos familias, la real y la sacerdotal, de las cuales, como se ha dicho, Mateo descendiendo siguió la real, y Lucas ascendiendo siguió la sacerdotal: para que nuestro Señor Jesucristo, nuestro rey y sacerdote, tuviera parentesco de la estirpe sacerdotal, y no fuera sin embargo de la tribu sacerdotal, es decir, de la tribu de Leví; sino que fuera de la tribu de Judá, es decir, de la tribu de David, de la cual tribu nadie se dirige al altar. Por eso se le llama principalmente hijo de David según la carne, porque tanto Lucas ascendiendo, como Mateo descendiendo, se encontraron en David. Era necesario que, al estar a punto de abolir los sacrificios que se hacían según el orden de Aarón en el sacerdocio levítico, no fuera de la tribu de Leví, para que no pareciera que la purificación de los pecados, que el Señor cumplió con la ofrenda de su holocausto, que se figuraba en el sacerdocio antiguo, perteneciera a esa tribu y a ese sacerdocio que temporalmente era una sombra de lo futuro: y dio la imagen de su holocausto para ser celebrada en memoria de su pasión en la Iglesia, para que fuera sacerdote para siempre, no según el orden de Aarón, sino según el orden de Melquisedec (Hebr. VI, 20). El sacramento de esta cosa puede ser considerado más diligentemente. Pero en cuanto a los dos

peces, en los que dijimos que se figuraban dos personas, la real y la sacerdotal, basta con haber tratado hasta aquí.

3. Pero el hecho de que la multitud se recostara sobre la hierba, significa que aquellos que recibieron el Antiguo Testamento; porque se les prometía un reino temporal y una Jerusalén temporal, estaban colocados en una esperanza carnal. Porque toda carne es hierba, y la gloria del hombre como la flor de la hierba (Is. XL, 6). Pero el hecho de que de los restos de los fragmentos se llenaran doce cestas de trozos, significaba que de la apertura y discusión de la misma Ley, que los judíos habían dejado y abandonado, se llenaron los discípulos del Señor, en los cuales el número doce tiene el principado. Pues aún no estaba escrita la Escritura del Nuevo Testamento, cuando el Señor, como rompiendo y abriendo lo que era duro y cerrado en la Ley, llenó a los discípulos, cuando después de la resurrección les abrió las Escrituras antiguas, comenzando por Moisés y todos los Profetas, interpretándoles en todas las Escrituras lo que de él se decía. Pues también entonces lo reconocieron dos de ellos en la fracción del pan (Luc. XXIV, 27-31).

4. Y por eso, la segunda alimentación del pueblo, que se hizo con siete panes, se entiende correctamente que pertenece a la predicación del Nuevo Testamento. Ningún evangelista dijo que estos panes fueran de cebada, como Juan dijo de aquellos cinco. Así, esta alimentación con siete panes se relaciona con la gracia de la Iglesia, que se reconoce renovada por la conocida operación septenaria del Espíritu Santo. Y por eso aquí no se menciona que hubiera dos peces, como en la ley antigua, donde solo dos eran ungidos, el rey y el sacerdote; sino pocos peces, es decir, aquellos que primero creyeron en el Señor Jesucristo, fueron ungidos en su nombre, enviados a predicar el Evangelio y a soportar el turbulento mar de este siglo, para que ejercieran la embajada por el gran pez, es decir, por Cristo, como dice el apóstol Pablo (II Cor. V, 20). Tampoco en esta multitud hubo cinco mil hombres, como allí, donde se significan los carnales que reciben la ley, es decir, entregados a los cinco sentidos de la carne; sino más bien cuatro mil, número que significa a los espirituales, por las cuatro virtudes del alma, con las que se vive espiritualmente en esta vida: prudencia, templanza, fortaleza y justicia. La primera es el conocimiento de las cosas que se deben desear y evitar; la segunda, la moderación del deseo de las cosas que deleitan temporalmente; la tercera, la firmeza del alma contra las cosas que son temporalmente molestas; la cuarta, que se difunde a través de todas las demás, el amor a Dios y al prójimo.

5. Ciertamente, allí se menciona que había cinco mil hombres, y aquí cuatro mil, excluyendo a las mujeres y a los niños (Mat. XV, 34-38): lo que me parece que se refiere a que entendamos que también en el pueblo del Antiguo Testamento había algunos débiles para cumplir la justicia que es según la ley, en la cual el apóstol Pablo dice que se condujo sin reproche (Filip. III, 6); y había otros que fácilmente se dejaban seducir al culto de los ídolos. Estos dos tipos, es decir, de debilidad y error, están figurados con los nombres de mujeres y niños. Porque el sexo femenino es débil para las acciones, y la infancia es fácil de engañar. ¿Y qué se parece tanto al juego infantil como adorar ídolos? Cuando el Apóstol también refirió este tipo de superstición, diciendo: Ni idólatras, como algunos de ellos, como está escrito: El pueblo se sentó a comer y a beber, y se levantaron a jugar (I Cor. X, 7). Eran, pues, semejantes a las mujeres, quienes en los trabajos de la espera, hasta llegar a las promesas de Dios, no perseveraron virilmente y tentaron a Dios; y a los niños, que se sentaron a comer y a beber, y se levantaron a jugar. No solo allí, sino también en el pueblo del Nuevo Testamento, quienes no perseveran para llegar al hombre perfecto (Efes. IV, 13), ya sea por debilidad de fuerzas o por ligereza de mente, son comparables a mujeres y niños. Pues a ellos se les dice: Si retenemos firme hasta el fin el principio de su sustancia (Hebr. III, 14); y a ellos: No seáis

niños en el entendimiento, sino sed niños en la malicia, para que seáis perfectos en el entendimiento (I Cor. XIV, 20). Y por eso, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento se admiten tales al número; sino que, ya sea allí cinco mil, o aquí cuatro mil, se dice que fueron, excluyendo a las mujeres y a los niños (Mat. XIV, 21, y XV, 38).

6. Aunque tanto allí como aquí, por el mismo Cristo, que constantemente en las Escrituras se llama monte, para que convenientemente ambos pueblos fueran alimentados en el monte; aquí, sin embargo, no se recuestan en la hierba, sino en la tierra. Porque allí la altura de Cristo está cubierta para los hombres carnales y la Jerusalén terrenal con esperanza y deseo carnal; aquí, sin embargo, removida toda codicia carnal, a los comensales del Nuevo Testamento, el fundamento de la esperanza permanente, como la solidez del mismo monte, los contenía sin hierba interpuesta.

7. Y porque el Apóstol dice muy correctamente: Antes de que viniera la fe, estábamos custodiados bajo la Ley (Gál. III, 23); esto parece significar también el Señor, cuando dice de aquellos a quienes iba a alimentar con cinco panes: No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer (Mat. XIV, 16). Bajo estas palabras, figuradamente, se retienen como custodiados, cuando los discípulos le advirtieron que los despidiera. Pero de esta multitud, que pertenece a los siete panes, dijo que se compadecía de ellos, porque ya era el tercer día que estaban con él en ayuno. En todo el siglo del género humano, el tercer tiempo es cuando se dio la gracia de la fe cristiana. El primero es antes de la Ley, el segundo bajo la Ley, el tercero bajo la Gracia. Y porque aún queda el cuarto, en el que llegaremos a la paz plenísima de la Jerusalén celestial, hacia donde se dirige quien cree correctamente en Cristo; por eso el Señor dice que alimenta a esa multitud, para que no desfallezcan en el camino. Esta dispensación, por la cual el Señor se dignó aparecer temporal y visiblemente en el hombre, y nos dio el Espíritu Santo como prenda, por cuya operación septenaria nos fortalecemos, con la autoridad apostólica como el sabor de pocos peces unido: ¿qué otra cosa hace esta dispensación, sino que podamos llegar a la palma de la vocación celestial sin desfallecer en fuerzas? Porque caminamos por fe, y no por vista (II Cor. V, 5, 7). Y el mismo apóstol Pablo aún no dice que haya alcanzado el reino de Dios, sino que, olvidando lo que queda atrás, extendiéndose hacia lo que está adelante, según la intención sigo, dice, hacia la palma de la vocación celestial. Sin embargo, en lo que hemos llegado, en eso caminemos (Filip. III, 13-16); porque adheridos al Señor el tercer día y alimentados por él, no desfalleceremos en el camino.

8. También aquí ciertamente no se pudo llegar al fin de la comida, sino que quedaron sobras. No en vano se dijo del futuro: ¿Crees que cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe en la tierra? (Luc. XVIII, 8). Y creo que así será, por las mujeres y los niños. Pero sin embargo, llenaron siete canastas de sobras de fragmentos, a las que pertenece la Iglesia septiforme, que también se describe en el Apocalipsis (Apoc. I, 4), es decir, todos los que perseveraron hasta el fin. Porque aquel que dijo: ¿Crees que cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe en la tierra? significó ciertamente que al final del banquete podrían quedar y ser abandonadas sus sobras: pero porque él mismo también dijo: El que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. XXIV, 13); significó que no faltará la Iglesia, que en número septenario reciba más abundantemente esos siete panes, y con la amplitud del corazón, que parece significar esa perseverancia en las canastas, los contenga.

LXII. Sobre lo que está escrito en el Evangelio, que Jesús bautizaba más que Juan; aunque él mismo no bautizaba, sino sus discípulos (Juan IV, 1, 2).

Se pregunta si aquellos que fueron bautizados en el tiempo en que está escrito que el Señor bautizaba más que Juan a través de sus discípulos, recibieron el Espíritu Santo. Porque en otro lugar del Evangelio se dice: Porque el Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII, 39). Y fácilmente se responde que el Señor Jesús, que también resucitaba a los muertos, podía no permitir que ninguno de ellos muriera, hasta que después de su glorificación, es decir, resurrección de los muertos y ascensión al cielo, recibieran el Espíritu Santo. Pero viene a la mente aquel ladrón a quien se le dijo: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso; quien ni siquiera había recibido el Bautismo. Aunque Cornelio, y los que con él de los gentiles creyeron, recibieron el Espíritu Santo incluso antes de ser bautizados (Hechos X, 44, 47): sin embargo, no veo cómo aquel ladrón pudo haber dicho sin el Espíritu Santo: Acuérdate de mí, Señor, cuando vengas en tu reino (Luc. XXIII, 43, 42). Porque nadie dice: Señor Jesús, dice el Apóstol, sino en el Espíritu Santo (I Cor. XII, 3). El fruto de cuya fe el mismo Señor mostró diciendo: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso. ¿Cómo, pues, por el poder inefable del Dios soberano y su justicia, se consideró también el Bautismo al ladrón creyente, y se tuvo por recibido en el alma libre, lo que en el cuerpo crucificado no podía recibir, así también el Espíritu Santo se daba secretamente antes de la glorificación del Señor; pero después de la manifestación de su divinidad se dio más manifiestamente. Y esto se dijo: El Espíritu aún no había sido dado: es decir, aún no había aparecido de tal manera que todos confesaran que había sido dado. Así como el Señor aún no había sido glorificado entre los hombres, pero sin embargo su glorificación eterna nunca dejó de ser. Así como su venida se llama también esa misma demostración en carne mortal. Porque vino allí donde estaba: porque a lo suyo vino; y, en este mundo estaba, y el mundo por él fue hecho (Juan I, 11, 10). Así como la venida del Señor se entiende como la demostración corporal, sin embargo, antes de esta demostración, él habló en todos los santos profetas como la Palabra de Dios y la Sabiduría de Dios: así también la venida del Espíritu Santo es la demostración del Espíritu Santo incluso a los ojos carnales, cuando se vio el fuego dividido sobre ellos, y comenzaron a hablar en lenguas (Hechos II, 3, 4). Porque si el Espíritu Santo no estaba en los hombres antes de la glorificación visible del Señor, ¿cómo pudo decir David: Y no quites de mí tu Espíritu Santo (Sal. L, 13)? ¿O cómo fueron llenos de Espíritu Santo Isabel y Zacarías su esposo para profetizar, y Ana, y Simeón, de quienes está escrito que llenos del Espíritu Santo dijeron lo que leemos en el Evangelio (Luc. I, 41-45, 60-79, y II, 25-38)? Pero para que Dios obre algunas cosas secretamente, y otras visiblemente a través de una criatura visible, pertenece a la gobernación de la providencia, por la cual todas las acciones divinas se realizan con el orden y la distinción más hermosa de lugares y tiempos, aunque la misma divinidad no esté contenida ni se mueva por lugares, ni se extienda ni varíe por tiempos. Pero así como el mismo Señor tenía consigo al Espíritu Santo en el mismo hombre que llevaba, cuando vino a Juan para ser bautizado, y sin embargo, después de ser bautizado, el Espíritu Santo descendió sobre él visto en forma de paloma (Mat. III, 13-16): así se debe entender que antes de la venida manifiesta y visible del Espíritu Santo, cualquier hombre santo podía tenerlo secretamente. Así ciertamente hemos dicho esto, para que entendamos que incluso en esa misma demostración visible del Espíritu Santo, que se llama su venida, de manera inefable se infundió más abundantemente en los corazones de los hombres o incluso con una plenitud incognoscible.

### LXIII. Sobre el Verbo.

En el principio era el Verbo (Juan I, 1). Lo que en griego se dice λόγος, en latín significa tanto razón como palabra. Pero en este lugar es mejor interpretar como palabra, para que se signifique no solo la relación con el Padre, sino también la potencia operativa hacia aquellas

cosas que fueron hechas por el Verbo. La razón, sin embargo, aunque no se haga nada por ella, se llama correctamente razón.

#### LXIV. Sobre la mujer samaritana.

1. Los sacramentos evangélicos señalados en las palabras y hechos de nuestro Señor Jesucristo no son evidentes para todos, y algunos, al interpretarlos con menos diligencia y sobriedad, a menudo traen más bien perdición que salvación, y error en lugar de conocimiento de la verdad: entre los cuales está el sacramento que está escrito, que el Señor llegó a la hora sexta del día al pozo de Jacob, y cansado del camino se sentó, y pidió de beber a la mujer samaritana, y las demás cosas que en ese lugar de las Escrituras se dicen para ser discutidas y tratadas. Sobre lo cual, primero se debe mantener que en todas las Escrituras se debe guardar con suma vigilancia que la exposición del sacramento divino sea según la fe.

2. A la hora sexta del día, pues, llegó al pozo nuestro Señor. Veo en el pozo una profundidad tenebrosa. Se me advierte, por tanto, entender las partes más bajas de este mundo, es decir, las terrenales, a donde vino el Señor Jesús a la hora sexta, es decir, en la sexta edad del género humano, como en la vejez del hombre viejo, al que se nos ordena despojarnos, para que nos revistamos del nuevo, que ha sido creado según Dios (Efes. IV, 22-24). Porque la sexta edad es la vejez; ya que la primera, es la infancia; la segunda, la niñez; la tercera, la adolescencia; la cuarta, la juventud; la quinta, la madurez. La vida del hombre viejo, pues, que se lleva a cabo según la carne en condición temporal, se concluye en la sexta edad con la vejez. En esta vejez, como dije, del género humano, vino nuestro Señor y creador para nosotros y reparador; para que, muriendo el hombre viejo, estableciera en sí mismo al nuevo, al que, despojado de la mancha terrenal, trasladara a los reinos celestiales. Así que ahora el pozo, como se ha dicho, significa con su profundidad tenebrosa el trabajo y el error terrenal de este mundo. Y puesto que el hombre exterior es viejo, y el nuevo es interior; pues el Apóstol ha dicho: Y aunque nuestro hombre exterior se corrompe, el interior se renueva de día en día: muy correctamente, ya que todas las cosas visibles pertenecen al hombre exterior, a las que se renuncia en la disciplina cristiana, el Señor vino al pozo a la hora sexta, es decir, al mediodía, cuando ya comienza este sol visible a declinar hacia el ocaso: porque también a nosotros, llamados por Cristo, el deleite de las cosas visibles disminuye, para que el hombre interior, recreado por el amor de las invisibles, regrese a la luz interior que nunca se pone, según la disciplina apostólica, no buscando las cosas que se ven, sino las que no se ven: porque las que se ven son temporales; pero las que no se ven son eternas (II Cor. IV, 16, 18).

3. Pero el hecho de que llegó cansado al pozo, significa la debilidad de la carne; que se sentó, la humildad: porque también asumió por nosotros la debilidad de la carne, y se dignó aparecer tan humildemente como hombre entre los hombres. De esta debilidad de la carne el profeta dice: Hombre puesto en plaga, y sabiendo llevar la debilidad (Is. LIII, 3). De la humildad, en cambio, el Apóstol habla diciendo: Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte (Filip. II, 8). Aunque aquello de que se sentó, puesto que los maestros suelen sentarse, puede con otro entendimiento no demostrar la modestia de la humildad, sino la persona del maestro.

4. Pero se puede preguntar por qué pidió de beber a la mujer samaritana, que había venido con la vasija para llenar de agua, cuando él mismo después proclamó poder dar la abundancia de la fuente espiritual a los que lo pidieran. Pero ciertamente el Señor tenía sed de la fe de aquella mujer, que como era samaritana, y Samaria suele sostener la imagen de la idolatría: porque separados del pueblo de los judíos, habían dedicado el decoro de sus almas a los simulacros de animales mudos, es decir, a las vacas de oro: pero nuestro Señor había venido

para llevar a la multitud de las naciones, que servía a los simulacros, al amparo de la fe cristiana y de la religión incorrupta. Porque no tienen necesidad de médico los sanos, sino los que están mal (Mat. IX, 12). Por tanto, tiene sed de la fe de aquellos por quienes derramó su sangre. Dijo, pues, a ella Jesús: Mujer, dame de beber. Y para que sepas qué tenía sed el Señor nuestro, poco después vienen sus discípulos, que habían ido a la ciudad a comprar alimentos, y le dicen: Maestro, come. Pero él les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis. Entonces los discípulos se decían unos a otros: ¿Acaso alguien le ha traído de comer? Jesús les dijo: Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, y llevar a cabo su obra. ¿Acaso aquí se entiende otra voluntad del Padre, que lo envió, y su obra que respondió querer llevar a cabo, sino que nos convirtiera a su fe desde el pernicioso error del mundo? Así es su comida, así es su bebida. Por lo tanto, esto en aquella mujer tenía sed, para hacer en ella la voluntad del Padre, y llevar a cabo su obra. Pero ella, entendiendo carnalmente, respondió: Tú siendo judío, ¿cómo me pides de beber, siendo yo mujer samaritana? Porque los judíos no se tratan con los samaritanos. A lo que nuestro Señor le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva: para mostrarle que no había pedido tal agua como ella había entendido; sino que él tenía sed de su fe, y deseaba darle el Espíritu Santo a ella que tenía sed. Esta agua viva la entendemos correctamente como el don de Dios, como él mismo dice: Si conocieras el don de Dios. Y como el mismo evangelista Juan testifica en otro lugar diciendo: que Jesús estaba de pie, y clamaba: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba: el que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Consecuentemente, ciertamente. El que cree, dice, en mí, de su interior correrán ríos de agua viva: porque primero creemos, para merecer estos dones. Estos ríos de agua viva que quería dar a aquella mujer, son la recompensa de la fe que primero tenía sed en ella. La interpretación de esta agua viva la añade así: Esto decía del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él. Aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII, 37-39). Este don del Espíritu Santo es, pues, lo que después de su glorificación dio a la Iglesia, como dice otra Escritura: Subiendo a lo alto llevó cautiva la cautividad; dio dones a los hombres (Sal. LXVII, 19; Efes. IV, 8).

5. Pero aún aquella mujer piensa carnalmente; pues así respondió: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde tienes para darme agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y él mismo bebió de él, y sus hijos, y su ganado? Ahora el Señor explica lo que había dicho. Todo el que beba de esta agua, dice, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua que brota para vida eterna. Pero aún la mujer se aferra a la prudencia de la carne. ¿Qué respondió? Señor, dame esta agua, para que no tenga sed, ni venga aquí a sacarla. Jesús le dice: Ve, llama a tu marido, y ven aquí. Sabiendo que no tenía marido, se pregunta por qué dijo esto. Pues cuando la mujer dijo, No tengo marido; Jesús le dice, Bien has dicho que no tienes marido: porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad. Pero estas cosas no deben ser entendidas carnalmente, para que no parezcamos ser aún semejantes a esta misma mujer samaritana. Pero si ya hemos probado algo de ese don de Dios, tratemos estas cosas espiritualmente.

6. Algunos interpretan los cinco maridos como los cinco libros que fueron dados por Moisés. Y lo que se dijo, Y el que ahora tienes no es tu marido; entienden que el Señor lo dijo de sí mismo, para que este sea el sentido: Primero serviste a los cinco libros de Moisés, como a cinco maridos; pero ahora el que tienes, es decir, al que escuchas, que habla contigo, no es tu marido, porque aún no has creído en él. Pero como aún no creyendo en Cristo, todavía estaba

sujeta a la unión de esos cinco maridos, es decir, los cinco libros, puede sorprender cómo se pudo decir, Cinco maridos has tenido, como si ya no los tuviera, cuando aún vivía sujeta a ellos. Además, cuando los cinco libros de Moisés no predicaban otra cosa que a Cristo, como él mismo dijo, Si creyeráis a Moisés, quizás me creeríais a mí; porque él escribió de mí (Juan V, 46); ¿cómo se puede entender que alguien se aparte de esos cinco libros para pasar a Cristo, cuando el que cree en Cristo no debe abandonar esos cinco libros, sino abrazarlos con más avidez, entendiéndolos espiritualmente?

7. Hay, por tanto, otra interpretación, que los cinco maridos se entiendan como los cinco sentidos del cuerpo: uno que pertenece a los ojos, con el que percibimos esta luz visible y cualquier color y forma de los cuerpos; otro de los oídos, con el que sentimos los sonidos y todas las voces; el tercero de la nariz, con el que nos deleitamos con la variedad de los olores; el cuarto en la boca, el gusto, que siente lo dulce y lo amargo, y tiene el juicio de todos los sabores; el quinto por todo el cuerpo juzga al tocar lo caliente y lo frío, lo blando y lo duro, lo liso y lo áspero, y cualquier otra cosa que sentimos al tocar. Con estos cinco sentidos carnales se impregna la primera edad del hombre por la necesidad de la naturaleza mortal, en la que nacimos después del pecado del primer hombre, de modo que, aún no devuelta la luz de la mente, sometidos a los sentidos carnales, pasamos una vida carnal sin ninguna inteligencia de la verdad. Así deben ser los niños y los pequeños, que aún no pueden recibir la razón. Y como estos sentidos son naturales, que gobiernan la primera edad, y nos fueron dados por el artífice Dios, se les llama correctamente maridos, es decir, legítimos; porque no los atribuye el error por su propio vicio, sino la naturaleza por el arte de Dios. Pero cuando alguien llega a la edad en que ya puede ser capaz de razón, si puede comprender la verdad de inmediato, ya no usará esos sentidos como guías; sino que tendrá un marido, el espíritu racional, al que someterá esos sentidos al servicio, sometiendo su cuerpo a la servidumbre: cuando el alma ya no está sujeta a cinco maridos, es decir, a los cinco sentidos del cuerpo, sino que tiene al Verbo divino como legítimo marido, al que unida y adherida, cuando también el espíritu del hombre se adhiere a Cristo, porque la cabeza del hombre es Cristo (I Cor. XI, 3), disfruta de la vida eterna con abrazo espiritual sin temor a la separación. ¿Quién nos separará del amor de Cristo (Rom. VIII, 35)? Pero como aquella mujer estaba sujeta al error que significaba la multitud del mundo sometido a vanas supersticiones, después de esos tiempos de los cinco sentidos carnales, que como dijimos, gobiernan la primera edad, no la había tomado el Verbo de Dios en matrimonio, sino que el diablo la poseía con abrazo adulterino. Por tanto, el Señor le dice, viéndola ser carnal, es decir, pensar carnalmente: Ve, llama a tu marido, y ven aquí; es decir, apártate del afecto carnal, en el que ahora estás, de donde no puedes entender lo que digo: y llama a tu marido, es decir, está presente con el espíritu de inteligencia. Porque el espíritu del hombre es como el marido del alma, que gobierna el afecto animal como a una esposa. No aquel Espíritu Santo, que permanece inmutable con el Padre y el Hijo, y se da inmutablemente a las almas dignas: sino el espíritu del hombre, del que el Apóstol dice, Nadie conoce lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre. Porque aquel Espíritu Santo es el Espíritu de Dios; del que dice nuevamente así: Y lo que es de Dios nadie lo conoce, sino el Espíritu de Dios (I Cor. II, 11). Este espíritu del hombre, cuando está presente, es decir, atento, y se somete a Dios con piedad, el hombre entiende lo que se dice espiritualmente. Pero cuando el error del diablo, como si el entendimiento estuviera ausente, domina en el alma, es un adulterio. Llama, pues, dice, a tu marido, es decir, al espíritu que está en ti, con el que el hombre puede entender las cosas espirituales, si la luz de la verdad lo ilumina; que esté presente cuando te hablo, para que puedas recibir el agua espiritual. Y cuando ella dijo, No tengo marido; Bien, dice, has dicho: porque cinco maridos has tenido, es decir, los cinco sentidos de la carne, que te gobernaron en la primera edad; y el que ahora tienes, no es tu marido, porque no está en ti el espíritu que entiende a Dios, con el que puedes

tener legítimo matrimonio; sino que el error del diablo más bien domina, que te corrompe con contaminación adulterina.

8. Y tal vez para indicar a los entendidos que los cinco sentidos del cuerpo mencionados se significan con el nombre de cinco maridos, después de cinco respuestas carnales, esta mujer en la sexta respuesta nombra a Cristo. Pues su primera respuesta es, Tú siendo judío, ¿cómo me pides de beber? La segunda, Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. La tercera, Señor, dame esta agua, para que no tenga sed, ni venga aquí a sacarla. La cuarta, No tengo marido. La quinta, Veo que eres profeta: nuestros padres adoraron en este monte. Pues también esta respuesta es carnal. A los carnales se les había dado un lugar terrenal donde orar: pero el Señor dijo que los espirituales orarían en espíritu y en verdad. Después de que habló esto, la sexta respuesta de la mujer confiesa que Cristo es el maestro de todos ellos: dice, Sé que el Mesías vendrá, que se llama Cristo: cuando venga, él nos anunciará todo. Pero aún yerra, porque no ve que aquel a quien espera que venga, ya ha venido. Sin embargo, por la misericordia del Señor, ahora este error es expulsado como un adulterio. Jesús le dice: Yo soy el que habla contigo. Al oír esto, ella no respondió, sino que inmediatamente dejó su cántaro y fue a la ciudad apresuradamente, para no solo creer en el Evangelio y la venida del Señor, sino también para predicarlo. Y no debe pasarse por alto negligentemente el hecho de que dejó su cántaro. Pues el cántaro tal vez significa el amor de este mundo, es decir, la codicia, con la que los hombres sacan placer de la profunda oscuridad, de la cual el pozo es imagen, es decir, de la vida terrena: al percibirlo, vuelven a arder en su deseo, como quien beba de esa agua, dice, volverá a tener sed (Juan IV, 5-34). Pero era necesario que creyendo en Cristo, renunciara al mundo, y dejando el cántaro mostrara que había dejado la codicia mundana; no solo creyendo con el corazón para justicia, sino también confesando y predicando con la boca para salvación lo que creyó (Rom X, 10).

#### LXV. De la resurrección de Lázaro.

Aunque según la historia evangélica mantenemos con plena fe que Lázaro fue resucitado; sin embargo, no dudo que también en alegoría signifique algo. Ni cuando los hechos se alegorizan, pierden la fe en el hecho realizado. Como Pablo expone la alegoría de los dos hijos de Abraham como dos Testamentos (Gál. 4, 22-24); ¿acaso por eso, o Abraham no existió, o no tuvo esos hijos? Por tanto, también en alegoría tomemos a Lázaro en el sepulcro, el alma sepultada por los pecados terrenales, es decir, todo el género humano: que en otro lugar el Señor significa por la oveja perdida, por la cual dice que descendió para liberarla, dejando las noventa y nueve en los montes (Luc. XV, 4). Pero lo que pregunta diciendo, ¿Dónde lo pusisteis? creo que significa nuestra vocación que se hace en secreto. Pues la predestinación de nuestra vocación es oculta: de cuyo secreto es signo la pregunta del Señor como si no supiera, cuando nosotros mismos no sabemos; como dice el Apóstol Para que conozca, como también soy conocido (I Cor. XIII, 12). O lo que el Señor muestra en otro lugar que ignora a los pecadores diciendo, No os conozco (Mat. VII, 23): lo que significaba Lázaro sepultado; porque en su disciplina y preceptos no están los pecados. A esta pregunta se asemeja aquella en Génesis, Adán, ¿dónde estás? (Gen. III, 9). Porque había pecado, y se había escondido de la faz de Dios. Esta ocultación aquí significa la sepultura: para que el que peca tenga semejanza con el que muere; sepultado, escondido de la faz de Dios. Quitad la piedra, lo que dice, creo que significa a aquellos que querían imponer la carga de la circuncisión a los que venían a la Iglesia de entre los gentiles; contra los cuales el Apóstol escribe de muchas maneras (Gál. II): o a aquellos que viven corruptamente en la Iglesia, y son una ofensa para los que quieren creer. Marta le dice: Señor, ya hiede, porque es el cuarto día. El último de los cuatro elementos es la tierra: por tanto, significa el hedor de los pecados terrenales, es decir, de las concupiscencias carnales. Tierra eres, dice el Señor a Adán, cuando

pecó, y a la tierra volverás (Id. III, 19). Y quitada la piedra salió del sepulcro envuelto en vendas en las manos y los pies, y su rostro estaba cubierto con un sudario. Pero lo que salió del sepulcro, significa el alma que se aparta de los vicios carnales. Pero lo que estaba envuelto en vendas, esto es, que aun apartándose de los carnales y sirviendo con la mente a la ley de Dios, aún constituidos en el cuerpo no podemos estar ajenos a las molestias de la carne, diciendo el Apóstol, Con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado (Rom. VII, 25). Pero lo que su rostro estaba cubierto con un sudario, esto es, que en esta vida no podemos tener pleno conocimiento, como dice el Apóstol: Ahora vemos por espejo en enigma, pero entonces cara a cara (I Cor. XIII, 12). Y Jesús dijo: Desatadlo, y dejadlo ir (Juan XI, 1-44); esto es, que después de esta vida se quitarán todos los velos, para que veamos cara a cara. Pero cuánta es la diferencia entre el hombre que la Sabiduría de Dios llevaba, por quien fuimos liberados, y los demás hombres, se entiende de aquí, que Lázaro no es desatado sino saliendo del sepulcro; es decir, que aun el alma renacida no puede ser libre de todo pecado e ignorancia sin la disolución del cuerpo, mientras ve al Señor por espejo y en enigma: pero las vendas y el sudario de aquel que no cometió pecado, y nada ignoró, se encontraron en el sepulcro (Id. XX, 7). Pues él solo en la carne no solo no fue oprimido por el sepulcro, para que se encontrara algún pecado en él (Isai. LIII, 9), sino que tampoco fue envuelto en vendas, para que algo le fuera oculto, o lo retrasara en el camino.

LXVI. De lo que está escrito, ¿O ignoráis, hermanos (pues hablo a los que conocen la Ley), que la Ley se enseñorea del hombre mientras vive? hasta el lugar donde está escrito, Vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Rom. VII-VIII, 11).

1. El Apóstol en esta similitud, en la que habla del hombre y la mujer, ya que la mujer está sujeta a la ley del marido, recomienda considerar tres cosas; la mujer, el marido, y la ley: la mujer ciertamente sujeta al marido por el vínculo de la ley, de la cual se libera por la muerte del marido, para que se case con quien quiera. Pues así dice: Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras este vive; pero si el marido muere, queda libre de la ley del marido. Así que, viviendo el marido, será llamada adúltera si se une a otro hombre; pero si el marido muere, queda libre de la ley, para que no sea adúltera si se une a otro hombre. Hasta aquí es la similitud. Luego comienza a hablar de la realidad para la cual introdujo la similitud. En la cual también hay que atender a tres cosas; el hombre, el pecado, y la ley del pecado. Pues dice que el hombre está bajo la ley mientras vive en el pecado; así como la mujer está bajo la ley del marido mientras vive el marido. Pero aquí se debe entender el pecado que se añadió por la ley. Este pecado dice que es en exceso; porque cuando ya aparece ser pecado, sin embargo, se comete, y se acumula el crimen de la transgresión. Pues donde no hay ley, tampoco hay transgresión (Rom. IV, 15). Y esto es lo que dice, Para que el pecado se haga en exceso por el mandamiento. Por tanto, dice que la ley, aunque prohíbe pecar, no fue dada para liberar del pecado; sino para mostrar el pecado, al cual sirviendo el alma debe convertirse a la gracia del Libertador, para ser liberada del pecado. Porque por la ley es el conocimiento del pecado (Id. III, 21). Y en otro lugar dice: Pero el pecado, para que aparezca pecado, por el bien me operó la muerte. Donde, pues, no hay gracia del Libertador, la prohibición de los pecados aumenta el deseo de pecar. Lo cual es útil para que el alma sienta que no se basta a sí misma para extraerse de la servidumbre del pecado; y de este modo, extinguido y apagado todo orgullo, se someta a su Libertador, y sinceramente el hombre diga, Mi alma se adhirió a ti (Sal. LXII, 9): lo cual es ya no estar bajo la ley del pecado, sino en la ley de la justicia. Pero la ley del pecado se llama, no porque la ley misma sea pecado, sino porque se impone a los pecadores. Por eso también la ley de la muerte, porque el salario del pecado es muerte (Rom. VI, 23); el aguijón de la muerte es el pecado; y

la fuerza del pecado, la ley (I Cor. XV, 56). Pues pecando caemos en la muerte. Porque pecamos más vehementemente con la ley prohibiendo, que si ninguna ley nos prohibiera. Pero con la gracia añadida, lo mismo que la ley ordenaba pesadamente, ya lo cumplimos sin carga y con mucho gusto. Por tanto, la ley del pecado y de la muerte, es decir, la que se impone a los pecadores y a los que mueren, solo ordena que no concupiscamos, y sin embargo concupiscimos. Pero la ley del espíritu de vida, que pertenece a la gracia, y libera de la ley del pecado y de la muerte, hace que no concupiscamos, y cumplamos los mandatos de la ley, no ya como siervos de la ley por temor, sino como amigos por amor, y siervos de la justicia de donde aquella ley fue promulgada. Pero a la justicia no se debe servir servilmente, sino liberalmente, es decir, más por amor que por temor. Por eso se dijo muy verdaderamente, ¿Anulamos, pues, la ley por la fe? De ninguna manera: sino que establecemos la ley (Rom. III, 31). Pues la fe hace lo que la ley ordena. Por tanto, la ley se establece por la fe: la cual fe si no está, la ley solo ordena, y no cumpliendo lo ordenado, nos retiene culpables, para que gimiendo y no pudiendo cumplir lo que se ordena, nos convirtamos alguna vez a la gracia del Libertador.

2. Pues cuando vemos tres cosas en aquella similitud, la mujer, el marido, y la ley; y nuevamente en esta realidad para la cual se aplicó la similitud, tres, el alma, el pecado, y la ley del pecado: solo hay aquí una diferencia, que en aquella similitud el marido muere, para que la mujer se case con quien quiera, y se libere de la ley del marido; pero aquí el alma misma muere al pecado, para que se case con Cristo; pero cuando muere al pecado, también muere a la ley del pecado. Así que, dice, hermanos míos, también vosotros habéis muerto a la ley por el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro que resucitó de entre los muertos, para que fructifiquemos para Dios. Porque cuando estábamos en la carne, dice, es decir, sujetos a los deseos carnales, las pasiones de los pecados que son por la ley, operaban en nuestros miembros, para que llevasen fruto para muerte. Aumentada la concupiscencia, que la ley prohíbe, donde no había fe, y al cúmulo de pecados se añadió el crimen de la transgresión: porque donde no hay ley, tampoco hay transgresión. Estas pasiones dice que operaban en nuestros miembros, para que llevasen fruto para muerte. Bajo estas pasiones, como bajo el marido dominante, vivía el alma antes de que viniera la gracia por la fe. A estas pasiones, por tanto, muere el que ya sirve con la mente a la ley de Dios; aunque estas pasiones aún no estén muertas, mientras con la carne sirve a la ley del pecado. Queda, por tanto, aún algo para el que está bajo la gracia, que no lo venza, ni lo lleve cautivo, hasta que se mortifique todo lo que está fortalecido por la mala costumbre y de donde el cuerpo también ahora se dice que está muerto, mientras no sirve perfectamente al espíritu. Pero sucederá que sirva perfectamente, cuando también el mismo cuerpo mortal sea vivificado.

3. De esto comprendemos que hay cuatro diferencias incluso en un solo hombre, las cuales, una vez completadas gradualmente, se permanecerá en la vida eterna. Porque era necesario y justo que, después de que nuestra naturaleza pecara, perdiendo la bienaventuranza espiritual, que se significa con el nombre de paraíso, naciéramos animales y carnales; la primera es la acción antes de la Ley, la segunda bajo la Ley, la tercera bajo la gracia, la cuarta en paz. La acción antes de la Ley es cuando ignoramos el pecado y seguimos las concupiscencias carnales. La acción bajo la Ley es cuando ya se nos prohíbe pecar, y sin embargo, vencidos por la costumbre de ello, pecamos, porque aún no nos ayuda la fe. La tercera acción es cuando ya creemos plenamente en nuestro Libertador, y no atribuimos nada a nuestros méritos, sino que amando su misericordia, ya no somos vencidos por el deleite de la mala costumbre, cuando intenta llevarnos al pecado; pero aún sufrimos su interpelación, aunque no nos entregamos a ella. La cuarta es la acción cuando no hay nada en el hombre que resista al espíritu, sino que todo unido y conectado en concordia guarda algo en firme paz: lo cual

sucedará cuando el cuerpo mortal sea vivificado, cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 54, 55).

4. Para demostrar la primera acción, se presentan estos testimonios: Por un solo hombre el pecado entró en este mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron. Porque hasta la ley el pecado estaba en este mundo. Pero el pecado no se imputaba, cuando no había ley (Rom. V, 12, 13). Y de nuevo: Porque sin la ley el pecado está muerto; yo vivía alguna vez sin la ley. Lo que aquí dice, muerto está; es lo que antes dice, no se imputaba, es decir, estaba oculto. Lo manifiesta en lo siguiente diciendo, Pero el pecado, para que aparezca pecado, por el bien obró en mí la muerte: es decir, por la ley; porque la ley es buena, si alguien la usa legítimamente (I Tim. I, 8). Si aquí dice, para que aparezca pecado; es evidente que antes decía muerto y no imputado, porque no aparecía antes de que la ley prohibitiva lo mostrara.

5. Para la segunda acción convienen estos testimonios: Pero la ley se introdujo para que abundara el delito (Rom. V, 20). Pues también se añadió la transgresión, que no existía. Y aquello que ya se ha mencionado: Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones de los pecados que son por la ley, operaban en nuestros miembros, para que llevasen fruto para muerte. Y aquello: ¿Qué diremos entonces? ¿Es la ley pecado? De ninguna manera: pero no conocí el pecado sino por la ley. Pues no conocía la concupiscencia, si la ley no dijera, No codiciarás. Pero tomando ocasión, el pecado por el mandamiento obró en mí toda concupiscencia. Y poco después: Al venir el mandamiento, dice, el pecado revivió. Yo, sin embargo, morí, y el mandamiento que era para vida, se me encontró ser para muerte. Porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató. Lo que dice, Morí; quiere decir, me di cuenta de que estaba muerto: porque ya también peca por transgresión, quien ve por la ley lo que no debe hacer, y sin embargo lo hace. Pero lo que dice, Me engañó el pecado, tomando ocasión por el mandamiento: ya sea porque la persuasión del deleite hacia el pecado es más vehemente cuando hay prohibición; o porque incluso si alguien hace algo según los mandatos de la ley, si aún no tiene la fe, que está en la gracia, quiere atribuirlo a sí mismo, no a Dios, y pecando por soberbia, peca más. Por lo tanto, sigue diciendo: Así que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Lo que es bueno, se me hizo muerte? De ninguna manera: sino que el pecado, para que aparezca pecado, por el bien obró en mí la muerte, para que se haga sobremanera pecador, o pecado delinquiendo por el mandamiento. Sabemos, sin embargo, que la ley es espiritual, pero yo soy carnal, es decir, consiento a la carne, aún no liberado por la gracia espiritual: vendido bajo el pecado, es decir, pecando por el precio de los placeres temporales. Porque lo que hago, no lo entiendo: es decir, no lo reconozco en los preceptos de la verdad, donde está la verdadera ciencia. Según esta locución, el Señor dice a los pecadores, No os conozco. No porque algo le sea oculto, sino porque los pecados no se encuentran en las reglas de los preceptos que tiene la verdad, por eso la Verdad misma dice a los pecadores, No os conozco. Así como las tinieblas no se ven con los ojos, así los pecados se sienten ignorándolos con la mente. De esta locución creo que se dice en los Salmos, ¿Quién entiende los errores? (Sal. XVIII, 13). Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Si, pues, hago lo que no quiero, consiento a la ley que es buena. Ahora bien, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Porque sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien. Porque el querer está presente en mí, pero no encuentro cómo realizar el bien. Porque no hago el bien que quiero; sino el mal que no quiero, eso hago. Si, pues, hago lo que no quiero; ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Encuentro, pues, una ley que, queriendo yo hacer el bien, el mal está presente en mí. Porque me deleito en la ley de Dios según el hombre interior: pero veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva

cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. Hasta aquí son las palabras del hombre bajo la ley, aún no bajo la gracia; quien, aunque no quiera pecar, es vencido por el pecado. Porque prevaleció la costumbre carnal y el vínculo natural de la mortalidad, por el cual somos propagados de Adán. Implórese, pues, la ayuda, quien así está puesto, y sepa que fue suyo el caer, no suyo el levantarse. Porque ya liberado, reconociendo la gracia de su Libertador, dice: ¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor.

6. Y comienzan ya a decirse las palabras del hombre bajo la gracia, en la acción que hemos demostrado como tercera, que tiene ciertamente la mortalidad de la carne resistiendo, pero no venciendo ni cautivando al consentimiento de pecar. Así dice: Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado. Ninguna condenación hay ahora para los que están en Cristo Jesús. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús, me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, en cuanto se debilitaba por la carne, es decir, por los deseos carnales: porque no se cumplía la ley, ya que aún no había la caridad de esa justicia, que con deleite interior mantuviera la mente, para que no fuera arrastrada al pecado por el deleite de las cosas temporales. Por lo tanto, la ley se debilitaba por la carne, es decir, no hacía justos a los entregados a la carne. Pero Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado. Porque no era carne de pecado, que no había nacido de deleite carnal; pero sin embargo, había en él semejanza de carne de pecado, porque era carne mortal: sin embargo, no mereció la muerte. Adán, si no pecando. Pero ¿qué hizo el Señor? Condenó el pecado en la carne por el pecado: es decir, tomando la carne del hombre pecador, y enseñando cómo vivir, condenó el pecado en esa misma carne, para que, ardiendo en caridad de las cosas eternas, no fuera llevado cautivo al consentimiento de la lujuria. Para que la justicia, dice, de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos según la carne, sino según el espíritu. Así que los preceptos de la ley se cumplieron por la caridad, que no podían por el temor. Porque los que son según la carne, piensan en las cosas de la carne: es decir, desean los bienes carnales como los mayores bienes. Pero los que son según el espíritu, sienten las cosas del espíritu. Porque la prudencia de la carne es muerte: pero la prudencia del espíritu es vida y paz. Porque la prudencia de la carne es enemistad contra Dios. Él mismo muestra lo que ha dicho, enemistad: para que nadie piense que viene de un principio contrario. Porque añade, y dice, Porque no está sujeta a la ley de Dios; ni siquiera puede. Por lo tanto, hacer contra la ley, esto es ser enemigo de Dios: no porque pueda hacer daño a Dios, sino que se daña a sí mismo quien resiste a la voluntad de Dios: esto es dar coces contra el aguijón, como se dijo divinamente al apóstol Pablo, cuando aún perseguía a la Iglesia (Hechos IX, 5). Así se ha dicho, Porque no está sujeta a la ley de Dios; ni siquiera puede: como si se dijera, La nieve no calienta; ni siquiera puede. Porque mientras es nieve, no calienta: pero puede derretirse y hervir, para calentar; pero cuando hace esto, ya no es nieve. Así también se dice prudencia de la carne, cuando el alma desea los bienes temporales como grandes bienes. Porque mientras tal apetito está en el alma, no puede estar sujeta a la ley de Dios; es decir, no puede cumplir lo que la ley manda. Pero cuando comienza a desear los bienes espirituales, y a despreciar los temporales, dejará de ser prudencia de la carne, y no resistirá al espíritu. Porque la misma alma, cuando desea lo inferior, se dice que tiene la prudencia de la carne; cuando desea lo superior, la prudencia del espíritu: no porque la prudencia de la carne sea una sustancia, con la que el alma se viste o se desviste; sino que es la afección de la misma alma, que cesará por completo cuando se convierta totalmente a las cosas superiores. Pero los que están en la carne, dice, no pueden agradar a Dios: es decir, los que se complacen en los placeres de la carne. Para que nadie piense que se dice de aquellos que aún no han salido de esta vida, muy oportunamente añade: Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu. Sin duda, habla a los que aún están en esta vida. Porque

estaban en el espíritu, ya que se complacían en la fe, la esperanza y la caridad de las cosas espirituales. Si es que, dice, el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo ciertamente está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de la justicia. Dice que el cuerpo está muerto, mientras es tal que la necesidad de las cosas corporales molesta al alma, y por ciertos movimientos que vienen de esa misma necesidad, la incita a desear las cosas terrenales. Sin embargo, aunque existan, la mente no consiente en hacer lo ilícito, que ya sirve a la ley de Dios, y está bajo la gracia. Porque para esto vale lo que se dijo antes, Con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado. Y ahora se describe al hombre bajo la gracia, que aún no tiene la paz perfecta, que será en la resurrección y transformación del cuerpo.

7. Resta, pues, que hable de esa paz de la resurrección del cuerpo, que es la cuarta acción; si es que debe llamarse acción a lo que es el descanso supremo. Porque sigue diciendo: Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros; el que resucitó a Jesús de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Rom. VII-VIII, 11). Aquí hay un testimonio clarísimo de la resurrección del cuerpo, y se ve claramente que mientras estamos en esta vida, no faltan las molestias por la carne mortal, ni ciertas excitaciones de los deleites carnales. Aunque no ceda quien, bajo la gracia, sirve con la mente a la ley de Dios, sin embargo, con la carne sirve a la ley del pecado. Con estos grados en el hombre perfecto, no se encuentra ninguna sustancia mala: ni la Ley es mala, que muestra al hombre en qué cadenas de pecados yace, para que por la fe, implorando la ayuda del Libertador, merezca ser liberado, levantado y firmemente establecido. En la primera acción, que es antes de la Ley, no hay lucha con los placeres de este siglo: en la segunda, que es bajo la Ley, luchamos, pero somos vencidos: en la tercera luchamos y vencemos: en la cuarta no luchamos, sino que descansamos en perfecta y eterna paz. Se somete a nosotros lo que es inferior a nosotros, lo que no se sometía porque habíamos abandonado a Dios, nuestro superior.

LXVII. Sobre lo que está escrito, Considero que los sufrimientos de este tiempo no son comparables con la gloria futura que se revelará en nosotros; hasta lo que se ha dicho, Porque en esperanza fuimos salvados (Rom. VIII, 18-24).

1. Este capítulo es oscuro, porque no aparece claramente aquí a qué llama ahora criatura. Según la disciplina católica, se llama criatura a todo lo que Dios Padre hizo y creó, por medio del Hijo unigénito, en la unidad del Espíritu Santo. Por lo tanto, no solo los cuerpos, sino también nuestras almas y espíritus están contenidos bajo el nombre de criatura. Así se ha dicho, La misma criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción, a la libertad de la gloria de los hijos de Dios: como si nosotros no fuéramos criatura, sino hijos de Dios, en cuya libertad de gloria será liberada de la servidumbre la criatura. También dice, Sabemos que toda la creación gime y sufre hasta ahora; no solo ella, sino también nosotros mismos: como si fuéramos algo distinto de toda la creación. Por lo tanto, todo el capítulo debe ser considerado en partes.

2. Porque considero, dice, que los sufrimientos de este tiempo no son dignos de ser comparados con la gloria futura que se revelará en nosotros: esto es claro. Pues había dicho antes, Si por el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Lo cual no puede hacerse sin molestia, para lo cual es necesaria la paciencia. A esto se refiere también lo que dijo poco antes, Si es que sufrimos con él, para que también seamos glorificados con él (Ibid. 13, 17). Lo que dice, Porque la expectativa de la creación espera la manifestación de los hijos de Dios; creo que dice esto. Porque también esto mismo que en nosotros duele, cuando hacemos

morir las obras de la carne, es decir, cuando ayunamos o tenemos sed por abstinencia, cuando frenamos el deleite del coito por castidad, cuando soportamos las laceraciones de las injurias y los aguijones de las contumelias por paciencia, cuando, despreciando y rechazando nuestros placeres, trabajamos por el fruto de la madre Iglesia; todo lo que en nosotros duele en esta y semejante aflicción, es criatura. Porque duele el cuerpo y el alma, que ciertamente es criatura, y espera la manifestación de los hijos de Dios; es decir, espera cuando aparezca lo que ha sido llamado, en esa gloria a la que ha sido llamado. Porque el Hijo unigénito de Dios no puede ser llamado criatura, puesto que por él fueron hechas todas las cosas que Dios hizo, también nosotros somos llamados criatura antes de esa evidencia de gloria, y somos llamados hijos de Dios, aunque lo merezcamos por adopción: pues él es unigénito Hijo por naturaleza. Por lo tanto, la expectativa de la creación, es decir, nuestra expectativa, espera la manifestación de los hijos de Dios; es decir, espera cuando aparezca lo que ha sido prometido, cuando en realidad sea manifiesto lo que ahora somos en esperanza. Porque somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2). Esa es la manifestación de los hijos de Dios, que ahora espera la expectativa de la creación: no porque la creación espere la manifestación de otra naturaleza, que no sea criatura; sino que ella misma, tal como es ahora, espera cuando sea tal como será: como si se dijera, Operando el pintor con los colores sujetos a él y preparados para su obra, la expectativa de los colores espera la manifestación de la imagen: no porque entonces sean otros, y otros serán, o no serán colores; sino solo que tendrán otra dignidad.

3. Porque la creación fue sujeta a vanidad. Esto es aquello: Vanidad de vanidades, y todo es vanidad. ¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo, que él trabaja bajo el sol (Ecles. I, 2, 3)? A quien se le dijo, Con trabajo comerás tu pan (Gén. III, 19). Por lo tanto, la creación fue sujeta a vanidad, no por su voluntad. Bien se añadió, no por su voluntad. Porque el hombre pecó por su voluntad, pero no fue condenado por su voluntad. El pecado, por lo tanto, fue voluntario, al hacer contra el precepto de la verdad: pero la pena del pecado, ser sujeto a la falsedad. Por lo tanto, la creación no fue sujeta a vanidad por su voluntad: sino por causa de aquel que la sujetó en esperanza; es decir, por su justicia y clemencia, que ni dejó el pecado impune, ni quiso que el pecador fuera incurable.

4. Porque también la misma creación, es decir, el mismo hombre, cuando ya con el sello de la imagen perdido por el pecado quedó solo como creación: y también la misma creación, es decir, la misma que aún no se llama forma perfecta de hijos, sino que solo se llama creación, será liberada de la servidumbre de la corrupción. Lo que dice, y también será liberada, hace entender, y también, como nosotros, es decir, y de ellos no se debe desesperar, que aún no se llaman hijos de Dios, porque aún no han creído, sino que solo son creación: porque también ellos creerán, y serán liberados de la servidumbre de la corrupción, como nosotros que ya somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que seremos. Por lo tanto, serán liberados de la servidumbre de la corrupción, a la libertad de la gloria de los hijos de Dios; es decir, también ellos serán de siervos libres, y de muertos gloriosos en la vida perfecta, que tendrán los hijos de Dios.

5. Sabemos que toda criatura gime y sufre hasta ahora. Toda criatura se cuenta en el hombre, no porque en él estén todos los Ángeles, y las Virtudes y Potestades superiores, o el cielo y la tierra y el mar y todo lo que en ellos hay; sino porque toda criatura es en parte espiritual, en parte animal, en parte corporal. Para considerar esto desde lo inferior, la criatura corporal se extiende por lugares; la animal vivifica a la corporal; la espiritual gobierna a la animal, y la gobierna bien cuando ella misma se somete a ser gobernada por Dios: pero cuando transgrede

sus preceptos, se ve envuelta en trabajos y penas por las mismas cosas que podía gobernar. Quien vive según el cuerpo, se llama hombre carnal o animal: carnal, porque sigue las cosas carnales; animal, porque se deja llevar por la lujuria desordenada de su alma, que no es gobernada por el espíritu, ni se contiene dentro de los límites del orden natural; porque él mismo no se somete a ser gobernado por Dios. Pero quien gobierna su alma con el espíritu, y a través del alma el cuerpo (lo cual no puede hacer, a menos que tenga a Dios como su rector, ya que así como la cabeza de la mujer es el hombre, así la cabeza del hombre es Cristo [I Cor. XI, 3]), se llama espiritual. Esta vida se lleva ahora con alguna molestia, pero después no sufrirá ninguna. Y puesto que los Ángeles superiores viven espiritualmente, los inferiores animalmente, las bestias y todos los animales carnalmente, el cuerpo no vive, sino que es vivificado; toda criatura está en el hombre, porque entiende con el espíritu, siente con el alma, y se mueve localmente con el cuerpo. Por tanto, toda criatura gime y sufre en el hombre. No dijo toda, sino toda: como si alguien dijera que todos los hombres ven el sol que están sanos, pero no todos ven, porque solo ven con los ojos: así en el hombre está toda criatura, porque entiende, vive y tiene cuerpo; pero no toda criatura está en él, porque hay además de él Ángeles que entienden, viven y son, y animales que viven y son, y cuerpos que solo son; ya que vivir es más que no vivir, y entender es más que vivir sin entendimiento. Por tanto, cuando el hombre miserable gime y sufre, toda criatura gime y sufre hasta ahora. Hasta ahora dijo correctamente: porque aunque algunos ya estén en el seno de Abraham (Luc. XVI, 23), y aquel ladrón con el Señor en el paraíso establecido (Id. XXIII, 43), el día en que creyó dejó de sufrir; sin embargo, hasta ahora toda criatura gime y sufre, porque en aquellos que aún no han sido liberados, está toda, por el espíritu, el alma y el cuerpo.

6. No solo, dice, toda criatura gime y sufre, sino también nosotros mismos: es decir, no solo en el hombre el cuerpo, el alma y el espíritu sufren juntos por las dificultades del cuerpo, sino también nosotros mismos, aparte de los cuerpos, en nosotros mismos gemimos, teniendo las primicias del espíritu. Y bien dijo, teniendo las primicias del espíritu: es decir, aquellos cuyo espíritu ya ha sido ofrecido a Dios como sacrificio, y han sido consumidos por el fuego divino de la caridad. Estas son las primicias del hombre; porque la verdad primero obtiene nuestro espíritu, para que a través de él se comprendan las demás cosas. Ya tiene, por tanto, las primicias ofrecidas a Dios, quien dice: Sirvo con la mente a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado (Rom. VII, 25). Y quien dice: Dios, a quien sirvo en mi espíritu (Id. I, 9). Y de quien se dice: El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil (Mat. XXVI, 41). Pero como aún dice: ¡Infeliz de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 24) y aún a tales se les dice: Vivificará también vuestros cuerpos mortales por el Espíritu que habita en vosotros (Id. VIII, 11); aún no es holocausto: lo será cuando la muerte sea absorbida en victoria; cuando se le diga: ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu victoria? (I Cor. XV, 54, 55). Ahora, por tanto, dice, no solo toda criatura, es decir, con el cuerpo, sino también nosotros mismos teniendo las primicias del espíritu: es decir, nosotros las almas, que ya hemos ofrecido nuestras mentes a Dios, en nosotros mismos gemimos, es decir, aparte del cuerpo: esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo, es decir, para que también el cuerpo reciba el beneficio de la adopción de hijos, a la cual hemos sido llamados, y así, liberados completamente, después de todas las molestias, seamos manifestados como hijos de Dios en toda parte. Porque en esperanza fuimos salvados: pero la esperanza que se ve, no es esperanza. Entonces será la realidad que ahora es esperanza, cuando aparezca lo que seremos; es decir, semejantes a él, porque lo veremos tal como es.

7. Este capítulo, si se abre de esta manera, como ha sido tratado, no caemos en aquellas molestias, por las cuales muchos hombres se ven obligados a decir que todos los Ángeles y las sublimes Virtudes están en dolor y gemidos, antes de que seamos completamente

liberados, porque se dijo: Toda criatura gime y sufre. Aunque nos ayuden por su sublimidad, mientras obedecen a Dios, quien se dignó enviar incluso a su único Hijo por nosotros; sin embargo, deben ser creídos que lo hacen sin gemido y dolores, para que no se les considere miserables, y sea más feliz de nuestro número aquel Lázaro que ya descansa en el seno de Abraham. Especialmente porque dijo que la misma criatura que gime y sufre, está sujeta a la vanidad; lo cual es impío creer de las criaturas de las más altas y excelentes Virtudes y Potestades. Luego dijo que sería liberada de la servidumbre de la corrupción; lo cual no podemos creer que haya caído sobre aquellos que viven la vida más bienaventurada en los cielos. Sin embargo, nada debe afirmarse temerariamente, sino que las palabras divinas deben ser tratadas con piadosa diligencia una y otra vez; no sea que lo que gime y sufre y está sujeto a la vanidad, pueda de alguna manera entenderse de otra manera, para que no se piense impíamente de los ángeles más altos, mientras ayudan a nuestra debilidad por mandato de nuestro Señor. Pero ya sea la explicación que hemos expuesto, o alguna otra de este capítulo que se presente; solo debe evitarse que viole o hiera la fe católica. Porque sé que los herejes vanos han lanzado muchas cosas impías y absurdas sobre este capítulo.

LXVIII. Sobre lo que está escrito: Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? (Rom. IX, 20).

1. Aunque parece que el Apóstol reprendió a los curiosos, diciendo: Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? sobre esto mismo le plantean una cuestión, y no dejan de ser curiosos en esa sentencia en la que fue reprendida la misma curiosidad: y los impíos, de hecho, con contumelia, para decir que el Apóstol falló al resolver la cuestión, y reprendió a los que preguntaban, porque no podía exponer lo que se preguntaba. Sin embargo, algunos herejes, porque no engañan, a menos que prometan un conocimiento que no exhiben, y oponiéndose a la Ley y los Profetas, acusan de falsedad y de haber sido insertadas por corruptores todas las cosas que el Apóstol incluyó en su discurso sobre ellos, prefirieron incluso contar esto entre las cosas que dicen que fueron interpoladas, y negar que Pablo dijo: Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? Porque si se les dice esto a ellos que calumnian para engañar a los hombres, sin duda callarán, y no se atreverán a prometer ningún conocimiento sobre la voluntad del Dios omnipotente a los inexpertos que desean engañar. Sin embargo, algunos que leen las Escrituras con buena y piadosa mente buscan qué se puede responder aquí a los maldicientes o calumniadores. Pero nosotros, adhiriéndonos saludablemente a la autoridad apostólica, y no pensando que los libros que la disciplina católica custodia han sido falsificados, sintamos lo que es verdad, que somos indignos e incapaces de entender los secretos divinos que nos están ocultos: y cuando murmuren e indignen porque no conocen los consejos de Dios, cuando comiencen a decir: Entonces, ¿de quién quiere tiene misericordia, y a quien quiere endurece. ¿Por qué todavía se queja? porque ¿quién ha resistido a su voluntad? (Ibid. 18, 19)? con estas palabras, cuando comiencen a calumniar las Escrituras, o a buscar un refugio para sus pecados, para despreciar los preceptos por los cuales se llega a la vida buena, respondamos con confianza: Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? Ni reverenciéndolos demos lo santo a los perros, ni arrojemos nuestras perlas ante los cerdos (Matth. VII, 6): si es que ya no somos nosotros mismos perros y cerdos, y por el Espíritu Santo revelador sospechamos algo sublime y remotísimo de la conjetura vulgar, aunque sea en parte y en enigma.

2. Porque el Apóstol no prohibió aquí a los santos buscar, sino a aquellos que aún no están arraigados y cimentados en la caridad, para que puedan comprender con todos los santos la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y las demás cosas que en el mismo lugar prosigue (Ephes. III, 18, 19). No prohibió, por tanto, buscar, quien dice: Pero el espiritual juzga todas las cosas; él mismo, sin embargo, no es juzgado por nadie: y especialmente

aquello, Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que sepamos las cosas que nos han sido dadas por Dios (I Cor. II, 15, 12). ¿A quiénes, entonces, prohibió, sino a los de barro y terrenales, que aún no han sido regenerados y nutridos interiormente, llevan la imagen de aquel hombre que primero fue hecho de tierra terrenal (Id. XV, 47, 49)? Y porque no quiso obedecer a aquel por quien fue hecho, cayó en aquello de lo que fue hecho, y mereció después del pecado escuchar: Tierra eres, y a la tierra volverás (Gen. III, 19). A tales hombres, por tanto, dice el Apóstol: Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? ¿Acaso dice la cosa formada al que la formó, por qué me hiciste así? Mientras seas, por tanto, una cosa formada, aún no un hijo perfecto, porque aún no has bebido la gracia plenísima por la cual se nos dio el poder de ser hechos hijos de Dios (Joan. I, 12), para que puedas escuchar: Ya no os llamaré siervos, sino amigos (Id. XV, 15); tú, ¿quién eres para responder a Dios, y querer conocer el consejo de Dios? que si quisieras conocer el de un hombre igual a ti, lo harías impúdicamente, a menos que primero fueras recibido en amistad. Así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del celestial (I Cor. XV, 49), despojándonos del hombre viejo y vistiéndonos del nuevo (Coloss. III, 9, 10), para que no se nos diga como a una cosa de barro: ¿Acaso dice la cosa formada al que la formó, por qué me hiciste así?

3. Y para que sea manifiesto que estas palabras no se dicen al espíritu santificado, sino al barro carnal, mira lo que sigue: ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra, y otro para deshonra? (Rom. IX, 21). Desde que nuestra naturaleza pecó en el paraíso, por la misma providencia divina, no según el cielo, sino según la tierra, es decir, no según el espíritu, sino según la carne, somos formados en generación mortal, y todos hemos sido hechos de una masa de barro, que es la masa del pecado. Por tanto, cuando hemos perdido el mérito pecando, y la misericordia de Dios se ha apartado, nada más que la condenación eterna se debe a los pecadores, ¿qué quiere el hombre de esta masa, para responder a Dios y decir: ¿Por qué me hiciste así? Si quieres conocer estas cosas, no seas barro, sino hazte hijo de Dios por su misericordia, quien dio el poder de ser hechos hijos de Dios a los que creen en su nombre; no, sin embargo, lo que tú deseas, conocer las cosas divinas antes de creer. Porque el mérito de la cognición se da a los méritos; pero creyendo se adquiere el mérito. Y la misma gracia que se da por la fe, no se da por ningún mérito nuestro precedente. Porque, ¿cuál es el mérito del pecador e impío? Pero Cristo murió por los impíos y pecadores (Id. V, 6), para que fuéramos llamados a creer no por mérito, sino por gracia, y creyendo también colocáramos mérito. Por tanto, los pecadores son mandados a creer, para que creyendo sean purificados de sus pecados. Porque no saben qué verán viviendo rectamente. Por lo tanto, como no pueden ver, a menos que vivan rectamente, ni pueden vivir rectamente, a menos que crean; es manifiesto que se debe comenzar por la fe, para que los preceptos por los cuales los creyentes se apartan de este mundo, hagan puro el corazón, donde Dios puede ser visto. Porque bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Matth. V, 8): y por profecía se canta, Buscadlo con sencillez de corazón (Sap. I, 1). Por tanto, se dice correctamente a los hombres que permanecen en la vejez de la vida, y por eso llevan un ojo del alma oscuro: Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? ¿Acaso dice la cosa formada al que la formó, por qué me hiciste así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra, y otro para deshonra? Purga la vieja levadura, para que seas una nueva masa (I Cor. V, 7), y en ella misma no seas aún un niño en Cristo para ser alimentado con leche (Id. III, 2); sino llega al hombre perfecto, para que estés entre aquellos de quienes se dice: Hablamos sabiduría entre los perfectos (Id. II, 6). Entonces, finalmente, escucharás correctamente y no de manera desordenada, si hay algo sobre los méritos ocultísimos de las almas, y sobre la gracia o la justicia, los secretos del Dios omnipotente.

4. Porque sobre Faraón se responde fácilmente, que por sus méritos anteriores, en los cuales afligió en su reino a los peregrinos, fue hecho digno de que se endureciera su corazón, para que no creyera ni en las señales más manifiestas del Dios que mandaba. Por tanto, de la misma masa, es decir, de los pecadores, sacó vasos de misericordia, a quienes socorrió cuando los hijos de Israel lo suplicaron; y vasos de ira, cuyo castigo instruyó a aquellos, es decir, a Faraón y su pueblo: porque aunque ambos eran pecadores, y por eso pertenecían a una masa, sin embargo, debían ser tratados de manera diferente aquellos que gemían a un solo Dios. Por tanto, soportó con mucha paciencia los vasos de ira, que fueron preparados para perdición. Y al decir, con mucha paciencia, significó suficientemente sus pecados anteriores, en los cuales los soportó; para que oportunamente entonces vengara, cuando de su venganza debía socorrerse a aquellos que eran liberados. Y para hacer conocidas las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia, que preparó para gloria. Aquí tal vez, perturbado, vuelves a aquella cuestión: Entonces, ¿de quién quiere tiene misericordia, y a quien quiere endurece. ¿Por qué todavía se queja? porque ¿quién ha resistido a su voluntad? (Rom. IX, 18-23). Sin duda, de quien quiere tiene misericordia, y a quien quiere endurece; pero esta voluntad de Dios no puede ser injusta. Porque viene de méritos ocultísimos; porque aunque los mismos pecadores, por el pecado general, hagan una masa, sin embargo, no hay entre ellos ninguna diversidad. Por tanto, precede algo en los pecadores, por lo cual, aunque aún no sean justificados, se hacen dignos de justificación; y también precede en otros pecadores por lo cual se hacen dignos de obtusidad. Tienes al mismo apóstol diciendo en otro lugar: Porque no aprobaron tener a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada (Rom. I, 28). Que los entregó a una mente reprobada, es lo mismo que endureció el corazón de Faraón (Exod. IV, 21): pero que no aprobaron tener a Dios en su conocimiento, es lo mismo que se hicieron dignos de ser entregados a una mente reprobada.

5. Sin embargo, es verdad que no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16). Porque aunque alguien, por pecados más leves, o ciertamente aunque por pecados más graves y muchos, sin embargo, con gran gemido y dolor de arrepentimiento, sea hecho digno de la misericordia de Dios, no es de él mismo, quien si fuera dejado, perecería, sino de Dios que tiene misericordia, quien socorre a sus súplicas y dolores. Porque es poco querer, a menos que Dios tenga misericordia: pero Dios no tiene misericordia, quien llama a la paz, a menos que la voluntad preceda; porque en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14). Y porque nadie puede querer, a menos que sea advertido y llamado, ya sea interiormente, donde ningún hombre ve, o exteriormente por la palabra sonora, o por alguna señal visible; se efectúa que incluso el mismo querer Dios lo obra en nosotros (Philipp. II, 13). Porque a aquella cena, que el Señor dice preparada en el Evangelio, ni todos los que fueron llamados quisieron venir; ni aquellos que vinieron, podrían venir, a menos que fueran llamados (Luc. XIV, 16-26). Por tanto, ni aquellos deben atribuirse a sí mismos que vinieron; porque vinieron llamados: ni aquellos que no quisieron venir, deben atribuirlo a otro, sino solo a sí mismos; porque para venir, fueron llamados en libre voluntad. Por tanto, la vocación antes del mérito opera la voluntad. Por eso, si alguien se atribuye a sí mismo que vino llamado, no puede atribuirse a sí mismo que fue llamado. Pero quien llamado no vino, así como no tuvo mérito de premio para ser llamado, así inicia el mérito de castigo cuando llamado descuidó venir. Así serán aquellos dos: Misericordia y juicio cantaré a ti, Señor (Psal. C, 1). A la misericordia pertenece la vocación: al juicio pertenece la bienaventuranza de aquellos que vinieron llamados, y el castigo de aquellos que no quisieron venir. ¿Acaso, por tanto, Faraón ignoraba cuánto bien habían conseguido aquellas tierras por la llegada de José (Gen. XLI)? Por tanto, el conocimiento de aquella cosa hecha, fue su vocación, para que tratando misericordiosamente al pueblo de Israel no fuera

ingrato. Pero porque no quiso obedecer a esta vocación, sino que ejerció crueldad en aquellos a quienes se debía humanidad y misericordia, mereció el castigo, para que se endureciera su corazón, y sufriera tal ceguera de mente, que no creyera en tantas y tan manifiestas señales de Dios; para que pudiera ser instruido su pueblo, ya sea por el castigo de la obtusidad, o por la última sumersión visible, cuya aflicción él, y el mérito de la obtusidad oculta, y la sumersión manifiesta, se comparara a sí mismo (Exod. V-XIV).

6. Esta vocación, que opera tanto en individuos como en pueblos, e incluso en la humanidad misma a lo largo de las oportunidades del tiempo, es de una ordenación alta y profunda. A esto se refiere también aquello de, En el vientre te santifiqué (Jeremías I, 5); y, Cuando estabas en los lomos de tu padre, te vi; y, A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí (Malaquías I, 2, 3): dicho antes de que nacieran. No puede ser comprendida, salvo quizás por aquellos que aman a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente, y aman a sus prójimos como a sí mismos (Mateo XXII, 37, 39). Fundados en tan gran caridad, pueden tal vez con los santos comprender la longitud, la anchura, la altura y la profundidad (Efesios III, 18). Sin embargo, debe mantenerse con fe constante que Dios no hace nada injustamente, ni hay naturaleza alguna que no deba a Dios lo que es: porque a Dios se le debe todo decoro, belleza y congruencia de las partes; que si lo persigues completamente, y quitas hasta los restos de las cosas, no queda nada.

LXIX. Sobre lo que está escrito: Entonces también el Hijo mismo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas (I Cor. XV, 28).

1. Aquellos que sostienen que el Hijo de Dios no es igual al Padre, suelen usar familiarmente este testimonio, donde el Apóstol dice: Pero cuando todas las cosas le sean sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos. No podría surgirles error disfrazado con el nombre cristiano, si no fuera por las Escrituras no entendidas. Dicen, pues, Si es igual, ¿cómo será sujeto a él? Lo cual es similar a aquella cuestión evangélica, Si es igual, ¿cómo es mayor el Padre? Pues el mismo Señor dijo, Porque el Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28). La regla de la fe católica es tal que cuando algo se dice en las Escrituras sobre el Hijo, que es menor que el Padre, se entiende según la asunción del hombre: pero cuando se dice algo que demuestra igualdad, se acepta según lo que es Dios. Por tanto, queda claro cómo se dijo, El Padre es mayor que yo; y, Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30): y, El Verbo era Dios; y, El Verbo se hizo carne (Juan I, 1, 14): y, No consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo (Filipenses II, 6, 7). Pero dado que muchas cosas también se dicen de él según la propiedad de la persona, excepto en lo que respecta a la asunción del hombre, de modo que el Padre no debe entenderse como otra cosa que el Padre, y el Hijo no debe entenderse como otra cosa que el Hijo, los herejes piensan que en lo que se dice e interpreta de esta manera, no puede haber igualdad. Pues está escrito, Todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 3), ciertamente por el Hijo, es decir, por el Verbo de Dios: ¿por quién, sino por el Padre? Sin embargo, en ninguna parte está escrito que el Hijo haya operado alguna criatura por el Padre. También está escrito que el Hijo es la imagen del Padre (Colosenses I, 15); pero en ninguna parte está escrito que el Padre sea la imagen del Hijo. Además, que aquel es el engendrador, aquel es el engendrado; y otras cosas de este tipo, que no pertenecen a la igualdad de sustancia, sino a la propiedad de las personas: en las cuales, cuando dicen que no puede haber igualdad, porque aplican mentes más toscas a penetrar estas cosas, deben ser urgidos con el peso de la autoridad. Pues si en estas cosas no pudiera entenderse la igualdad de aquel por quien todas las cosas fueron hechas y de aquel por quien fueron hechas, de la imagen y de aquel cuya imagen es, del engendrado y del engendrador; de ninguna manera el

Apóstol, cerrando la boca de los hombres contenciosos, pondría incluso la palabra misma, diciendo: No consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse.

2. Por tanto, cuando las cosas que se escribieron para la distinción del Padre y del Hijo, en parte por las propiedades de las personas, en parte por la asunción del hombre, se escribieron de esta manera; mientras que la deidad y unidad y igualdad de la sustancia divina del Padre y del Hijo permanecen: se pregunta correctamente en este lugar, si el Apóstol dijo, Entonces también el Hijo mismo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas, según las propiedades de las personas, o según la asunción del hombre. La circunstancia de la Escritura suele iluminar la sentencia, cuando las cosas que están escritas alrededor, tocantes a la cuestión presente, se tratan con diligente discusión. Encontramos, pues, que se llegó a este lugar, de modo que arriba dijera, Pero ahora Cristo ha resucitado de los muertos, primicias de los que durmieron. Pues trataba de la resurrección de los muertos, lo cual se hizo en el Señor según la asunción del hombre; aunque sigue claramente y dice: Porque por un hombre vino la muerte, y por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida (*παρουσία*); luego el fin, cuando entregue el reino a Dios y al Padre, cuando haya destruido todo principado y toda potestad y toda fuerza. Porque es necesario que él reine, hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte. Porque todas las cosas las sujetó bajo sus pies. Pero cuando dice que todas las cosas le son sujetas, es evidente que está exceptuado aquel que le sujetó todas las cosas. Pero cuando todas las cosas le sean sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 20-28). Es evidente, pues, que esto se dijo según la asunción del hombre.

3. Pero otras cosas en este capítulo, cuyo texto completo he mencionado, suelen tener cuestión: primero, lo que se dijo, Cuando entregue el reino a Dios y al Padre; como si ahora el Padre no tuviera el reino. Luego, lo que se dijo, Porque es necesario que él reine, hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies; como si después no fuera a reinar, y esto valiera para lo que se dijo arriba, Luego el fin. Lo cual toman con opinión sacrílega, como si hubiera dicho fin en el sentido de consumación de su reino; cuando está escrito en el Evangelio, Y su reino no tendrá fin (Lucas I, 33). Finalmente, lo que se dijo, Pero cuando todas las cosas le sean sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas; quieren entenderlo así, como si ahora o algo no estuviera sujeto al Hijo, o él mismo no estuviera sujeto al Padre.

4. Por tanto, la cuestión se resuelve por el género de locución. Pues así suele hablar la Escritura, que lo que siempre es: se dice que sucede entonces en alguien, cuando en él debe conocerse. Así decimos en la oración, Santificado sea tu nombre (Mateo VI, 9); como si alguna vez no fuera santo. Por tanto, así como santificado sea, es que se haga conocido que es santo; así también, Cuando entregue el reino a Dios y al Padre, es decir, cuando muestre que el Padre reina, para que por la apariencia y manifestación se aclare, lo que ahora es creído por los fieles y no es considerado por los infieles. Evacuará, pues, todo principado y potestad, manifestando ciertamente el reino del Padre, para que sea conocido por todos, que ningún príncipe y potestad, ya sea celestial o terrenal, tiene algo de principado y potestad por sí mismo, sino por aquel de quien son todas las cosas, no solo para que sean, sino también para que estén ordenadas. Pues en aquella manifestación no quedará esperanza alguna en ningún príncipe, ni en ningún hombre. Lo cual también ahora se canta proféticamente: Bueno es esperar en el Señor, que esperar en el hombre; bueno es esperar en el Señor, que esperar en príncipes (Salmo CXVII, 8, 9): para que con esta meditación el alma ya se eleve al reino del

Padre, no haciendo gran cosa de la potestad de nadie más que de él, ni halagándose perniciosamente a sí misma. Por tanto, entregará el reino a Dios y al Padre, cuando por él se conozca al Padre por la apariencia. Pues su reino son aquellos en quienes ahora reina por la fe. De otra manera se dice reino de Cristo según la potestad de la divinidad, según la cual toda criatura le está sujeta; y de otra manera se dice su reino la Iglesia, según la propiedad de la fe que está en él, según la cual ora quien dice, Poséenos (Isaías XXVI, 13, según LXX). Pues no es que él no posea todas las cosas. Según lo que también se dice aquello: Cuando erais esclavos del pecado, erais libres respecto de la justicia (Romanos VI, 20). Evacuará, pues, todo principado y toda potestad y fuerza, para que a nadie que contemple al Padre por el Hijo le sea necesario o le plazca descansar en la potestad de alguna criatura o en la suya propia.

5. Porque es necesario que él reine, hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies: es decir, es necesario que su reino se manifieste tanto, hasta que todos sus enemigos confiesen que él reina. Pues esto se entiende, que los enemigos estarán bajo sus pies. Que si lo tomamos de los justos, por eso se dijo, enemigos, porque de injustos son justificados, y al creer en él se someten. Pero de los injustos que no pertenecen a la futura bienaventuranza de los justos, debe entenderse así, porque también ellos, confundidos por la manifestación de su reino, confesarán que él reina. Por tanto, Es necesario que él reine, hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies, no se dijo así, como si cuando haya puesto a sus enemigos bajo sus pies, no fuera a reinar después: sino, Es necesario que él reine, hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies; es necesario, dice, que lleve su reino a tal evidencia, hasta que sus enemigos de ningún modo se atrevan a negar que él reina. Pues está escrito, Así nuestros ojos miran al Señor nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros (Salmo CXXII, 2): sin embargo, no por eso, cuando haya tenido misericordia de nosotros, debemos apartar nuestros ojos de él. Pues en tanto es nuestra bienaventuranza, en cuanto disfrutamos de su contemplación. Así, pues, también esto se dijo. La intención de nuestros ojos hacia el Señor no se extiende, sino hasta la obtención de su misericordia, no para que después se aparte de allí, sino para que no busque más de allí. Hasta, pues, se puso por no más, entiendas. Pues ¿hasta qué mayor manifestación se manifestará el reino de Cristo, sino hasta que todos sus enemigos confiesen que él reina? Otra cosa es, pues, no manifestarse más, otra cosa es no permanecer más. No manifestarse más, es no hacerse más manifiesto: no permanecer más, no hacerse más perseverante. ¿Cuándo, pues, será más manifiesto el reino de Cristo, que cuando a todos los enemigos les quede claro?

6. El último enemigo que será destruido es la muerte. Pues no habrá otra cosa que destruir, después de que esto corruptible se haya vestido de incorrupción. Porque todas las cosas las sujetó bajo sus pies: esto es, para que también destruya la muerte. Pero cuando dice que todas las cosas le son sujetas (lo dijo ciertamente el profeta en los Salmos (Salmo VIII, 8), es evidente que está exceptuado aquel que le sujetó todas las cosas: quiere que se entienda que el Padre sujetó todas las cosas al Hijo, como el mismo Señor en muchos lugares del Evangelio lo recomienda y predica, no solo por la forma de siervo, sino también por el principio del cual es, y por el cual es igual a aquel del cual es. Pues ama referir todas las cosas a un solo principio, como su imagen, pero en quien habita toda la plenitud de la divinidad (Colosenses II, 9).

7. Pero cuando todas las cosas le sean sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas. No como si ahora no fuera así, sino entonces será manifiesto, según la locución tratada arriba. Para que Dios sea todo en todos. Él es el fin, que mencionó arriba, cuando quiso concluir todo brevemente al principio, luego como explicarlo y exponerlo en partes. Pues hablaba de la resurrección, donde dice, Cristo las primicias; luego

los que son de Cristo en su venida; luego el fin. Él mismo es ciertamente el fin, para que Dios sea todo en todos. Pues de una manera se dice fin que pertenece a la consumación, de otra manera que pertenece al consumo. Pues de una manera se termina una túnica tejiendo, de otra manera un alimento comiendo. Pero Dios es todo en todos, para que ninguno de los que se adhieren a él, ame su propia voluntad en contra de él, y sea manifiesto para todos lo que el mismo Apóstol dice en otro lugar, ¿Qué tienes que no hayas recibido? (I Cor. IV, 7).

8. También hay quienes entienden este lugar, Es necesario que él reine, hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies, de manera que dicen que aquí se puso reinar bajo otra significación; no bajo aquella en la que se puso, reino, de lo que dice, Cuando entregue el reino a Dios y al Padre: para que lo haya llamado así, reino, por el cual Dios gobierna toda la creación; pero lo haya llamado así, reinar, para que se entienda como si condujera un ejército contra un enemigo, o defendiera una ciudad: para que por eso dijera, Es necesario que él reine, hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies; porque de tal reino, como el que tienen los príncipes de los armados, no habrá causa alguna, cuando el enemigo esté tan sujeto que no pueda rebelarse. Pues ciertamente se dijo en el Evangelio, Y su reino no tendrá fin, según lo que reina eternamente: pero según lo que se milita bajo él contra el diablo; tal reino será hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies; pero después no será, cuando disfrutemos de paz perpetua.

9. Pero estas cosas se han dicho así, para que sepamos que también aquello debe considerarse más diligentemente, según qué reina ahora el Señor por la dispensación de su sacramento a través de la encarnación y la pasión. Pues según lo que es el Verbo de Dios, tanto sin fin como sin principio y sin interrupción es su reino. Pero según lo que el Verbo se hizo carne (Juan I, 14), comenzó a reinar en los creyentes por la fe de su encarnación. De donde también es aquello: El Señor reinó desde el madero (Salmo XCV, 10). Desde aquí evacuó todo principado y toda potestad y fuerza, mientras no por su claridad, sino por su humildad son salvos los que creen en él. Esto está oculto a los sabios y prudentes, y revelado a los pequeños (Mateo XI, 25); porque agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación (I Cor. I, 21). Ni el Apóstol se dice saber entre los pequeños otra cosa, sino a Jesucristo, y a este crucificado (I Cor. II, 2). De esta predicación hay necesidad hasta que todos los enemigos sean puestos bajo sus pies: es decir, hasta que toda soberbia secular se someta y ceda a la humildad de su encarnación; como en gran parte ya se ha hecho, y lo vemos hacerse cada día. Pero ¿con qué fin se hacen estas cosas? Para que entregue el reino a Dios y al Padre, es decir, para que nutridos por la fe de su encarnación, los lleve a la apariencia por la cual es igual al Padre. Pues ya hablaba a aquellos que habían creído, cuando decía: Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Juan VIII, 31, 32). Pues entregará el reino al Padre, cuando por lo que reinará en los que contemplan la verdad, por lo cual es igual al Padre, y por sí mismo hará ver al Padre por la apariencia. Pues ahora reina en los creyentes por lo que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filipenses II, 7). Pero entonces entregará el reino a Dios y al Padre, cuando haya evacuado todo principado, y potestad, y fuerza. ¿De dónde evacuará, sino de humildad, y paciencia, y debilidad? Pues ¿qué principado no será evacuado, cuando el Hijo de Dios reina en los creyentes porque los príncipes del siglo lo juzgaron? ¿Qué potestad no será evacuada, cuando él por quien todas las cosas fueron hechas, reina en los creyentes porque así se sujetó a las potestades, que dijo al hombre, No tendrías potestad alguna sobre mí, si no te fuera dada de arriba (Juan XIX, 11)? ¿Qué fuerza no será evacuada, cuando él por quien los cielos fueron afirmados, reina en los creyentes porque hasta la cruz y la muerte fue debilitado? De esta manera el Hijo reina propiamente en la fe de los creyentes. Pues no puede decirse ni creerse que el Padre fue encarnado, juzgado, o crucificado. Pero por la apariencia,

por la cual es igual al Padre, reina con el Padre en los que contemplan la verdad. Pero lo que entregará el reino a Dios y al Padre, llevando de la fe de su encarnación a la apariencia de la deidad a aquellos que ahora creen en él, no lo pierde él mismo, sino que ambos se ofrecen como uno para ser disfrutados por los que contemplan. Pero hay necesidad de que en los hombres que aún no pueden contemplar con la luz clara de la mente la igualdad del Padre y del Hijo, Cristo reine por lo que tales pueden captar, y lo que él mismo asumió propiamente, es decir, la humildad de la encarnación, hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies: es decir, hasta que toda soberbia secular se someta a la humildad de su encarnación.

10. Ciertamente, lo que se ha dicho, "Entonces también el Hijo mismo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas", aunque se dice según la asunción del hombre, porque de ahí nace la cuestión, cuando se trata de la resurrección de los muertos: sin embargo, se pregunta correctamente si se dijo solo según aquel que es la cabeza de la Iglesia (Efesios V, 23); o según todo Cristo, incluyendo su cuerpo y miembros. Pues cuando dice a los Gálatas, "No dice, Y a las semillas, como si hablara de muchos; sino como de uno, Y a tu semilla, que es Cristo"; para que no entendamos en este lugar solo a Cristo, que nació de la Virgen María, después dice, "Porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham" (Gálatas III, 16, 28, 29). Y a los Corintios, cuando hablaba de la caridad, tomando la similitud de los miembros del cuerpo: "Porque así como el cuerpo es uno", dice, "y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo; así también es Cristo". No dijo, así también de Cristo; sino, "así también es Cristo", mostrando que Cristo se llama correctamente también el todo, es decir, la cabeza con su cuerpo, que es la Iglesia. Y en muchos lugares de las Escrituras encontramos que Cristo también se llama de esta manera, para que se entienda con todos sus miembros, a quienes se les dijo, "Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros" (I Cor. XII, 12, 27). Por lo tanto, no es absurdo entenderlo así. Entonces también el Hijo mismo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas; para que entendamos al Hijo no solo como la cabeza de la Iglesia, sino también a todos los santos con él, que son uno en Cristo, una semilla de Abraham: sujeto, sin embargo, según la contemplación de la verdad eterna, para obtener la bienaventuranza, sin ningún movimiento del alma, sin ninguna parte del cuerpo resistiendo; para que en esa vida, sin que nadie ame su propio poder, Dios sea todo en todos.

LXX. Sobre lo que dice el Apóstol: "La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu contienda? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado es la ley" (I Cor. XV, 54-56).

Creo que en este lugar la muerte significa la costumbre carnal, que resiste a la buena voluntad con el deleite de disfrutar de lo temporal. Pues no se diría, "¿Dónde está, muerte, tu contienda?", si no resistiera y se opusiera. La contienda misma también se describe en aquel lugar: "La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Porque estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que queréis" (Gálatas V, 17). Por lo tanto, se logra mediante la santificación perfecta, que todo apetito carnal se someta a nuestro espíritu iluminado y vivificado, es decir, a la buena voluntad. Y así como ahora vemos que carecemos de muchos placeres infantiles, que nos atormentaban intensamente cuando éramos niños si nos eran negados: así se debe creer que sucederá con todo deleite carnal, cuando la santidad perfecta haya restaurado al hombre por completo. Pero ahora, mientras haya en nosotros algo que resista a la buena voluntad, necesitamos la ayuda de Dios a través de buenos hombres y buenos ángeles, para que mientras nuestra herida se cure, no nos moleste tanto como para destruir también la buena voluntad. Esta muerte la merecimos por el pecado, que era de toda manera en el libre albedrío, cuando en el paraíso ningún dolor de la negación del deleite

resistía a la buena voluntad del hombre, como ahora. Por ejemplo, si existe alguien a quien nunca le ha deleitado la caza, de toda manera es libre de querer cazar o no, y no le atormenta quien se lo prohíbe. Pero si usa mal esa libertad, y caza contra el mandato del prohibidor, el deleite que se infiltra poco a poco mortifica el alma, de modo que si quiere abstenerse, no puede hacerlo sin molestia y sin angustia, cuando antes lo hacía con toda salud. Por lo tanto, el agujijón de la muerte es el pecado; porque por el pecado se hizo el deleite, que ya puede resistir a la buena voluntad, y ser reprimido con dolor. A este deleite, porque es en la deficiencia del alma hecha peor, con razón lo llamamos muerte. Pero la fuerza del pecado es la ley; porque mucho más criminal y escandalosamente se cometen las cosas que la ley prohíbe, que si no estuvieran prohibidas por ninguna ley. Entonces, la muerte será absorbida en victoria, cuando por la santificación en toda parte del hombre, el deleite espiritual perfecto supere al deleite carnal.

LXXI. Sobre lo que está escrito: "Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo" (Gálatas VI, 2).

1. Porque la custodia del Antiguo Testamento tenía temor, no pudo significarse más claramente que el don del Nuevo Testamento es la caridad, que en este lugar, donde el Apóstol dice, "Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo". Se entiende que llama a esta la ley de Cristo, en la que el mismo Señor mandó que nos amemos unos a otros, estableciendo tanto peso en esa sentencia del mandamiento, que dijo: "En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros" (Juan XIII, 34, 35). Y el deber de este amor es llevar las cargas de los otros. Pero este deber, que no es eterno, ciertamente nos llevará a la bienaventuranza eterna, en la que no habrá nuestras cargas que se nos mande llevar unos a otros. Ahora bien, mientras estamos en esta vida, es decir, en este camino, llevemos nuestras cargas unos a otros, para que podamos llegar a esa vida que carece de toda carga. Así como algunos estudiosos de tales conocimientos han escrito sobre los ciervos, cuando cruzan el estrecho hacia la isla en busca de pastos, se ordenan de tal manera que llevan las cargas de sus cabezas que llevan en los cuernos unos sobre otros, de modo que el posterior coloca su cabeza sobre el anterior con el cuello extendido. Y porque es necesario que haya uno que preceda a los demás, que no tenga delante a quien inclinar su cabeza, se dice que lo hacen por turnos; para que el que precede, cansado por la carga de su cabeza, se retire detrás de todos, y le suceda aquel cuya cabeza llevaba cuando él iba delante. Así, llevando sus cargas unos a otros, cruzan el estrecho, hasta que llegan a la estabilidad de la tierra (Plin. lib. 8, cap. 32). Tal vez Salomón tenía en mente esta naturaleza de los ciervos, cuando dijo: "El ciervo de la amistad y el cervatillo de tus gracias hablen contigo" (Prov. V, 19, según LXX). Pues nada prueba tanto a un amigo como llevar la carga de un amigo.

2. Sin embargo, no podríamos llevar nuestras cargas unos a otros, si ambos que sostienen sus cargas estuvieran en un mismo tiempo de debilidad, o si fuera un mismo tipo de debilidad: pero los diferentes tiempos y los diferentes tipos de debilidad hacen que podamos llevar nuestras cargas unos a otros. Por ejemplo, soportarás la ira de tu hermano cuando tú no te enojas contra él; para que luego, en el tiempo en que la ira te haya tomado a ti, él te soporte con su mansedumbre y tranquilidad. Este ejemplo se refiere a cuando los tiempos de los que llevan sus cargas son diferentes, aunque la debilidad no sea diferente: pues en ambos se lleva la ira del otro. Pero para un tipo diferente de debilidad, veamos otro ejemplo: como si alguien hubiera vencido la locuacidad en sí mismo, y aún no hubiera vencido la obstinación, y otro aún sea locuaz, pero ya no obstinado; debe aquel soportar la locuacidad de este y este la obstinación de aquel, hasta que eso en aquel y esto en este se sane, con caridad. Pues si una debilidad igual ocurre en dos al mismo tiempo, no pueden tolerarse mutuamente, cuando se dirige uno contra el otro. Porque contra un tercero, incluso dos enojados se ponen de acuerdo

y se toleran: aunque no se puede decir que se toleran mutuamente, sino más bien que se consuelan mutuamente. Así como los tristes por una misma cosa, más bien se llevan y como que se apoyan mutuamente, que si uno estuviera triste y el otro alegre: pero si están tristes uno contra el otro, no pueden tolerarse en absoluto. Y por eso, en tales afectos, se debe asumir un poco la misma enfermedad, de la que quieres liberar a otro por ti mismo; y asumirla de tal manera que sirva para la ayuda, no para la igualdad de miseria: como se inclina quien extiende la mano al que yace. Pues no se arroja a sí mismo para que ambos yacen; sino que solo se inclina, para levantar al que yace.

3. Y ninguna cosa hace que este trabajo de llevar las cargas de los otros se realice con gusto, sino cuando pensamos en cuánto soportó el Señor por nosotros. De ahí que el Apóstol, advirtiéndolo, dice: "Tened en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en forma de hombre; se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz". Pues antes había dicho, "No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros" (Filip. II, 4-8). A esta sentencia añadió lo que se ha dicho; pues así sigue: "Tened en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". Solo para que, así como él en lo que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14), y siendo sin pecado, tomó nuestros pecados, no miró por lo suyo, sino por lo nuestro; así también nosotros, con gusto, a su imitación, llevemos nuestras cargas unos a otros.

4. A este pensamiento se añade también aquel pensamiento, porque él asumió al hombre, pero nosotros somos hombres: y debemos considerar que la enfermedad ya sea del alma o del cuerpo, que vemos en otro hombre, también nosotros pudimos haberla tenido, o podemos tenerla. Por lo tanto, ofrezcamos a aquel cuya debilidad queremos llevar, lo que quisiéramos que nos ofreciera a nosotros, si acaso estuviéramos en ella, y él no lo estuviera. A esto se refiere lo que el mismo Apóstol dice, "Me he hecho todo a todos, para salvar a algunos" (I Cor. IX, 22): pensando, sin duda, que también él pudo haber estado en ese vicio, del que deseaba liberar a otro. Pues lo hacía más bien compadeciéndose, no mintiendo, como algunos sospechan, y especialmente aquellos que, para defender sus mentiras, que no pueden negar, buscan el patrocinio de algún gran ejemplo.

5. Luego también se debe pensar en aquello, que no hay hombre que no pueda tener algún bien que tú aún no tienes, aunque esté oculto, en el cual sin duda pueda ser superior a ti. Este pensamiento sirve para abatir y domar la soberbia, para que no pienses que porque tus ciertos bienes son eminentes y aparentes, por eso el otro no tiene ninguno que esté oculto, y tal vez bienes de mayor peso con los que te supera sin que lo sepas. Pues no nos manda el Apóstol que nos engañemos, o que usemos más bien de adulación, cuando dice, "Nada hagáis por contienda o por vanagloria, sino con humildad, considerando cada uno a los demás como superiores a sí mismo" (Filip. II, 3). No debemos pensar esto de tal manera que no lo pensemos, sino que finjamos pensarlo; sino que realmente pensemos que algo oculto puede haber en el otro, por lo cual sea superior a nosotros, aunque nuestro bien, por el cual parecemos superiores a él, no esté oculto. Estos pensamientos que abaten la soberbia y agudizan la caridad, hacen que las cargas de los hermanos se lleven mutuamente, no solo con ánimo equitativo, sino también con mucho gusto. De ninguna manera, sin embargo, se debe emitir juicio sobre cualquier hombre desconocido: y nadie se conoce sino por la amistad. Y por eso soportamos más firmemente los males de los amigos, porque sus bienes nos deleitan y nos retienen.

6. Por lo tanto, no se debe rechazar la amistad de quien se ofrece para ser unido en amistad; no para que sea recibido de inmediato, sino para que se desee que sea recibido, y así se trate, para que pueda ser recibido. Pues podemos decir que ha sido recibido en amistad aquel a quien nos atrevemos a confiar todos nuestros consejos. Y si hay alguien que no se atreve a ofrecerse para hacer amistad, cuando se le llama por algún honor o dignidad temporal nuestro; debemos descender a él, y ofrecerle con cierta cortesía y sumisión de ánimo, lo que él mismo no se atreve a pedir. Ciertamente, aunque más raramente, sin embargo, a veces sucede que de aquel a quien queremos recibir en amistad, primero nos son conocidas sus malas cosas que sus buenas, por las cuales, ofendidos y de algún modo repelidos, lo dejamos, y no llegamos a la investigación de sus buenas cosas, que tal vez son más ocultas. Por lo tanto, el Señor Jesucristo, que quiere que nos hagamos sus imitadores, nos advierte que soportemos sus debilidades, para que por la tolerancia de la caridad seamos llevados a ciertas cosas sanas, en cuya delectación nos aquietemos. Pues dice: "No necesitan médico los sanos, sino los enfermos" (Mateo IX, 12). Y por eso, si por la caridad de Cristo no debemos rechazar de nuestro ánimo incluso a aquel que tal vez está enfermo en toda parte, porque puede ser sanado por la Palabra de Dios; cuánto menos a aquel que puede parecernos totalmente enfermo, porque no pudimos soportar ciertas cosas tuyas heridas en el primer ingreso de la amistad, y lo que es más grave, nos atrevimos a emitir un juicio temerario de prejuicio sobre todo el hombre, no temiendo lo que se ha dicho, "No juzguéis, para que no seáis juzgados"; y, "Con la medida con que midáis, se os medirá" (Mateo VII, 1, 2). Sin embargo, a menudo aquellas cosas que son buenas, aparecen primero: en las cuales también se debe evitar el juicio temerario de benevolencia, para que cuando hayas pensado que todo es bueno, aquellas cosas que después aparezcan malas, no te encuentren seguro e impreparado, y te ofendan más gravemente; para que a aquel a quien temerariamente amaste, lo odies más amargamente, lo cual es un crimen. Porque incluso si no precedieran sus buenas cosas, y estas malas que después aparecieron, primero sobresalieran, sin embargo, debían ser soportadas, hasta que hicieras con él todo lo que suele hacerse para sanar tales cosas: cuánto más cuando aquellas buenas cosas precedieron, que como prendas deben obligarnos a soportar las posteriores.

7. Esta es, por lo tanto, la ley de Cristo, que llevemos nuestras cargas unos a otros. Pero amando a Cristo, soportamos fácilmente la debilidad del otro, incluso a quien aún no amamos por sus buenas cosas. Pues pensamos que aquel a quien amamos, el Señor murió por él. Esta caridad nos inculcó el apóstol Pablo, cuando dijo: "Y perecerá el hermano débil en tu conocimiento, por quien Cristo murió" (I Cor. VIII, 11). Para que si amamos menos a aquel débil por el vicio por el cual es débil, lo consideremos en él, quien murió por él. Pero no amar a Cristo, no es debilidad, sino muerte. Por lo tanto, con gran cuidado e implorando la misericordia de Dios, se debe pensar, para que no descuidemos a Cristo por el débil, cuando debemos amar al débil por Cristo.

LXXII. Sobre los tiempos eternos.

Se puede preguntar cómo dijo el mismo apóstol Pablo, "Antes de los tiempos eternos" (Tito I, 2). Pues si son tiempos, ¿cómo eternos? A menos que tal vez quiso significar antes de todos los tiempos. Porque si hubiera dicho, "antes de los tiempos", y no hubiera añadido, "eternos"; podría entenderse, antes de ciertos tiempos, que tuvieran otros tiempos antes de ellos. Pero prefirió decir eternos en lugar de todos, tal vez porque el tiempo no comenzó a partir del tiempo. ¿O significó por tiempos eternos la eternidad; entre la cual y el tiempo, esto se diferencia, que aquella es estable, pero el tiempo es mutable?

LXXIII. Sobre lo que está escrito: "Y hallado en forma de hombre" (Filip. II, 7).

1. Decimos hábito de muchas maneras: o hábito del alma, como es la percepción de cualquier disciplina, fortalecida y firmada por el uso; o hábito del cuerpo, según el cual decimos que uno es más robusto y fuerte que otro, lo cual más propiamente se suele llamar complexión; o hábito de aquellas cosas que se acomodan externamente a nuestros miembros, según el cual decimos vestido, calzado, armado, y si hay algo de este tipo. En todos estos géneros (si es que este nombre se deriva de aquel verbo, que es tener) es evidente que se dice hábito en aquello que le sucede a alguien, de tal manera que también puede no tenerlo. Pues tanto la doctrina le sucede al alma, como el jugo y la fuerza al cuerpo; y la vestimenta y las armas, no hay duda de que suceden a nuestros miembros: de modo que el alma puede ser ignorante, si no le sucediera la doctrina; y el cuerpo exánime y débil, sin el jugo de las entrañas y la fuerza; y el hombre puede estar desnudo sin vestimenta, y desarmado sin armas, y con el pie descalzo sin calzado. Por lo tanto, se dice hábito en aquello que nos sucede para que se tenga. Sin embargo, esto es lo que importa, que algunas de las cosas que nos suceden, para hacer hábito, no son cambiadas por nosotros, sino que nos cambian a nosotros en ellas, permaneciendo ellas mismas íntegras e inmutables: así como la sabiduría, cuando le sucede al hombre, no se cambia a sí misma, sino que cambia al hombre, a quien de necio hace sabio. Pero otras cosas suceden de tal manera que tanto cambian como son cambiadas: como el alimento mismo, perdiendo su forma, se convierte en nuestro cuerpo; y nosotros, alimentados por el alimento, somos cambiados de la exanimidad y debilidad a la fuerza y vigor. Pero hay un tercer género, cuando aquellas cosas que suceden, son cambiadas para hacer hábito, y de algún modo son formadas por aquellas a las que hacen hábito, como es la vestimenta: pues cuando está guardada o arrojada, no tiene la forma que toma cuando se viste y se ajusta a los miembros. Por lo tanto, vestida toma la forma que no tenía desvestida; mientras que los mismos miembros, tanto cuando se desnudan como cuando se visten, permanecen en su estado. Puede haber también un cuarto género, cuando aquellas cosas que suceden, para hacer hábito, ni cambian a aquellas a las que suceden, ni son cambiadas por ellas: como el anillo en el dedo, si no se atiende demasiado sutilmente. Sin embargo, este género o no existe, si se examina cuidadosamente, o es completamente rarísimo.

2. Por tanto, cuando el Apóstol hablaba del unigénito Hijo de Dios, en lo que respecta a su divinidad, en cuanto es verdaderamente Dios, dijo que era igual al Padre, lo cual no le fue como un robo, es decir, como si deseara algo ajeno, si permaneciendo siempre en esa igualdad, no quisiera revestirse de hombre y aparecer a los hombres como hombre: sino que se anonadó a sí mismo, no cambiando su forma, sino tomando la forma de siervo; y no convertido o transformado en hombre, perdiendo la estabilidad inmutable, sino que, aunque asumiendo verdadero hombre, el mismo receptor, hecho en semejanza de los hombres, no para sí, sino para aquellos a quienes apareció en hombre, fue hallado en condición como hombre (Filip. II, 6, 7); es decir, teniendo hombre, fue hallado como hombre. Pues no podía ser encontrado Dios por aquellos que tenían el corazón impuro y no podían ver al Verbo junto al Padre, a menos que asumiera aquello que pudieran ver, y por lo cual fueran conducidos a esa luz interior. Sin embargo, esa condición no es del primer tipo; pues permaneciendo en sí la naturaleza del hombre no cambió la naturaleza de Dios: ni del segundo; pues el hombre no cambió a Dios, ni fue cambiado por Él: ni del cuarto; pues no fue asumido el hombre de tal manera que ni él cambiara a Dios, ni fuera cambiado por Él: sino más bien del tercero; pues fue asumido de tal manera que fue cambiado a mejor, y por Él formado de manera inefablemente más excelente y unida que una vestidura, cuando es vestida por el hombre. Por tanto, el Apóstol significó suficientemente con el nombre de condición cómo dijo, hecho en semejanza de los hombres; porque no por transfiguración en hombre, sino por condición fue hecho, cuando se revistió de hombre, al cual uniendo y conformando de alguna manera a sí

mismo, lo asociara a la inmortalidad y eternidad. Pero esa condición, que está en la percepción de la sabiduría y la disciplina, los griegos la llaman ἔξις: pero esta, según la cual decimos vestido o armado, la llaman más bien σχήμα. De lo cual se entiende que el Apóstol habló de este tipo de condición; puesto que en los ejemplares griegos está escrito σχήματι, que nosotros en los latinos tenemos como condición. Por lo cual debe entenderse que el Verbo no fue cambiado por la ascensión del hombre, así como tampoco los miembros vestidos cambian: aunque esa ascensión inefablemente unió lo asumido al que asume: pero en cuanto las palabras humanas pueden adaptarse a cosas inefables, para que no se entienda que Dios fue cambiado por la ascensión de la fragilidad humana, se eligió que en griego se dijera σχήμα, y en latín condición esa ascensión.

LXXIV. Sobre lo que está escrito en la Epístola de Pablo a los Colosenses: En quien tenemos redención y remisión de pecados, que es imagen del Dios invisible (Colos. I, 14, 15).

Imagen, igualdad y semejanza deben distinguirse. Porque donde hay imagen, inmediatamente hay semejanza, no inmediatamente igualdad: donde hay igualdad, inmediatamente hay semejanza, no inmediatamente imagen: donde hay semejanza, no inmediatamente imagen, no inmediatamente igualdad. Donde hay imagen, inmediatamente semejanza, no inmediatamente igualdad: como en el espejo está la imagen del hombre, porque de él ha sido expresada; también necesariamente hay semejanza, pero no igualdad, porque muchas cosas faltan a la imagen, que sin embargo están en la cosa de la cual ha sido expresada. Donde hay igualdad, inmediatamente semejanza, no inmediatamente imagen: como en dos huevos iguales, porque hay igualdad, hay también semejanza; pues lo que está presente en uno, está presente en el otro; sin embargo, no es imagen, porque ninguno ha sido expresado del otro. Donde hay semejanza, no inmediatamente imagen, no inmediatamente igualdad: pues todo huevo es similar a todo huevo, en cuanto es huevo; pero el huevo de perdiz, aunque en cuanto es huevo, es similar al huevo de gallina, sin embargo no es imagen de él, porque no ha sido expresado de él; ni igual, porque es más corto, y de otro género de animales. Pero donde se dice, No inmediatamente, ciertamente se entiende que a veces puede ser. Por tanto, puede haber alguna imagen en la que también haya igualdad: como en los padres y los hijos se encontraría imagen e igualdad y semejanza, si no faltara el intervalo de tiempo; pues también de los padres ha sido expresada la semejanza del hijo, de modo que correctamente se dice imagen, y puede ser tanta, que correctamente también se dice igualdad, excepto que el padre precedió en el tiempo. De lo cual se entiende que a veces la igualdad no solo tiene semejanza, sino también imagen; lo cual es manifiesto en el ejemplo superior. También puede a veces haber semejanza e igualdad, aunque no haya imagen; como se ha dicho de dos huevos iguales. También puede haber semejanza e imagen, aunque no haya igualdad; como mostramos en el espejo. Y puede haber semejanza, donde haya tanto igualdad como imagen; como recordamos de los hijos, excepto en el tiempo, en el que los padres preceden. Pues así decimos sílaba igual a sílaba; aunque una preceda, la otra siga. En Dios, sin embargo, porque la condición del tiempo está ausente; pues no puede verse correctamente que Dios haya engendrado al Hijo en el tiempo, por quien creó los tiempos: es consecuente que no solo sea imagen de Él, porque de Él es, y semejanza, porque imagen (Colos. I, 15); sino también tanta igualdad, que ni siquiera el intervalo de tiempo sea impedimento.

LXXV. Sobre la herencia de Dios.

1. Como el Apóstol a los Hebreos dice, El testamento se confirma con la muerte del testador (Hebr. IX, 17); por eso, muerto por nosotros Cristo, afirma que el Nuevo Testamento ha sido confirmado: cuya semejanza era el Antiguo Testamento, en el cual la muerte del testador se prefiguraba por la víctima. Si, por tanto, se pregunta cómo somos, según las palabras del

mismo Apóstol, coherederos de Cristo, y hijos y herederos de Dios (Rom. VIII, 17); ya que también la herencia se mantiene firme con la muerte del difunto, y de ningún otro modo puede entenderse la herencia: se responde, que por su muerte hemos sido hechos herederos, puesto que también hemos sido llamados sus hijos. No ayunan, dice, los hijos del esposo, mientras el esposo está con ellos (Mat. IX, 15). Por tanto, somos llamados sus herederos, porque nos dejó la posesión de la paz eclesiástica por la fe de la dispensación temporal, que poseemos en esta vida, lo cual testificó diciendo, Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27). Sin embargo, seremos hechos coherederos de Él, cuando al final del siglo la muerte sea absorbida en victoria (I Cor. XV, 54). Entonces seremos semejantes a Él, cuando lo veamos tal como es (I Juan III, 2). Esa herencia no la adquirimos por la muerte de su Padre, quien no puede morir; puesto que Él mismo se convierte en nuestra herencia, según lo que está escrito, El Señor es la parte de mi herencia (Sal. XV, 5): pero puesto que, cuando fuimos llamados aún pequeños, y menos idóneos para contemplar las cosas espirituales, la divina misericordia se extendió hasta nuestras más humildes reflexiones, para que de alguna manera intentáramos ver lo que no veíamos claramente y con evidencia, eso mismo muere lo que veíamos en enigma, cuando comenzamos a ver cara a cara. Por tanto, se dice convenientemente que morirá lo que será quitado: Pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte será quitado (I Cor. XIII, 10). Así, de alguna manera, el Padre nos muere en enigma, y Él mismo se convierte en herencia, cuando es visto cara a cara; no porque Él muera, sino que nuestra visión imperfecta de Él es eliminada por la visión perfecta: y sin embargo, si aquella primera no nos nutría, no seríamos hechos idóneos para la otra plenísima y más evidente.

2. Pero si también sobre el Señor Jesucristo, no según el Verbo en el principio Dios con Dios (Juan I, 1), sino según el niño, que crecía en edad y sabiduría (Luc. II, 40), el piadoso entendimiento lo admite, guardando esa propia asunción, que no es común con los demás hombres, cuya herencia posea como por muerte, es manifiesto. Pues no podemos ser coherederos de Él, a menos que Él mismo sea heredero. Pero si la piedad no admite esto, que primero viera en parte el hombre de Cristo, luego en totalidad aunque se diga que crecía en sabiduría; en su cuerpo se entiende heredero, es decir, la Iglesia, de la cual somos coherederos: así como somos llamados hijos de su madre, aunque conste de nosotros.

3. Pero nuevamente se puede preguntar, por la muerte de quién hemos sido hechos también nosotros herencia de Dios, según aquello, Te daré las naciones por herencia tuya (Sal. II, 8): a menos que tal vez de este mundo, en el cual antes éramos retenidos como dominados. Pero después cuando decimos, Para mí el mundo está crucificado, y yo al mundo (Gal. VI, 14); Cristo nos posee, muerto aquel que nos poseía: cuando le renunciamos, morimos a él, y él a nosotros.

LXXVI. Sobre lo que el apóstol Santiago dice: ¿Quieres saber, oh hombre vano, que la fe sin obras es inútil? (Santiago II, 20).

1. Puesto que el apóstol Pablo predicando que el hombre es justificado por la fe sin obras, no fue bien entendido por aquellos que así tomaron lo dicho, que pensaron que, una vez que hubieran creído en Cristo, aunque obraran mal, y vivieran de manera criminal y deshonrosa, podrían ser salvos por la fe: este pasaje de la Epístola expone cómo debe entenderse el mismo sentido del apóstol Pablo (Santiago II, 17-24). Por eso usa más el ejemplo de Abraham, que la fe está vacía si no obra bien; ya que el apóstol Pablo también usó el ejemplo de Abraham, para probar que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley (Rom. IV, 2). Pues cuando menciona las buenas obras de Abraham, que acompañaron su fe, muestra suficientemente que el apóstol Pablo no enseña así por Abraham que el hombre es justificado por la fe sin obras, como si alguien creyera, no le correspondiera obrar bien; sino más bien

para que nadie piense que por los méritos de las obras anteriores ha llegado al don de la justificación, que está en la fe. Pues en esto querían los judíos que creían en Cristo preferirse a los gentiles, diciendo que por los méritos de las buenas obras que están en la Ley, habían llegado a la gracia evangélica: por eso muchos se escandalizaban, que de ellos habían creído, que la gracia de Cristo se entregara a los gentiles incircuncisos. De ahí que el apóstol Pablo dice que el hombre puede ser justificado sin obras, pero precedentes, por la fe. Pues el justificado por la fe, ¿cómo puede sino obrar justamente de ahí en adelante, aunque antes no haya obrado nada justamente, haya llegado a la justificación de la fe, no por el mérito de las buenas obras, sino por la gracia de Dios, que en él ya no puede estar vacía cuando ya obra bien por amor? Pero si cuando ha creído, inmediatamente de esta vida ha partido, la justificación de la fe permanece con él, ni por las buenas obras precedentes, porque no por mérito llegó a ella, sino por gracia; ni por las consecuentes, porque no se le permite estar en esta vida. De donde es manifiesto, que lo que el apóstol Pablo dice, Pues consideramos que el hombre es justificado por la fe sin obras (Id. III, 28), no debe entenderse así, que habiendo recibido la fe, si vive, digamos que es justo, aunque viva mal. Por eso el apóstol Pablo también usa el ejemplo de Abraham, porque sin las obras de la ley, que no había recibido, fue justificado por la fe; y Santiago, porque muestra que las buenas obras siguieron a la fe de Abraham, mostrando cómo debe entenderse lo que el apóstol Pablo predicó.

2. Pues quienes piensan que esta sentencia del apóstol Santiago es contraria a aquella sentencia del apóstol Pablo, pueden pensar que también el mismo Pablo es contrario a sí mismo, porque dice en otro lugar: Pues no son los oyentes de la ley justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados (Id. II, 13). Y en otro lugar: Sino la fe que obra por el amor (Gal. V, 6). Y de nuevo: Pues si vivís según la carne, moriréis; pero si por el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis (Rom. VIII, 13). Pero cuáles son las obras de la carne, que deben ser mortificadas por las obras espirituales, lo demuestra en otro lugar, diciendo: Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicaciones, inmundicias, impurezas, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, herejías, envidias, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; de las cuales os advierto, como ya os lo he dicho, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gal. V, 19-21). Y a los Corintios dice: No os engaños; ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; pero ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y en el Espíritu de nuestro Dios (I Cor. VI, 9-11). Con estas sentencias enseña clarísimamente que no llegaron a la justificación de la fe por las buenas obras precedentes; ni por sus méritos les fue dada esta gracia, cuando dice, Y esto erais algunos: pero cuando dice, Los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios; muestra suficientemente que ya desde que creyeron, deben obrar bien. Lo que también dice Santiago, y en muchos lugares el mismo apóstol Pablo predica suficientemente y claramente, que todos los que han creído en Cristo deben vivir rectamente, para que no lleguen a las penas. Lo que también el mismo Señor recuerda, diciendo: No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, él entrará en el reino de los cielos (Mat. VII, 21). Y en otro lugar: ¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo? (Luc. VI, 46). Y, Todo el que oye estas palabras mías y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca, etc. Y el que oye estas palabras mías y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena, etc. (Mat. VII, 24-27). Por tanto, no son contrarias las sentencias de los dos apóstoles, Pablo y Santiago, cuando uno dice que el hombre es justificado por la fe sin obras, y el otro dice que la fe sin obras es vana: porque uno habla de

las obras que preceden a la fe, y el otro de las que siguen a la fe; como también el mismo Pablo lo muestra en muchos lugares.

LXXVII. Sobre el temor, si es pecado.

Toda perturbación, pasión; todo deseo, perturbación: todo deseo, por tanto, es pasión. Pero toda pasión, cuando está en nosotros, por esa pasión sufrimos; y en cuanto es pasión, sufrimos: todo deseo, por tanto, cuando está en nosotros, por ese deseo sufrimos; y en cuanto es deseo, sufrimos. Pero toda pasión, en cuanto por esa pasión sufrimos, no es pecado: así también si sufrimos temor, no es pecado. Como si se dijera, Si es bípedo, no es bestia. Si, por tanto, por eso esto no es consecuente, porque hay muchas bestias bípedas; por eso también aquello no es consecuente, porque hay muchos pecados que sufrimos. Pues esto se dice en contra, que no es consecuente que si sufrimos temor, por eso no sea pecado. Pero tú dices que es consecuente que si sufrimos temor, no sea pecado; aunque concedas que hay algunos pecados que sufrimos.

LXXVIII. Sobre la belleza de las imágenes.

Esa suma arte del omnipotente Dios, por la cual todas las cosas fueron hechas de la nada, que también se llama su sabiduría, opera también a través de los artesanos, para que hagan cosas bellas y congruentes; aunque no de la nada, sino de alguna materia, como madera, mármol, marfil, y si hay otro tipo de materia que se somete a las manos del artesano. Pero por eso estos no pueden fabricar algo de la nada, porque operan a través del cuerpo; aunque esos números, y la conveniencia de los lineamientos, que imprimen corporalmente al cuerpo, los reciben en el alma de esa suma sabiduría, que imprimió esos mismos números y esa conveniencia mucho más artísticamente al cuerpo del universo, que fue fabricado de la nada: en el cual están también los cuerpos de los animales, que ya son fabricados de algo, es decir, de los elementos del mundo; pero mucho más potentemente y excelentemente, que cuando los artesanos humanos imitan esas mismas figuras y formas de los cuerpos en sus obras. Pues no toda la numeración del cuerpo humano se encuentra en la estatua; pero sin embargo, cualquiera que se encuentre allí, es transferida por esa sabiduría a través de la mano del artesano, que fabrica naturalmente el mismo cuerpo humano. Sin embargo, no deben ser tenidos en gran estima aquellos que fabrican tales obras, o las aman; porque el alma, atenta a cosas menores, que hace corporalmente a través del cuerpo, se adhiere menos a la misma suma sabiduría, de donde tiene esas potencias: las cuales usa mal, mientras las ejerce afuera; pues aquellas en las que las ejerce, amándolas, descuida su forma interior estable, y se hace más vacía y más débil. Pero aquellos que incluso adoraron tales obras, cuán desviados están de la verdad, se puede entender de aquí, porque si adoraran los mismos cuerpos de los animales, que están fabricados mucho más excelentemente, y de los cuales son esas imitaciones, ¿qué diríamos que es más infeliz que ellos?

LXXIX. ¿Por qué los magos de Faraón hicieron algunos milagros como Moisés, el siervo de Dios? (Éxodo VII, VIII).

1. Toda alma en parte lleva el poder de un cierto derecho privado suyo, y en parte es coaccionada y gobernada por las leyes de la universalidad, como por las leyes públicas. Porque, por tanto, cada cosa visible en este mundo tiene un poder angélico puesto sobre ella, como en varios lugares atestigua la Sagrada Escritura, de aquello sobre lo que está puesta, actúa de manera diferente como si fuera por derecho privado, y de otra manera como si se viera obligada a actuar públicamente. Pues la parte de la universalidad es más poderosa; ya

que aquello que allí actúa privadamente, solo se le permite actuar en la medida en que la ley de la universalidad lo permite. Pero cada alma es tanto más purificada por la piedad, cuanto menos se deleita en su privado, contempla la ley de la universalidad, y a ella devotamente y de buen grado obedece. Pues la ley de la universalidad es la divina sabiduría. Cuanto más se goza en su privado, y descuida a Dios, que preside útil y saludablemente sobre todas las almas, quiere ser para sí misma o para otros, en la medida en que pueda, en lugar de Dios, prefiriendo su propio poder en sí misma o en otros, que el de Él en todos, tanto más es impura, y tanto más se ve obligada a servir penalmente a las leyes divinas, como si fueran públicas. Por tanto, cuanto más el alma humana, abandonando a Dios, se deleita en sus honores o en su poder, tanto más está sujeta a tales potestades, que se gozan en su privado, y desean ser honradas por los hombres como dioses: a quienes a menudo se les concede por la ley divina, que a aquellos que han subyugado según sus méritos, les otorguen algo de milagros por ese derecho privado, en aquellas cosas que se exhiben, sobre las cuales están puestas en el grado más bajo, pero sin embargo muy ordenado, de potestades. Pero donde la ley divina como pública manda, vence ciertamente la licencia privada: aunque también esa licencia privada, si no fuera por el permiso de la potestad divina universal, no existiría. Por eso sucede que los santos siervos de Dios, cuando es útil que tengan este don, según la ley pública y de alguna manera imperial, es decir, la potestad del sumo Dios, mandan a las potestades inferiores para hacer ciertos milagros visibles: pues en ellos manda el mismo Dios, de quien son templo, y a quien, despreciando su propio poder privado, aman ardentísimamente. En las imprecaciones mágicas, para la seducción del engaño, para subyugar a aquellos a quienes conceden tales cosas, otorgan el efecto a las súplicas y ministerios de ellos, otorgando por ese derecho privado, lo que les es lícito otorgar a quienes los honran, les sirven, y guardan ciertos pactos con ellos en sus sacramentos. Y cuando los magos parecen mandar, a través de los nombres de los superiores asustan a los inferiores; y exhiben a los admiradores ciertas cosas visibles, que debido a la debilidad de la carne parecen grandes a los hombres que no pueden contemplar las eternas, las cuales el verdadero Dios otorga por sí mismo a sus amantes. Pero Dios permite estas cosas justamente moderando todo, para que por sus deseos y elecciones distribuya sus servidumbres y libertades. Y si alguna vez obtienen algo por la invocación del sumo Dios para sus malos deseos, eso es castigo, no gracia. Pues no en vano dice el Apóstol, "Dios los entregó a los deseos de sus corazones" (Rom. I, 26). Pues la facilidad para perpetrar ciertos pecados es el castigo de otros precedentes.

2. Pero lo que dice el Señor, "No puede Satanás expulsar a Satanás" (Marc. III, 23): no sea que alguien usando los nombres de algunas potestades inferiores, cuando haya expulsado un demonio, piense que esta sentencia del Señor es falsa; entienda que se dijo en el sentido de que de esta manera Satanás, aunque perdona al cuerpo o a los sentidos del cuerpo, lo hace para dominar con mayor triunfo sobre la voluntad del hombre mismo a través del error de la impiedad. Pero de esta manera no sale Satanás, sino que más bien entra en lo íntimo, para operar en él, como dice el Apóstol: "Según el príncipe de la potestad del aire, que ahora opera en los hijos de desobediencia" (Ephes. II, 2). Pues no turbaba ni atormentaba los sentidos del cuerpo de ellos, ni golpeaba sus cuerpos, sino que reinaba en su voluntad, o más bien en su deseo.

3. Pero lo que dice que los falsos profetas harán muchos signos y prodigios, de modo que engañarán, si fuera posible, a los elegidos (Matth. XXIV, 24); advierte ciertamente para que entendamos que algunos milagros también los hacen hombres malvados, tales que los santos no pueden hacer: sin embargo, no por eso deben ser considerados de mayor lugar ante Dios. Pues no eran más aceptables a Dios que el pueblo de Israel, los magos de Egipto; porque ese

pueblo no podía hacer lo que ellos hacían: aunque Moisés en la virtud de Dios pudo hacer mayores (Exod. VII-XII). Pero por eso no se otorgan estas cosas a todos los santos, para que los débiles no sean engañados por el error más pernicioso, pensando que en tales hechos hay dones mayores que en las obras de justicia, por las cuales se obtiene la vida eterna. Por eso el Señor prohíbe a sus discípulos alegrarse por esto, cuando dice: "No os alegréis de que los espíritus se os sometan; sino alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos" (Luc. X, 20).

4. Por tanto, cuando los magos hacen tales cosas, que a veces también hacen los santos, aunque visiblemente parecen ser las mismas, se hacen con diferente fin y diferente derecho. Pues ellos lo hacen buscando su propia gloria, estos buscando la gloria de Dios: y ellos lo hacen por ciertos poderes concedidos en su orden, como si fueran transacciones privadas o hechicerías; pero estos por administración pública, por mandato de aquel a quien toda criatura está sujeta. Pues de manera diferente se ve obligado el poseedor a dar un caballo al soldado, de otra manera lo entrega al comprador, o a cualquiera lo dona o presta. Y así como muchos malos soldados que la disciplina imperial condena, con las insignias de su emperador aterrorizan a algunos poseedores, y de ellos extorsionan algo que no se ordena públicamente: así a veces los malos cristianos, o cismáticos, o herejes, por el nombre de Cristo o palabras o sacramentos cristianos exigen algo a las potestades, a las cuales se les ha ordenado ceder al honor de Cristo. Pero cuando ceden a los malos que mandan, ceden con la voluntad de seducir a los hombres, en cuyo error se alegran. Por lo tanto, de manera diferente hacen milagros los magos, de manera diferente los buenos cristianos, de manera diferente los malos cristianos: los magos por contratos privados, los buenos cristianos por justicia pública, los malos cristianos por signos de justicia pública. Y no es de extrañar que estos signos valgan, cuando son aplicados por ellos; ya que incluso cuando son usurpados por extraños, que en absoluto han dado su nombre a esta milicia, sin embargo, por el honor del excelentísimo Emperador valen. De los cuales fue aquel, de quien los discípulos informaron al Señor, que en su nombre expulsaba demonios, aunque no lo seguía con ellos (Id. IX, 49). Pero cuando estas potestades no ceden a estos signos, Dios mismo lo prohíbe de maneras ocultas, cuando lo juzga justo y útil. Pues de ninguna manera se atreven los espíritus a despreciar estos signos: tiemblan ante ellos, dondequiera que los vean. Pero a los hombres ignorantes se les ordena divinamente otra cosa, ya sea para confundir a los malos, cuando es necesario que sean confundidos; como leemos de los hijos de Esceva en los Hechos de los Apóstoles, a quienes el espíritu inmundo dijo: "A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?" (Act. XIX, 14, 15); o para advertir a los buenos, para que progresen en la fe, y puedan usar estos signos no jactanciosamente, sino útilmente: o para discernir los dones de los miembros de la Iglesia; como dice el Apóstol, "¿Acaso todos tienen dones de curaciones?" (I Cor. XII, 30). Por estas razones, por tanto, a menudo, como se ha dicho, a los hombres ignorantes se les ordena divinamente, es decir, que cuando se aplican estos signos, estas potestades no obedezcan a la voluntad de los hombres.

5. Pero para que los malos a menudo dañen temporalmente a los buenos, reciben poder sobre ellos, para mayor utilidad de los buenos, por el ejercicio de la paciencia. Por tanto, el alma cristiana siempre debe vigilar en sus tribulaciones para seguir la voluntad de su Señor, no sea que resistiendo a la ordenación de Dios adquiera para sí un juicio más grave. Pues lo que el mismo Señor dijo al hombre actuando en Poncio Pilato, esto también Job podría decir al diablo: "No tendrías poder sobre mí, si no te fuera dado de arriba" (Joan. XIX, 11). Por tanto, no debe sernos más querida la voluntad de aquel cuya malicia tiene poder sobre los buenos, sino la voluntad de aquel de quien se da este poder. Porque la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, y la esperanza no confunde; porque el amor de Dios

ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 3-5).

LXXX. Contra los Apolinaristas.

1. Cuando algunos herejes, que se dice que son llamados Apolinaristas por un cierto Apolinar, su autor, afirmaban que nuestro Señor Jesucristo, en cuanto se dignó hacerse hombre, no tenía mente humana, algunos adheridos a ellos, y escuchándolos con diligencia, se deleitaron ciertamente con esa perversidad, por la cual aquel disminuía al hombre en Dios, diciendo que no tenía mente, es decir, alma racional, por la cual el hombre se diferencia de los animales según el alma. Pero cuando ellos mismos pensaban, debían admitir, si así era, que el unigénito Hijo de Dios, la Sabiduría y el Verbo del Padre, por quien todas las cosas fueron hechas, debía creerse que había asumido una bestia con figura de cuerpo humano; se disgustaron consigo mismos, no obstante para corregirse, para volver al camino de la verdad, y confesar que la Sabiduría de Dios había asumido al hombre entero, sin ninguna disminución de la naturaleza: sino que, usando de mayor audacia, también alienando de él el alma misma y todo lo útil del hombre, dijeron que solo había asumido la carne humana, aduciendo también un testimonio del Evangelio; más bien, no entendiendo esa sentencia, se atreven perversamente a luchar contra la verdad católica, diciendo que está escrito, "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Joan. I, 14). Pues bajo estas palabras quieren que el Verbo esté unido y concretado a la carne, de modo que no haya allí no solo mente, sino ni siquiera alma humana.

2. A los cuales primero se les debe responder, que por eso está puesto así en el Evangelio, porque hasta la carne visible llegó la asunción de la naturaleza humana hecha por el Señor, y en toda esa unidad de asunción principalmente es el Verbo, pero el extremo y último es la carne. Queriendo, por tanto, el Evangelista encomendar por nosotros la humillación de la humildad de Dios, quien se humilló a sí mismo, y expresando hasta dónde se humilló, nombró al Verbo y a la carne, omitiendo la naturaleza del alma, que es inferior al Verbo, pero superior a la carne. Pues más encomia la humildad, porque se dijo, "El Verbo se hizo carne"; que si se dijera, El Verbo se hizo hombre. Pues si miran demasiado estas palabras, otro no menos perverso puede calumniar nuestra fe de estas palabras, diciendo que el mismo Verbo se convirtió y cambió en carne, y dejó de ser Verbo; porque está escrito, "El Verbo se hizo carne": como la carne humana, cuando se convierte en ceniza, no es carne y ceniza, sino de carne ceniza. Y según el modo de hablar más común y acostumbrado, lo que se convierte en lo que no era, deja de ser lo que era. Sin embargo, no entendemos estas palabras así; sino que incluso ellos con nosotros las entienden de tal manera, que permaneciendo el Verbo lo que es, por lo que asumió la forma de siervo, no por lo que se convirtió en esa forma por alguna mutación, se dijo, "El Verbo se hizo carne". Luego, si dondequiera que se nombre carne y se calle el alma, así debe entenderse que no se crea que allí hay alma, ni ellos tendrán alma, de quienes se dijo, "Y verá toda carne la salvación de Dios" (Isai. XL, 5; Luc. III, 6); y aquello en el Salmo, "Escucha mis oraciones; a ti vendrá toda carne" (Psal. LXIV, 3); y aquello en el Evangelio, "Como le diste potestad sobre toda carne, para que todo lo que le diste, no perezca, sino que tenga vida eterna" (Joan. XVII, 2). De donde se entiende, que los hombres suelen ser significados por la nominación de solo la carne, para que según esta locución también pueda entenderse aquello; que lo que se dijo, "El Verbo se hizo carne", no se dijo otra cosa, sino, El Verbo se hizo hombre. Pues así como por la parte se nombra el todo, a menudo nombrada solo el alma se entiende el hombre, como es aquello, "Descendieron a Egipto tantas almas" (Gen. XLVI, 22, 27): así también por la parte se entiende el todo, nombrada solo la carne se entiende el hombre, como son estos que hemos puesto.

3. Por tanto, así como nosotros respondemos a esta objeción de ellos, que proponen del Evangelio, para que ningún hombre sea tan insensato, que piense que somos obligados por estas palabras a creer y confesar, que el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5) no tuvo alma humana; así pregunto cómo ellos responden a nuestras objeciones tan manifiestas, por las cuales mostramos a través de innumerables lugares de la Escritura evangélica narrado de él por los Evangelistas, que estuvo en esas afecciones, que no pueden ser sin alma. Pues no traigo aquellas que el mismo Señor menciona tantas veces: "Mi alma está triste hasta la muerte" (Matth. XXVI, 38); y, "Tengo poder para poner mi alma, y para volver a tomarla" (Joan. X, 18); y, "Nadie tiene mayor amor, que el que pone su alma por sus amigos" (Joan. XV, 13): que un contradictor obstinado puede decirme que fueron dichas figuradamente por el Señor; como es manifiesto que muchas cosas las dijo en parábolas. Pues aunque estas no son así, sin embargo no es necesario actuar con pugnacidad, donde tenemos las narraciones de los Evangelistas, por las cuales lo conocimos nacido de la Virgen María, y aprehendido por los judíos, y azotado, y crucificado y muerto, y sepultado en el sepulcro; todas las cuales cosas no pueden entenderse hechas sin cuerpo. Ni deben ser tomadas ficticia o figuradamente por nadie, pues fueron dichas por aquellos que narraron los hechos como los recordaban. Así como estas cosas testifican que tuvo cuerpo, así también indican que tuvo alma aquellas afecciones, que no pueden ser sino en el alma: las cuales, sin embargo, leemos narradas por los mismos Evangelistas. Y Jesús se maravilló (Matth. VIII, 10), y se enojó (Joan. XI, 15), y se entristeció (Marc. III, 5), y se alegró (Joan. XI, 15), y muchas otras innumerables tales. Así como también aquellas que muestran conjuntamente los oficios tanto del cuerpo como del alma: como son que tuvo hambre (Matth. IV, 2), que durmió (Id. VIII, 24), que fatigado del camino se sentó (Joan. IV, 6), y otras cosas semejantes. Pues no pueden decir; también en los Libros antiguos se dice la ira de Dios y la alegría, y algunos movimientos de este género, y sin embargo no es consecuente que se deba creer que Dios tuvo alma. Pues fueron dichas en imaginaciones proféticas, no en manifestación narrativa. Pues también se dijeron los miembros de Dios, y las manos, y los pies, y los ojos, y el rostro, y cosas semejantes: y así como estas no indican que tenga cuerpo, así tampoco aquellas alma. Pero así como algo narrado, donde se nombran las manos de Cristo y la cabeza, y otras cosas que indican su cuerpo; así también las que se nombran de las afecciones del alma en el mismo tenor de narración, indican su alma. Pero es necio creer al evangelista narrante que comió, y no creerle que tuvo hambre. Pues aunque no es consecuente que todo el que come tenga hambre; pues también leemos que un ángel comió (Gen. XVIII, 8, 9, y Tob. XII, 19), pero no leemos que tuvo hambre: ni que todo el que tiene hambre coma, si por algún deber se abstiene, o le falta comida y facultad de comer: sin embargo, cuando el evangelista narra ambas cosas (Matth. IV, 2, y IX, 11), ambas deben creerse; porque ambas como índice de hechos narró. Así como porque comió, no puede entenderse sin cuerpo; así porque tuvo hambre, no pudo hacerse sin alma.

4. Ni nos aterra esa vana e inepta calumnia, con la cual resistiendo envidiosamente dicen: Entonces estuvo bajo necesidad, si tuvo verdaderas estas afecciones del alma. Pues fácilmente respondemos: Entonces estuvo bajo necesidad, porque fue aprehendido, azotado, crucificado y muerto: para que finalmente sin pertinacia, si quieren, entiendan que así como él voluntariamente, verdaderas sin embargo, asumió las pasiones del alma, como le plació, así también asumió las pasiones del cuerpo por la misma voluntad de disposición sin ninguna necesidad. Así como nosotros no morimos voluntariamente, así tampoco nacemos voluntariamente: pero él voluntariamente exhibió ambas cosas, como convenía, y sin embargo las exhibió verdaderamente. Así como, por tanto, el nombre de necesidad no nos aparta a nosotros ni a ellos de la fe de la verdadera pasión, por la cual se muestra su cuerpo: así tampoco el nombre mismo de necesidad nos aterra de la fe de la verdadera afección, por la

cual reconocemos su alma; ni debe aterrarles a ellos de consentir a la fe católica, si no les aterra la vergüenza mortal de cambiar, aunque falsa, sin embargo defendida con temeridad durante mucho tiempo, su sentencia.

LXXXI. Sobre la Cuaresma y la Quincuagésima.

1. Toda disciplina de sabiduría, que se refiere a la educación de los hombres, consiste en reconocer al Creador y a la criatura, y en adorar al primero como dominante y admitir a la segunda como sujeta. El Creador es Dios, de quien, por quien y en quien son todas las cosas (Rom. XI, 36), y por tanto, la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. La criatura, por su parte, es en parte invisible, como el alma; y en parte visible, como el cuerpo. Al invisible se le atribuye el número tres; por eso se nos manda amar a Dios de tres maneras: con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente (Mat. XXII, 37). Al cuerpo se le asigna el número cuatro, debido a su naturaleza evidente, es decir, caliente y fría, húmeda y seca. Por lo tanto, a toda la creación se le atribuye el número siete. Por consiguiente, toda disciplina que distingue y discierne al Creador y a la criatura se insinúa con el número diez: esta disciplina, mientras se significa temporalmente con movimientos corporales, se basa en la fe, y nutre a los pequeños con la autoridad de los hechos pasados, venideros y transitorios, como si fuera leche; para hacerlos aptos para la contemplación, que no viene y pasa, sino que siempre permanece: en la cual, quien haya permanecido en la fe y esperado las promesas, y se haya esforzado por cumplir con infatigable caridad lo que la autoridad divina ordena, actuará correctamente en la vida de esta necesidad y tiempo, que se recomienda con el número cuarenta. Porque el número diez, que insinúa toda la disciplina, multiplicado por cuatro, es decir, por el número que se atribuye al cuerpo, ya que la administración corporal se lleva a cabo por movimiento, como se ha dicho que la fe se basa, completa el número cuarenta. Así, se obtiene también la sabiduría estable y que no necesita de ningún tiempo, que se recomienda con el número diez, para que a los cuarenta se añadan diez; porque las partes iguales del número cuarenta, multiplicadas juntas, llegan a cincuenta. El número cuarenta tiene partes iguales: primero cuarenta en unidades, luego veinte en pares, diez en cuartetos, ocho en quintetos, cinco en octetos, cuatro en decenas, dos en veintenas. Por lo tanto, uno, dos, cuatro, cinco, ocho, diez y veinte multiplicados juntos hacen cincuenta. Por lo tanto, así como el número cuarenta, al sumar sus partes iguales, produce más de diez, y se convierte en cincuenta: así el tiempo de la fe de las cosas hechas y por hacer para nuestra salvación, actuado con equidad de vida, obtiene el entendimiento de la sabiduría estable; para que la disciplina se afiance no solo creyendo, sino también entendiendo.

2. Y por eso, la Iglesia que ahora es, aunque somos hijos de Dios, antes de que aparezca lo que seremos, actúa en trabajos y aflicciones, y en ella el justo vive por la fe (Rom. I, 17). Porque si no creéis, dice, no entenderéis (Isai. VII, 9). Y este es el tiempo en que gemimos y nos dolemos, esperando la redención de nuestro cuerpo (Rom. VIII, 23), lo que se celebra en Cuaresma. Pero sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es (I Juan III, 2): cuando se añada el diez al cuarenta, para que no solo merezcamos creer lo que pertenece a la fe, sino también entender la verdad clara. Tal Iglesia, en la que no habrá tristeza, ni mezcla de hombres malos, ni iniquidad, sino alegría, paz y gozo, se prefigura en la celebración de la Cincuentena. Por eso, después de que nuestro Señor resucitó de entre los muertos, cumplidos cuarenta días con sus discípulos, insinuando precisamente por este número la dispensación temporal que pertenece a la fe, ascendió al cielo (Hech. I, 3, 9), y cumplidos otros diez días envió el Espíritu Santo (Id. II, 1-4): es decir, para que no se añadiera el diez al cuarenta para contemplar cosas humanas y temporales, sino divinas y

eternas, con un cierto soplo e incendio de amor y caridad. Y por eso, ya todo esto, es decir, el número cincuenta de días, debe ser señalado con la celebración de la alegría.

3. Estos dos tiempos, es decir, uno de trabajo y preocupación, y otro de alegría y seguridad, también los significa nuestro Señor con las redes echadas al mar. Pues antes de la pasión se dice de la red echada al mar, que capturaron tantos peces que apenas podían arrastrarla hasta la orilla, y que las redes se rompían (Luc. V, 6, 7). No fueron echadas a la parte derecha; porque la Iglesia de este tiempo tiene muchos malos: ni a la izquierda; porque también tiene buenos: sino al azar, para significar la mezcla de buenos y malos. Pero el hecho de que las redes se rompieran, significa que, al violarse la caridad, salieron muchas herejías. Después de la resurrección, cuando quiso prefigurar la Iglesia del tiempo futuro, donde todos serán perfectos y santos, mandó echar las redes a la parte derecha; y capturaron grandes peces, ciento cincuenta y tres, maravillándose los discípulos de que, siendo tan grandes, las redes no se rompieron (Juan XXI, 6, 11). La magnitud de estos peces significa la magnitud de la sabiduría y la justicia; el número, la misma disciplina y la dispensación temporal y la regeneración eterna perfecta, que dijimos que se recomienda con el número cincuenta. Porque entonces no habrá necesidad de ayudas corporales, y la fe y la sabiduría se contendrán en el alma; porque dijimos que al alma se le atribuye el número tres, multiplicamos cincuenta por tres, y se hacen ciento cincuenta; a este número se añade la trinidad, porque toda esa perfección está consagrada en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: así se hacen ciento cincuenta y tres, que es el número de peces capturados a la derecha.

LXXXII. De lo que está escrito: Porque el Señor corrige a quien ama; y azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6).

1. Muchos, murmurando bajo la disciplina de Dios, plantean la cuestión cuando ven que los justos a menudo sufren graves molestias en esta vida: como si por eso no les sirviera de nada servir a Dios, porque sufren trabajos comunes, e indiferentemente de cuerpos y daños y afrentas y de todas las demás cosas que los mortales consideran malas, o incluso sufren más que otros por la palabra de Dios y la justicia, que provoca tumultuosas sediciones o insidias o odios en los pecadores contra sus predicadores. A estos se les responde que si esta vida fuera la única de los hombres, no sería del todo absurdo pensar que una vida justa no sirve de nada o incluso perjudica. Aunque no han faltado quienes compensan la suavidad de la justicia y su gozo interno con todos los trabajos y molestias corporales que la humanidad sufre por la condición de su mortalidad, incluso con todas las que se piensan injuriosamente contra los que viven justamente por la misma justicia, de tal manera que, apartada la esperanza de la vida futura, se atormentan más agradable y alegremente por amor a la verdad que los lujuriosos por el deseo de embriaguez en sus banquetes.

2. Pero a aquellos que piensan que Dios es injusto cuando ven a los justos en dolores y trabajos, o al menos si no se atreven a decir que Dios es injusto, creen que no se ocupa de los asuntos humanos, o que ha establecido una vez las necesidades del destino, contra las cuales ni él mismo hace nada, para no ser considerado inconstante al perturbar el orden de las cosas dispuesto por él; o piensan algo más, que Dios es en algún aspecto incapaz de impedir estos males a los justos: se les debe decir que no habría justicia en los hombres si Dios no se ocupara de los asuntos humanos. Porque toda esta justicia de los hombres, que el alma humana puede mantener haciendo lo correcto y perder pecando, no se imprimiría en el alma si no hubiera alguna justicia inmutable, que los justos encontrarían íntegra cuando se convirtieran a ella; y que los pecadores dejarían íntegra cuando se apartaran de su luz. Esta justicia inmutable es ciertamente de Dios, y no la extendería para iluminar a los que se convierten a él si no se ocupara de los asuntos humanos. Si, por otro lado, permitiera que los

justos sufrieran cosas graves porque no quisiera ir contra el orden de las cosas dispuesto por él, él mismo no sería justo; no porque quiera mantener su disposición, sino porque dispuso el mismo orden de las cosas de tal manera que los justos sean afligidos con penas inmerecidas. Pero quien piense que Dios es incapaz de repeler los males que sufren los justos, se equivoca porque no entiende que, así como es un sacrilegio decir que Dios es injusto, también es un sacrilegio negar que es omnipotente.

3. Con estas cuestiones planteadas brevemente por el tiempo de la cuestión asumida, porque es de la más perniciosa iniquidad dudar de que Dios es justo y omnipotente; no se presenta ninguna causa más probable de por qué los hombres justos sufren a menudo en esta vida, sino porque les conviene. Porque hay una justicia que ahora es de los hombres para recibir la salvación eterna, y otra que debía ser del hombre establecido en el paraíso para retener y no perder esa misma salvación eterna. Porque así como la justicia de Dios es ordenar lo útil y distribuir penas a los desobedientes y premios a los obedientes; así la justicia del hombre es obedecer a los mandamientos útiles. Pero como la bienaventuranza está en el alma, así como la salud en el cuerpo: así como en el mismo cuerpo se prescribe una medicina para que no se pierda la buena salud, y otra para que se recupere si se ha perdido; así en todo el estado del hombre, se dieron entonces unos mandamientos para que no perdiera la inmortalidad, y ahora se prescriben otros para que la recupere. Y así como en la salud del cuerpo, si alguien no obedece a los mandamientos del médico, por los cuales se debe conservar la buena salud, y cae en alguna enfermedad, recibe otros mandamientos para poder sanar; que a menudo no son suficientes si la enfermedad es tal, a menos que el médico aplique ciertos auxilios, a menudo ásperos y que causan dolores, que sin embargo son eficaces para recuperar la salud; de modo que el hombre, aunque ya obedezca al médico, sufre todavía dolores, no solo de la enfermedad no sanada, sino también del auxilio de la medicina: así el hombre, caído por el pecado en esta mortalidad enfermiza y calamitosamente, porque no quiso obedecer al primer mandamiento, por el cual habría conservado y mantenido la salvación eterna, recibió un segundo mandamiento estando enfermo, al cual obedeciendo ya no se dice absurdamente que vive justamente, pero sin embargo las molestias que sufre, las sufre ya sea de la enfermedad no sanada, o del auxilio de la medicina. A este auxilio se atribuye lo que está escrito: Porque el Señor corrige a quien ama; y azota a todo hijo que recibe. Pero los que no obedecen a los mandamientos más saludables y viven inicualemente, aumentan más y más sus enfermedades: y o bien sufren innumerables trabajos y dolores de miserias incluso en esta vida; o bien, aplicadas también penas, para que lo que no está sano sea tocado y duela, se les advierte misericordiosamente en qué mal están, para que convertidos a la medicina por la gracia de Dios sean sanados. Si desprecian todo esto, es decir, los mandamientos de palabras y de dolores, merecerán después de esta vida una justa condenación eterna. Por lo tanto, puede decir que estas cosas se hacen injustamente quien, pensando que solo existe la vida mortal que ahora vivimos, no cree en lo que ha sido divinamente predicho que sucederá, y sufrirá los más graves castigos por la perseverancia en sus pecados e infidelidad.

LXXXIII. Sobre el matrimonio, en lo que el Señor dice: Si alguno repudia a su esposa, salvo por causa de fornicación, etc. (Mat. V, 32).

Si el Señor admite solo la causa de fornicación para repudiar a la esposa, y no prohíbe repudiar el matrimonio pagano, es consecuente que el paganismo se considere fornicación. Pero es evidente que el Señor hace excepción solo de la causa de fornicación cuando habla de repudiar a la esposa en el Evangelio. El matrimonio pagano no se prohíbe repudiar porque cuando el Apóstol da consejo sobre este asunto, para que el fiel no repudie a la esposa infiel que consiente en vivir con él, dice: Yo digo, no el Señor: para que se entienda que el Señor no manda repudiar, para que el Apóstol no parezca dar un consejo contrario a su mandato,

pero sin embargo lo permite; para que nadie esté obligado por la necesidad de un mandato en este asunto, sino que lo haga libremente por voluntad de consejo. Sin embargo, si alguien afirma que el Señor admite solo aquella fornicación que se llama vulgarmente fornicación, es decir, la que se comete con concubinato ilícito: puede decir que el Señor, al hablar de este asunto, se refería a ambos fieles, tanto al marido como a la esposa, para que si ambos son fieles, ninguno pueda repudiar al otro, salvo por causa de fornicación; donde no puede entenderse el paganismo, porque ambos son fieles. Así también parece distinguir el Apóstol, cuando dice: A los que están en matrimonio mando, no yo, sino el Señor, que la esposa no se separe del marido; y si se separa, que permanezca sin casarse, o que se reconcilie con su marido. Donde también se entiende que si por la única causa, por la cual se permite el repudio del matrimonio, la mujer se separa del marido, debe permanecer sin casarse: o si no puede contenerse, reconciliarse más bien con su marido, ya corregido o al menos tolerado, que casarse con otro. Luego sigue diciendo: Y el marido no repudie a su esposa: indicando brevemente la misma forma en el marido que prescribía en la mujer. Con estos preceptos del Señor insinuados, sigue diciendo: A los demás digo yo, no el Señor, Si algún hermano tiene esposa infiel, y ella consiente en vivir con él, no la repudie: y si una mujer tiene marido infiel, y él consiente en vivir con ella, no repudie al marido (I Cor. VII, 10-13). Donde da a entender que el Señor habló de estos, para que ninguno repudie al otro, si ambos son fieles.